Esperando vivir
Ensayo sobre la muerte
Manuel de León de la Vega
La vida al borde del precipicio

Esperando vivir

Ensayo sobre la muerte

Manuel de León de la Vega

A mi esposa, hijos y

nietos con todo mi afecto

1. TABLA DE CONTENIDO

1. TABLA DE CONTENIDO 5

2. NTRODUCCIÓN 9

3. RESPUESTAS HUMANAS SOBRE LA MUERTE 35

3.1. Del inconveniente de haber nacido 36

3.2. ¿La muerte es una ilusión o realidad que percibimos? 49

3.3. Edgar Morin en el hombre y la muerte 59

3.4. La negación de la muerte. Ernest Becker 83

3.5. Sobre la brevedad de la vida. Seneca 97

3.6. El año del pensamiento mágico, en los relatos de C.S. Lewis y Joan Didion 109

3.7. Las gratitudes. Delphine de Vigan 129

3.8. La esperanza es la cosa con plumas" Emily Dikinson 135

3.9. Cinco meditaciones sobre la muerte. François Cheng 147

3.10. Destino Humano. Lecomte Du Nouy 164

3.11. "Muerte, tiempo y alteridad: más allá de la ontología" Levinas..... 173

3.12. Idea e imagen de la muerte en Miguel de Unamuno. 187

3.13. El Destino Del Hombre. Johann Gottlieb Fichte 207

3.14. La muerte y la vida eterna. John Hick 221

4. CONCLUSIONES 241

4.1. El hombre en busca de sentido- Viktor Frankl 243

4.2. La muerte en Ortega y Gasset 257

5. INDICE ONOMÁSTICO 265

2. NTRODUCCIÓN

Los seres humanos somos inquietos por naturaleza porque, en última instancia, nos encontramos indefensos y abandonados en un mundo donde nuestro destino es morir. «Este es el terror de haber emergido de la nada, tener un nombre, conciencia de sí mismo, sentimientos íntimos profundos, un agudísimo anhelo de vivir y autoexpresarse, y, sin embargo, pese a todo esto, *morir.*» **Ernest Becker**

Entonces, sentí que un profundo escalofrío inundaba mi ser, y me puse a correr sin descanso de forma incontrolable a través de las rocas afiladas, de los matojos, de la pura desesperación y descontrol tanto físico como psíquico. ¿Qué era Makubwa? ¿Quién era Makubwa? ¡¡¡Aggghhh!!! Cientos de ojos contemplaban mi terror y mi huida tras los arbustos, las peñas, las cuevas, los árboles. Ojos aterrados. Ojos claudicantes al misterio o lo incomprensible. **Vital de Andrés**

La muerte como la vida ha sido objeto de múltiples enfoques. Unas veces ha sido descrita con cierta lírica, pero en general se ha tratado como un sinsentido existencial. Una vida creada para la muerte, un nacer para morir, un mundo marcado por la finitud, parece injusto y demasiado efímero para el corazón del hombre donde, según la Biblia, Dios puso eternidad. Siempre recuerdo la primera vez que leí "*La dama del alba"* obra de teatro del asturiano **Alejandro Casona** de los Rodríguez ferreros protestantes de Besullo. (Asturias) quienes releían y criticaban las obras del autor en sus vacaciones. Es una obra con encanto, quizás la mejor del dramaturgo. *La dama* es una peregrina, que personifica a *la muerte* en una mujer, desarrolla roles humanos y se deja conquistar por los niños que le enseñan a jugar y a reír. La dama del alba es un relato seductor donde la muerte no es trágica, sino ironizada y dotada de matices que la hacen amable y, por momentos, afectiva. La Peregrina, joven y

rubia, de mirada fría y profunda sabiduría, fascinará a todos los habitantes de esta casa. Su amabilidad, los lugares en los que asegura el abuelo haberla visto antes, mantienen a este hombre sobre aviso hasta que, se da cuenta de que la Peregrina es, en realidad, la encarnación de la muerte, siempre implacable y certera. Yo había pensado poner el título a este libro "Una eternidad "bajo el sol" para darle el tono del autor bíblico de Eclesiastés o Qohelet y para expresar qué sentido podría tener nuestra vida tal como la tenemos hoy, *si perduráramos toda la eternidad*. He escogido "esperando vivir", porque todos los seres humanos siempre vivimos en la esperanza de una vida mejor y sobre todo de vivir eternamente. Sin embargo, Nietzsche decía —"Esto es la vida, pues que venga otra vez"— es una de esas frases que te obligan a mirarte de frente. No es un lema optimista ni una invitación naïf a repetir lo bueno; es una prueba radical:

¿podrías afirmar tu vida tal como es, con sus luces y sus sombras, al punto de querer vivirla eternamente? Es posible que así, no. Una vida llena de vacuidad de lo terrenal (hevel), siempre buscando el sentido de la vida en un mundo marcado no solo por la finitud y lo efímero, sino por la injusticia, las ambiciones humanas como riquezas, placer o sabiduría que son fugaces. Donde el esfuerzo humano a menudo resulta inútil ante la inevitabilidad de la muerte. Entre la visión lírica de Alejandro Casona y el Qohelet de Eclesiastés hay infinidad de autores que tienen filosofías distintas que iremos viendo. Lo que me atrajo para comenzar a escribir este libro fue el mensaje de un video aterrador sobre la fugacidad de la vida que me mandaron al *Wasap*;

"Tengo 92 años. He sobrevivido a mi esposa". He sobrevivido a mis amigos. He sobrevivido a mis enemigos. Y he sobrevivido a la versión de mí mismo, a la que le importaba

lo que la gente pensara de él. *Estoy de pie, justo al borde del precipicio. Puedo ver el fondo. Y antes de caer, necesito darme la vuelta y decirles a ustedes, las personas que todavía están allá atrás en la fiesta, lo que yo veo, porque ustedes están viviendo una mentira. Caminan por la vida con esta arrogante y cómoda ilusión de que tienen tiempo. Tratan sus días como si fueran baratos, como si tuvieran un suministro infinito guardado en el banco. Así que estoy aquí para decirles que están en bancarrota, todos vamos a morir. Ustedes lo saben*

de forma intelectual, pero no lo saben de verdad. No sienten el frío acero de esa verdad apoyado contra su cuello. Si lo sintieran, no estarían viviendo como viven. Déjenme contarles sobre un hombre llamado Jack.

Era 1968 Jack era mi mejor amigo. Era más inteligente que yo, más atractivo que yo y más rico que yo. Era un tiburón. Una noche estábamos tomando algo celebrando un enorme trato que acababa de cerrar. Estaba fumando un puro cubano recostado en su silla de cuero y me miró y me dijo, "Frank, 5 años más. Esa es la estrategia. Trabajo como un animal 5 años más. Llego al número y listo. Luego llevo a Mary a Italia, luego aprendo a pintar. Luego empiezo a vivir. Jack tenía un plan, tenía un mapa. Tres días después, Jack salió de su edificio de oficinas, se llevó la mano al pecho y cayó sobre la acera antes siquiera de darse cuenta de que estaba cayendo. Un ataque al corazón masivo. Tenía 42 años. Nunca fue a Italia, nunca pintó nada. Yo estuve de pie frente a su ataúd. No fue que Jack

muriera, todos morimos. La tragedia fue que Jack pasó toda su existencia esperando vivir. Trató su vida como una sala de espera para un futuro mejor que nunca llegó y la parte más cruel. Una semana después fui a su oficina a vaciar su escritorio. Su agenda estaba llena para los siguientes 6 meses. Su bandeja de entrada estaba repleta de mensajes urgentes. El mundo no se detuvo porque Jack muriera. Su empresa lo reemplazó en dos semanas. Sus clientes olvidaron su nombre en un año y ahora mismo, al mirarlos, veo a Jack.

Ustedes están diciendo la misma mentira. Seré feliz cuando me asciendan. Viajaré cuando los niños sean mayores. Perdonaré a mi hermano cuando se disculpe. Déjenme darles un hecho duro de un hombre de 92 años. No existe el después, solo existe el ahora. Y si están cambiando su ahora por un después, que no está garantizado, están haciendo la peor apuesta en la historia del juego. Hablemos de sus cosas. Miro

a su generación. y están obsesionados con acumular. Compran cosas que no necesitan con dinero que no tienen para impresionar a personas a las que ni siquiera les agradan. Yo vivo ahora en una habitación pequeña. Tengo una cama, tengo una silla, tengo una foto de mi esposa. Antes tenía una casa grande, antes tenía autos de lujo. Antes tenía un garaje lleno de juguetes. Y les digo con la absoluta claridad del final del juego. Todo eso es basura.

He ido a muchos funerales. Nunca, ni una sola vez he visto un remolque de mudanza siguiendo a un coche fúnebre. Cuando mueran, sus hijos contratarán a un extraño para que entre a su casa y tire el 90% de sus cosas valiosas a un contenedor de basura. El otro 10% lo venderán en una venta pública por unas monedas. Ese es el total de su materialismo, basura futura. Entonces, ¿por qué se están matando para comprarla? ¿Por qué trabajan 60 horas a la semana perdiéndose la infancia de su hija para pagar un auto que

pasa su vida atrapado entre el tráfico? Es una locura. Y no se darán cuenta de que es una locura hasta que estén sentados donde yo estoy y para entonces ya será demasiado tarde para devolver la mercancía.

Déjenme contarles sobre la Gran Victoria. Era 1979. Gané el premio al empresario del año en mi ciudad. Gran banquete, traje de gala. Subí al podio. La gente aplaudió. Me sentí como un dios. Sentí que había ganado el juego. Esa noche llegué a casa con el trofeo en las manos. La casa estaba oscura. Mi esposa Eleonor dormía. Mis hijos dormían. Me senté solo en la mesa de la cocina bebiendo un whisky, mirando ese pedazo de vidrio, y me di cuenta de que los aplausos ya habían terminado. La gente de esa cena no se preocupaba por mí, se preocupaban por lo que yo podía hacer por ellos. Y las personas de arriba, las que realmente me amaban, las había descuidado durante meses para ganar ese

pedazo de vidrio. Me perdí los partidos escolares de mi hijo por quedarme hasta tarde en la oficina. Me perdí mi aniversario para cerrar una fusión. ¿Y para qué? Ese trofeo ahora está en una caja en algún sótano. Ni siquiera sé dónde está. Pero el recuerdo de los ojos tristes de mi esposa cuando le dije que no podía ir a cenar, eso está aquí, eso se queda.

Creen que su carrera es su legado. No lo es. Es una transacción. Están vendiendo las horas de su vida, horas que jamás recuperarán para construir el castillo de otro. Si murieran hoy, su puesto de trabajo estaría publicado en internet antes que su obituario. No adoren en el altar de su carrera. No los va a amar de vuelta. No les tomará la mano cuando se apaguen las luces. Entonces, ¿qué importa si el dinero es falso? Si la carrera es una trampa y las cosas son basura, ¿qué queda? Se lo diré. Lo único que se queda es lo que dieron, el amor que dieron, el tiempo que dieron, la conexión. Sentado aquí no repaso mis negocios. Repaso las

mañanas de domingo con Eleonor. Repaso la risa de mi hija cuando tenía 3 años. Repaso la vez que ayudé a un desconocido a empujar su auto fuera de la nieve. Esa es la única riqueza que existe. Así que aquí va mi desafío, la estrategia sin mentiras para el resto de su vida.

***Número uno**, maten su ego. Están aterrados de parecer tontos, por eso no toman riesgos. No empiezan el negocio, no invitan a salir a la chica. ¿Por qué? Porque tienen miedo de lo que otros piensen. Déjenme liberarlos. Nadie los está mirando. Están demasiado ocupados, preocupándose por sí mismos. Ustedes solo son el personaje principal en su propia cabeza. Para los demás son ruido de fondo. Dejen de permitir que el juicio de otros los paralice. Ese juicio se pudrirá bajo tierra, junto a ellos. **Número dos**, practiquen la última vez. Es una técnica estoica y les cambiará la vida. Cada vez que hagan algo, cualquier cosa, recuerden que un día la harán por última*

vez, un día cargarán a su hijo por última vez, un día besarán a su pareja por última vez, un día beberán una taza de café por última vez. No saben cuándo será ese día. Puede ser dentro de 10 años, puede ser hoy. Si viven con ese conocimiento, nunca volverán a dar un momento por sentado. Saborearán el café. Abrazarán un poco más. ***Número tres****, despierten. Tengo 92 años. Me duele la espalda. Mis ojos están apagados. Pero ustedes, ustedes tienen el boleto dorado, tiene su salud, tienen su juventud y la están gastando desplazándose por una pantalla. Dejen de adormecerse, salgan afuera, sientan el viento, miren el cielo, llamen a su madre, perdonen a su enemigo, no por ellos, sino porque ya no tienen tiempo para cargar el equipaje del odio. Todos vamos a morir. Es la única garantía que tenemos, pero la mayoría de las personas nunca vive de verdad. Solo existen. Se mantienen seguros, se mantienen cómodos y luego expiran. No sean como Jack. No esperen el plan de 5 años. Coman la buena comida. Compren*

el boleto de avión. Digan "Te amo primero." Porque el reloj está corriendo. ¿Lo oyen? Ese es el sonido de su vida agotándose. No dejen la gran victoria vacía, que se agote vacía. Estoy cansado ahora. Vayan. Si".

Esta historia contada por un hombre de 92 años me fue enviada por video que yo he transcrito y parece que está hecho con Inteligencia Artificial (IA). Son reflexiones que aparecen en toda su crudeza y brutalidad sobre la vida humana. Los seres humanos no nos damos cuenta que la vida se nos escapa entre los dedos, que el tiempo es fugaz y es inútil quedarnos "esperando a vivir" cuando la muerte siempre nos espera todos los minutos de la vida. Este podría ser el testimonio de casi todos que no aprendemos de la sabiduría de la vida mientras somos jóvenes. Sin embargo, este libro "Esperando vivir" quiere buscar las razones por las que sentimos en nuestro corazón eternidad, (Eclesiastés 3:11)

un anhelo innato por lo infinito y un sentido de propósito mayor que la vida terrenal. El texto bíblico dice que "*Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos,* ***sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin***". Dios ha diseñado un momento adecuado y perfecto para cada acontecimiento de la vida, haciendo que cada experiencia cumpla un propósito específico dentro de su plan soberano. Eso sería la respuesta a la soberanía de Dios, pero ¿dónde encaja la muerte (memento mori" o recuerda que morirás)? ¿Quedaremos en el valle de los muertos para siempre? Ese "valle" puede ser un símbolo cultural (como el Hades, el Sheol, el Mictlán). Un lugar donde nos convertimos en memoria. Una disolución en la materia o incluso un espacio narrativo donde plantear preguntas sin resolverlas. Sin duda como dice Eclesiastés no podemos alcanzar el sentido de la vida y de la muerte. Explorar la muerte desde un ensayo te

permite justamente eso: mirarla sin miedo, sin dogmas, sin necesidad de respuestas definitivas. Iremos analizando varias respuestas más adelante.

Posiblemente las ciencias de la vida ante la muerte no han acarreado mucho interés. En principio, no parece que su causa entrañe ningún misterio. Las reglas de oro de la vida desde que nacemos, es la degradación, el envejecimiento como señal inevitable del paso del tiempo hasta que nos llega la muerte. Esta es nuestra abrumadora realidad sin que existan suficientes palabras de consuelo. Para el evolucionista la muerte será muy útil, pues juega un papel regenerador, eliminando a los seres humanos más viejos o menos útiles, en beneficio de los más jóvenes. Jacques Ruffié señala «la notoria ventaja selectiva de la muerte, no tanto a nivel individual como de la especie», ya que «la sexualidad y la muerte que la acompaña garantizan el cambio». Sin embargo,

esta visión del mundo de la vida resulta superficial, simplista e injusta, porque la duración de la vida en unos seres es muy distinta a otros. Como suele decirse, unos pasan la vida con estrella y otros estrellados con una vida de desgracias y privaciones.

La especie humana, cuyos representantes más longevos superan los 120 años, es mucho más afortunada que las moscas, por ejemplo, que no viven más de unas semanas o unos meses, por no hablar de otros insectos cuya vida adulta se cuenta en minutos. Pero, aun así, todavía estamos lejos de los récords de las secuoyas milenarias o, aunque no tan conocidos y todavía más impresionantes, de los arándanos silvestres, que han llegado a alcanzar los ¡trece mil años! Los representantes de estas especies son prácticamente inmortales y sólo el rayo o la mano del leñador pueden poner fin a su existencia. Estos ejemplos sugieren que la muerte natural podría no estar inscrita para toda la eternidad en la

naturaleza del ser vivo y que, en todo caso, no tiene por qué ser una necesidad inexorable. También nos llevan a plantearnos por qué determinadas especies parecen gozar de un favor excepcional y han conseguido desarrollar mecanismos biológicos que les permiten resistir el paso del tiempo sin desfallecer -nos dicen Klarsfeld y Revah -[1]

El estudio de la muerte de los organismos no se concibe sin una mejor comprensión del funcionamiento de las células, las verdaderas unidades fundamentales del ser vivo. Para convencernos, volvamos al ejemplo de la secuoya. Su tronco está formado por células vivas sólo en las capas más externas, las más recientes. Por dentro, es decir, en su mayor parte, está formado por células muertas. De modo que, aunque la secuoya como individuo vive miles de años, ninguna de sus

[1] *Biología de la muerte*. André Klarsfeld y Frédéric Revah

células vive más de unas décadas. ¿Existe alguna relación entre el ciclo de vida celular y el ciclo de vida de los organismos? El debate sobre esta cuestión ha sido siempre de lo más encendido. En la primera mitad del siglo XX, Alexis Carrel afirma que el origen del envejecimiento y de la muerte no está en las células. Asegura haber demostrado que toda célula es potencialmente inmortal, siempre y cuando se separe del organismo del que forma parte originalmente. El dogma de la inmortalidad celular no será desmontado hasta principios de los años 60, cuando Leonard Hayflick descubre la *senescencia celular*, que se manifiesta mediante una limitación intrínseca de la capacidad de división de las células.

Sólo a partir de entonces se considerará legítimo investigar los mecanismos de envejecimiento de las células en cultivo. En esa misma época, en 1964, se acuña la expresión «muerte celular programada» para describir un fenómeno concreto: el «suicidio» colectivo de grupos enteros de células.

Muchos autores lo habían observado con anterioridad sin darle importancia desde mediados del siglo XIX. Sin duda, tal desinterés continuo hunde sus raíces en la fascinación despertada por el dogma de la inmortalidad celular: ¿cómo va a morir la célula, unidad fundamental del ser vivo? ¡Qué ocurrencia más disparatada!, pensarían. Habrá que esperar todavía 20 años más para que los investigadores calibren la importancia de dicha muerte y se demuestre que el suicidio de dichas células beneficia al organismo del que forman parte. Es una muerte al servicio de la vida, sobre todo en el desarrollo embrionario, el sistema nervioso o el sistema inmunitario. Sin embargo, nadie puede afirmar con certeza que la muerte celular programada o la senescencia celular desempeñen un papel directo en el envejecimiento y la muerte de los individuos. Aunque, eso sí, ambas nos ayudan claramente a entender los procesos del envejecimiento

normal y las patologías asociadas a la edad. Lo que está claro para muchos estudiosos es que de la misma manera que la muerte de las células puede estar programada al servicio del individuo al que pertenecen, la muerte de los individuos estaría programada para servir a un designio superior o de la colectividad. Es una postura muy reconfortante, pero ¿la justifican los datos biológicos de que disponemos? ¿Tiene la muerte realmente una utilidad biológica general?

En la obra de Weismann siglo XIX, la muerte es vista desde el marco propuesto en 1858 por Darwin y se inscribe en el contexto de su teoría de la evolución de las especies por selección natural. La longevidad es claramente una de ellas. ¿Por qué la duración de la vida de un elefante y de un ratón es tan diferente? Weismann intenta entender la muerte natural en términos de utilidad biológica directa, de adaptación primaria: «Únicamente desde un punto de vista utilitario podemos entender la necesidad de la muerte.» Y va

todavía más lejos: «Veo la muerte como un fenómeno de adaptación. No creo que la vida tenga una duración limitada porque no pueda ser infinita dada la naturaleza de su ser, sino más bien porque una duración infinita del individuo sería un lujo ciertamente inoportuno». El razonamiento que sigue Weismann en 1881 es interesante: hasta los animales inmortales en potencia sufren heridas y lesiones que van minando progresivamente sus capacidades. Cada vez son menos capaces de procrear. Por tanto, sería «indispensable que fueran reemplazados continuamente por nuevos individuos más perfectos [...] De ahí, por un lado, que sea tan necesaria la reproducción y, por otro, que sea tan oportuna la muerte, ya que los individuos deteriorados no tienen valor alguno para la especie y son incluso perjudiciales al ocupar el lugar de los que están sanos».

¿Qué sentido tiene la inmortalidad? ¿por qué no la muerte? Weismann no hace más que desviar el tema y seguir haciéndose preguntas: ¿por qué las capacidades de los individuos se reducen generalmente con la edad? Después de todo, muchos organismos tienen importantes facultades de renovación y regeneración. ¿Por qué esas facultades no están más extendidas ni son más eficaces? ¿Y por qué muchas veces se van reduciendo con la edad y más rápido en unas especies que en otras? Weismann en 1883, entiende que las células de reproducción son los verdaderos portadores de la vida. Sólo éstas «son virtualmente inmortales, en tanto en cuanto son capaces de transformarse, en determinadas condiciones favorables, en un nuevo individuo o, por decirlo de otra manera, de rodearse de un nuevo cuerpo (soma)». En términos más eruditos, Weismann distingue entre dos grandes clases de células: las células «germinales», directamente implicadas en la reproducción del organismo, y

las otras, las que él denomina «somáticas». Esta distinción germinal/somática constituye la aportación más conocida de Weismann a la biología.

La clave del problema está en entender que, para garantizar la sucesión de las generaciones, lo único importante es la inmortalidad de las células germinales. El resto del cuerpo, el soma, no es necesario que sea eterno. No es indispensable eternamente, podría desaparecer una vez que ha conseguido transmitir sus óvulos, sus espermatozoides o su polen, para producir al menos un descendiente y que éste alcance su madurez reproductiva para preservar la continuidad del linaje. La inmortalidad del soma es, por tanto, accesoria. Pero ¿es esa razón suficiente para explicar que se haya perdido? Por el momento, veamos qué debemos entender por «inmortalidad». Según Weismann eran las células germinales las inmortales hasta que llegó

Alexis Carrel y demostró que la carne muerta de pollo en un tubo de ensayo seguía reproduciéndose celularmente, trastocando todas las ideas de Weismann, del mismo modo que lo fueron las de Carrel y otros científicos.

La obra de Milan Kundera nos describe la dicotomía entre la levedad y el peso de la existencia. La levedad representa la idea de que la vida es efímera, sin un significado o propósito absoluto, y que cada acto es único e irrepetible. Esta levedad puede ser liberadora, pero también insoportable porque implica que nada tiene un peso duradero o trascendencia. Vivir con *peso* significa que nuestras acciones tienen consecuencias profundas y duraderas, lo que puede ser tanto una bendición como una carga. Kundera se pregunta si la vida es "leve" porque solo ocurre una vez (sin repetición) o si tendría "peso" si se repitiera eternamente, haciendo referencia a la idea del eterno retorno de Nietzsche. Inspirado en la filosofía de Friedrich Nietzsche, Kundera introduce la

idea del eterno retorno para cuestionar el valor de la vida. La idea de que todo en la vida se repite eternamente, lo que da peso y significado a cada acción porque se vive una y otra vez.

Kundera sugiere que, al no repetirse la vida, cada instante es único y por tanto "leve". Esta unicidad puede generar una sensación de vacío o insignificancia, haciendo que la existencia sea "insoportablemente leve". Este tema lleva a reflexionar sobre cómo la conciencia de la repetición o la ausencia de ella *afecta nuestra percepción del sentido* y la importancia de nuestras acciones. La memoria histórica y personal es fundamental para entender la identidad y el sentido de la vida. Kundera muestra cómo la memoria puede ser selectiva, dolorosa o liberadora.

3. RESPUESTAS HUMANAS SOBRE LA MUERTE

«Una falsa ciencia contribuye a crear ateos; una ciencia verdadera prosterna al hombre ante la Divinidad.» VOLTAIRE.

La diferencia entre el teórico de la fe y el creyente es tan grande como la que hay entre el psiquiatra y el loco. ÉMILE MICHEL CIORAN

El budismo enseña la impermanencia de manera similar. Todo cambia, todo pasa, todo termina. Esto no es triste; es lo que hace que cada momento sea precioso. Una flor es bella precisamente porque se marchitará. Si fuera eterna, ¿la mirarías con la misma atención? La muerte no es lo opuesto a la vida. Es lo que hace que la vida sea urgente, real, significativa.
EMILIO LOSPITAO

3.1. Del inconveniente de haber nacido

El libro de Eclesiastés (1:2-14), escrito por el "Predicador" (atribuido a Salomón), establece que todas las actividades humanas "bajo el sol" son "vanidad y aflicción de espíritu". Argumenta que la búsqueda de placer, riqueza y sabiduría es vana porque todo es efímero, la muerte iguala a

todos y nada sacia realmente el deseo humano. Vanidad significa futilidad, transitoriedad o aliento/vapor. No es solo "vanidad" en sentido moderno, sino que implica que la vida sin un enfoque en Dios es carente de sentido o propósito duradero. Sin embargo, cuando uno reflexiona sobre el despertar de la vida, de estudiar el origen, siempre podemos mirar el final, la muerte, con una perspectiva más amplia que la puramente existencial. Dolor de espíritu (aflicción) refleja la frustración y fatiga que causa trabajar, acumular y vivir sin encontrar satisfacción verdadera, ya que el sabio y el necio terminan igual en el “valle de los muertos”. Eclesiastés viene a resumir que el propósito de la vida, con todos sus inconvenientes y al final con la muerte es para temer a Dios y guardar sus mandamientos. Nada encontraremos nuevo bajo el sol. Temer a Dios implica un profundo respeto reverencial, temor santo y reconocimiento de su soberanía, no un miedo

paralizante. Guardar sus mandamientos se traduce en obediencia práctica a los principios innatos en la vida cotidiana. Estos serían los ideales bíblicos sobre una vida creada para la muerte que queda en el rincón del misterio, sin que el hombre sepa su destino final, sin conocer porqué ha nacido.

"*Del inconveniente de haber nacido*" es un libro del escritor Émile Michel Cioran de 1973. Es un libro de aforismos sobre el nacimiento, la nada, la muerte, la reencarnación. En el prefacio al *Ensayo sobre Cioran* de Fernando Savater, se refiere a un mendigo que le hacía preguntas sobre Dios, sobre la materia, como el mayor filósofo de París. Savater, en su libro, subraya lo fácil que es citar a Cioran. Sin embargo, es difícil entender lo que quiere decir con "la única, la verdadera mala suerte: nacer. "No me perdono el haber nacido. Es como si, al insinuarme en este mundo, hubiese profanado un misterio, cometido una falta de gravedad sin nombre. No

corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento. ¿Acaso no nos han inculcado que se trata del supremo bien y que lo peor se sitúa al final, y no al principio de nuestra carrera? Antes que la vejez y que la muerte, sitúa el nacimiento, fuente de todas las desgracias y de todos desastres[2].

"La tentación de existir"[3] es también una obra emblemática de E.M. *Cioran* que explora los límites de la existencia humana. En este libro, Cioran nos sumerge en un

---

2 *Del inconveniente de haber nacido*. E. M. Cioran

3 *La tentación de existir.* E. M. Cioran

mar de pensamientos oscuros y provocativos que nos invitan a cuestionar nuestra propia existencia y el sentido de la vida. El único "personaje" relevante es el propio autor, E.M. Cioran, cuyas reflexiones sobre la vida, la muerte, el sufrimiento y la inevitabilidad del dolor nos llevan a un viaje filosófico a través de su visión del mundo. Cioran despliega una prosa poética y provocativa que invita al lector a reflexionar sobre la condición humana y el sentido de la existencia. Pero es cierto que le da un sentido menos trágico, como si la muerte fuera una solución a la vida. “El gran sí es el sí a la muerte. Puede uno proferirlo de varias maneras ... Hay fantasmas diurnos que, presas de su ausencia, viven apartadamente, caminan con pasos ahogados a lo largo de las calles sin mirar a nadie. No hay inquietud alguna en sus rostros y en sus gestos. Como el mundo exterior ha dejado de existir para ellos, se pliegan a todas las soledades. Atentos a su distracción, a su desapego, pertenecen a un universo no declarado situado entre el

recuerdo de lo inaudito y la inminencia de una certeza. Su sonrisa recuerda mil espantos vencidos, la gracia que triunfa sobre lo terrible; pasan a través de las cosas, atraviesan la materia. ¿Han alcanzado sus propios orígenes, o descubierto en ellos las fuentes de la claridad? Ninguna derrota, ninguna victoria les conmueve. Independientes del sol, se bastan a sí mismos. Están iluminados por la muerte".

A este respecto de *iluminados por* la muerte, nos dice Ciorán; "Pues la muerte es también una creencia como cualquier otra, que tiene a su favor un borroso argumento estadístico y cuya utilidad como motor de acciones es indudable: si no fuera por la amenaza de morir —de hambre, de hastío o de una puñalada— pocas acciones cometeríamos. Quizá la única ventaja de la lucidez sea, como contrapartida a dificultar la vida, erigir no menores obstáculos para la muerte.

El verdadero escéptico nunca se suicida: matarse es un acto de fe".

El psicoanálisis ha puesto de manifiesto que la realidad existencial y biográfica del hombre se manifiesta a través del *Eros y el Tanatos*. Claudio Bernard, cuando se le invitó a que diese una definición sobre la vida, su respuesta fue la siguiente: «La vida es la muerte.» Al ejemplo de la enseñanza bíblica «si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, mucho fruto lleva» (Juan 12:24) nos encontramos que sin muerte no hay vida. Lo erótico, en su acepción genuina, estaría al servicio de los principios realizadores que informan la vida, y correspondería a la fuerza realizadora y trascendente del amor; mientras que, por el contrario, lo tanático sirve al instinto desestructurador y alienante de la muerte. Los estudios psicoanalíticos de Sigmund Freud, y sus seguidores, han puesto de manifiesto que en el hombre se devienen, psico-biológicamente, dos

poderosas fuerzas instintivas: el eros (instinto del amor y de la vida) y el tanatos (instinto de la muerte). Según esta escuela, científica, toda la vida del hombre se deviene en un enfrentamiento dialéctico y agónico entre ambas fuerzas instintivas.[4] Por otro lado, eminentes científicos del campo de la neurofisiología, como el Dr. Claudio Bernard, han definido la muerte como «el conjunto de fuerzas que se oponen a la vida».

La muerte se nos presenta como la instancia biológica o ente existencial responsable de la frustración en el mundo y del deseo de eternidad. Este «deseo de eternidad», que gravita como contenido esencial en el corazón humano, está impedido, en su realización, por la realidad incontrovertible

[4] *Economía de la muerte*. Dr. José Manuel González Campa

de la muerte; realidad que viene a dar al traste con todos los deseos de «eternización» que el hombre atesora (Ecl. 2:16; 8:8). Tánatos, en la mitología griega, es la personificación de la muerte pacífica, natural y no violenta, actuando como agente del Hades para llevar las almas al Inframundo cuando su tiempo termina. Es hijo de la Noche (Nix) y gemelo de Hipnos (el sueño), distinguiéndose de las muertes violentas causadas por las Keres[5]. Tánatos pues no es “muerte final” como aniquilación, sino el momento de transición o el "toque" suave que separa el alma del cuerpo para llevarla al Hades. A diferencia de la parca con guadaña moderna, Tánatos era a menudo representado como un joven alado, a veces llevando una antorcha invertida. Desde el punto de

[5] Las Keres, Ker en singular, eran espíritus femeninos de la muerte y diosas de la muerte violenta, incluida la muerte en batalla, por accidente, asesinato o enfermedad devastadora. Su contraparte era Tánatos, dios de la muerte no violenta.

vista científico, filosófico y religioso, se han ido produciendo cambios muy importantes a partir del siglo XVI, y hasta nuestros días. Toda esta evolución ideológica que se puede sintetizar y concretizar en la idea de la muerte de Dios y de la realización del superhombre, subyace como infraestructura motivacional, de la generación actual.

En la literatura de Cioran uno encuentra algo más que el pesimismo antropológico que ya ha sido definido de muchas formas, pero puede ser aclarador este texto: “Durante años, durante una vida, pensar sólo en los últimos momentos para comprobar, cuando por fin se acerca uno a ellos, que ha sido inútil, que la idea de la muerte ayuda a todo, salvo a morir”. “Las creencias y las ideologías tienen, como objetivo primordial, preservar tales deficiencias, adormecer las escasas posibilidades de remediarlas. Inventando un pasado falso y un futuro ilusorio, garantizan la atrofia de una

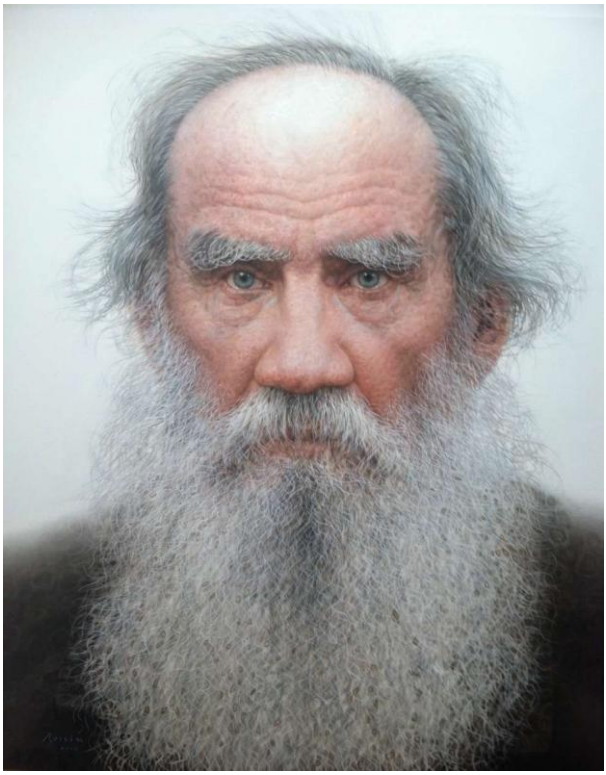
memoria que, en otro caso, sólo nos recordaría fracasos, decepciones y dolor, así como la de una imaginación que perpetuaría esos rasgos en lo sucesivo, con la vejez y la muerte como telón de fondo". «Aun si la experiencia del vacío no fuese más que engaño, seguiría mereciendo la pena que se la intentase. Lo que se propone, lo que intenta, es reducir a nada la vida y la muerte, y esto con el único propósito de hacérnoslas soportables. Si a veces lo logra, ¿qué más podemos desear? Sin ella no hay remedio contra la invalidez del ser, ni esperanza de reintegrarse, aunque no fuera más que por breves instantes, a la dulzura de antes del nacimiento, a la luz de la pura anterioridad».

Ante el misterio o la incógnita del después de la muerte, no es razonable creerse sabedores de nuestro destino. No entenderíamos a Dios si él nos hablase o se hiciese entender de otra manera. Dios es una palabra marginada, zarandeada y escupida, no solo en el uso del lenguaje también en el

contexto de la muerte para los que odian la divinidad. Dice Savater[6] "Dios es un recurso literario ya en desuso; antes, sirvió para dar un giro patético o profundo a cualquier inocente reflexión sobre uno de esos temas cuya vaguedad hace que nunca puedan ser tocados impunemente: muerte, vida, amor, libertad… Hoy citar a Dios a cualquier respecto, en tono nostálgico, aprobatorio o aniquilador, contagia de inmediato el texto que se escribe con una nota de puerilidad. No sirve ni como refugio ni como argumento: probablemente, tampoco es válido como divagación".

[6] *Ensayo sobre Cioran*, Fernando Savater

3.2. ¿La muerte es una ilusión o realidad que percibimos?



Leon Tolstoi

«La muerte es una vida vivida. La vida es una muerte que viene.»— José Luis Borges

El nacimiento y la muerte son tan sólo puertas que atravesamos, vestíbulos sagrados que cruzamos en nuestro viaje.[7] El nacimiento y la muerte no son más que jugar al escondite. Nunca has nacido y nunca puedes morir» y «Nuestro mayor sufrimiento viene de nuestras ideas acerca del llegar y del partir». Practicar una y otra vez el observar a fondo las cosas para poder conocer personalmente la libertad y la alegría del camino medio que se encuentra entre los extremos del yo permanente y del olvido. En su calidad de poeta *Thich Nhat Hanh* explora la paradoja de la vida y aparta con suavidad el velo de la ilusión, permitiéndonos, quizá por primera vez en nuestra vida, ver que el terror que nos infunde

[7] *La superación definitiva del miedo a morir* THICH NHAT HANH

la muerte está causado por nuestras percepciones e ideas erróneas. Su visión de la vida y la muerte es sutil y elegante y, como ocurre con las cosas sutiles, la mejor forma de apreciarla es hacerlo lentamente y en silenciosa contemplación. Del profundo manantial de humanidad y compasión de Thich Nhat Hanh brota el bálsamo que sanará nuestro corazón" Ya me gustaría a mi -digo- sentir ese bálsamo para sanar el corazón, porque la muerte es una enfermedad que no tiene cura y menos con las palabras de este famoso budista Thich Nhat Hanh. Te puedes preguntar si debes creer en un alma eterna o creer en la aniquilación. ¿Qué es lo verdadero, la vida eterna o la desaparición en la nada? ¿Hay un alma eterna? Al dudar de la creencia en una vida eterna y caer en el olvido eterno vivimos un vago miedo en nuestra vida. Sin embargo, entiendo y yo me cobijo en esas ideas de esperanza en vivir de otra manera que el ser humano

no puede entender, pero que Dios dará sentido en algún momento de la eternidad. "También ha puesto la eternidad en sus corazones, sin embargo, *el hombre no descubre la obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin" Eclesiastés 3:11.*

León Tolstoi nos presenta a la muerte desde la vida como una ilusión. La muerte del juez Iván Ilich despierta las ilusiones por vivir mejor de otros colegas jueces que esperaban la vacante para ascender o ser trasladados. Ya en casa del difunto, con él de cuerpo presente, la viuda está especialmente preocupada por el precio de la parcela del cementerio y por cómo conseguir del Estado un incremento de su pensión. La vida del juez Iván Ilich siempre se esforzó porque fuese "ligera, agradable y decorosa" y dentro de un círculo social «de lo más selecto». Pero un día se da un golpe en el costado cuando señala a un tapicero cómo colocar unas cortinas y cae enfermo. Presa de un dolor insoportable que

los médicos vacilan en diagnosticar y tratar, él va comprendiendo poco a poco que la muerte, al contrario de lo que creía, no es algo que únicamente les ocurre a los demás. Y en los extremos de su agonía se pregunta desesperadamente si su vida no habrá sido un error y una mentira, mientras un pretendiente pide la mano de su hija y toda la familia se viste de gala para ir al teatro. Solo un criado paciente no le engaña y se vuelca en aliviar su sufrimiento.

La historia que relatamos en la introducción de este libro sobre ese "hombre de 92 años" al borde del precipicio, esperando la muerte, es muy parecida a la muerte de Ivan Ilich de Tolstoi, donde se refleja el miedo, la negación y la revelación ante la muerte. Tolstoi se mete dentro de la conciencia de este juez y le descubre que nunca vivió de verdad. Dice el juez Ivan Ilich: "Según la opinión ajena había estado subiendo, pero en realidad la vida se le había escapado

un día y otro bajo los pies… Y ya estaba todo hecho. ¡Solo le quedaba morir!". Las explicaciones que se dan de la muerte son pocas porque los seres humanos desconocemos la otra existencia o la otra forma de morir. Dice Ludwig Wittgenstein en su '*Tractatus Logico Philosophicus':* "La muerte no es un ningún acontecimiento de la vida. La muerte no se vive".

En este nivel está presente un sentimiento de extrañeza en relación con el significado de la muerte. En la obra de Marcel Proust, "*En busca del tiempo perdido*" A partir de la muerte de su esposa sus pensamientos son más locos aun, y su disertación sobre el recuerdo y la muerte es tan extremo como extenso y acertado, porque el dolor es inabarcable y la resignación es absoluta, "para que la muerte de Albertine hubiera podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque la hubiera matado no solo en Turena, sino también dentro de mí. "Nunca había estado más viva ahí" y más adelante, "para que yo perdiera el recuerdo de

Albertine, vinculado como estaba a todas las estaciones, habría tenido que olvidarlas todas (…) habría tenido que renunciar a todo el universo. Solo -me decía- una verdadera muerte de mí mismo podría (pero es imposible) consolarme de la suya", que es otra forma de decir que no hay muerte hasta que no hay olvido y viceversa (aquel manido "el olvido que seremos" que le adjudican a Borges). Sin embargo, seguimos sin saber nada de la muerte, es mientras vivimos que recordamos que sufrimos por la ausencia de la vida.

Tolstoi no filosofa como Albert Camus en la muerte de Sísifo donde ensaya sobre el absurdo de la existencia y la pregunta de si la vida merece ser vivida. No trata la muerte como final, sino como espejo que revela el sentido (o sinsentido) de vivir. La leyenda de Sísifo Camus la cuenta con la historia del hombre subiendo una gran roca por una montaña:

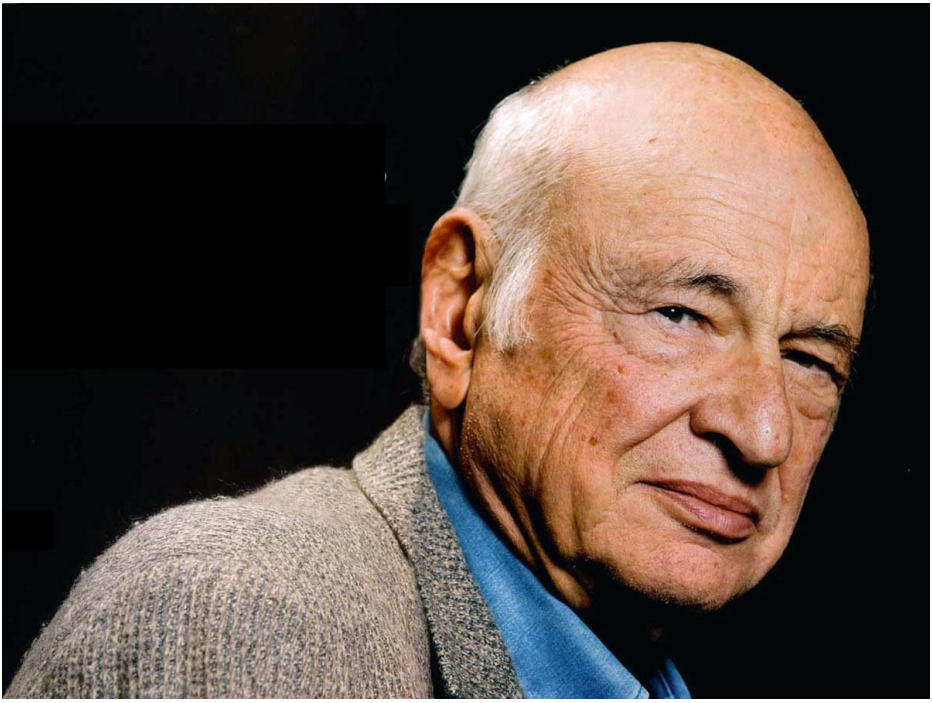
"Los dioses habían condenado a Sísifo a rodar sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvería a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza. Si se ha de creer a Homero, Sísifo era el más sabio y prudente de los mortales. No obstante, según otra tradición, se inclinaba al oficio de bandido. No veo en ello contradicción. Difieren las opiniones sobre los motivos que le convirtieron en un trabajador inútil en los infiernos. Se le reprocha, ante todo, alguna ligereza con los dioses. Reveló sus secretos. Egina, hija de Asopo, fue raptada por Júpiter. Al padre le asombró esa desaparición y se quejó a Sísifo. Éste, que conocía el rapto, se ofreció a informar sobre él a Asopo con la condición de que diese agua a la ciudadela de Corinto. Prefirió la bendición del agua a los rayos celestes. Por ello le castigaron enviándole al infierno. Homero nos cuenta también que Sísifo había encadenado a la Muerte. Plutón no

pudo soportar el espectáculo de su imperio desierto y silencioso. Envió al dios de la guerra, quien liberó a la Muerte de manos de su vencedor. Se dice también que Sísifo, cuando estaba a punto de morir, quiso imprudentemente poner a prueba el amor de su esposa. Le ordenó que arrojara su cuerpo sin sepultura en medio de la plaza pública. Sísifo se encontró en los infiernos y allí irritado por una obediencia tan contraria al amor humano, obtuvo de Plutón el permiso para volver a la tierra con objeto de castigar a su esposa. Pero cuando volvió a ver este mundo, a gustar del agua y el sol, de las piedras cálidas y el mar, ya no quiso volver a la sombra infernal".

Una de las frases que resuena con cierta desesperación es: "*A pesar de tantas pruebas, mi edad avanzada y la grandeza de mi alma me hacen juzgar que todo está bien*". El *Edipo* de Sófocles, como el *Kirilov* de Dostoievsky, da así la

fórmula de la victoria absurda. La sabiduría antigua coincide con el heroísmo moderno. No se descubre lo absurdo sin sentirse tentado a escribir algún manual de la dicha. " La dicha y lo absurdo son dos hijos de la misma tierra. Son inseparables. Sería un error decir que la dicha nace forzosamente del descubrimiento absurdo. Sucede también que la sensación de lo absurdo nace de la dicha. " Juzgo que todo está bien", dice Edipo, y esta palabra es sagrada. Resuena en el universo limitado del hombre. Enseña que todo no es ni ha sido agotado. Expulsa de este mundo a un dios que había entrado en él con la insatisfacción y afición a los dolores inútiles". Podríamos resumir que el mito de Sísifo de Camus no es un libro sobre la muerte sino sobre cómo vivir sabiendo que la muerte existe.

3.3. Edgar Morin en el hombre y la muerte



Eurípides proclama que hasta el esclavo piensa en la muerte, lo que resulta ser una verdad escandalosa. **Edgar Morin**

La antropología es la ciencia del fenómeno humano. A diferencia de las ciencias que estudian los fenómenos dividiéndolos en partes inteligibles por si solas, la antropología considera la historia, la psicología, la sociología, la economía, etc., *no como partes independientes* sino como componentes o *dimensiones de un fenómeno global*. La antropología (al igual que la biología) es una fenomenología (estudio filosófico del mundo): debe, no sólo reconocer un universo fenomenológico, sino también discernir los principios que lo constituyen o lo gobiernan, las fuerzas que lo transforman. Dos fuerzas significativas son la salvación y la muerte o como titula Morin "la inmortalidad en la salvación". La salvación implica la promoción del "alma" que desea sobrevivir a la ruina del cuerpo y asegurarse un cuerpo inmortal con la intervención de un dios que arranca a los

hombres de la muerte[8]. “El dios de la salvación es aquel cuya fuerza de resurrección utiliza el hombre con el fin de resucitar a su vez, y además tal como era. Las divinidades que se transformarán con mayor facilidad en divinidades salvadoras son las de los cultos agrarios. Originariamente, en las ideas de la salvación, lo más común es encontrarse o bien con la diosa tierra-madre que lleva en su seno la fuerza r*esurrectora*, o bien con el dios de la vegetación, que muere y renace. Ellos son los que desde el primer momento toman a su cargo la renovación juvenil de la naturaleza”. “El dios a la imagen de los mortales abrirá la vía más segura a la resurrección de los muertos. Los cultos se transformarán: paralelamente y del

8 *El hombre y la muerte*. Edgar Morin

interior de la religión antigua aparecerán los misterios y los ritos de la adquisición de la inmortalidad".

El filólogo y helenista Erwin Rohde, en *Psyche*,[9] ha expresado admirablemente el carácter nuevo del *culto eleusiano.* «Allí debía apagarse la sed de una esperanza, más allá ... de la existencia inconsistente de los antepasados que se honraban en el culto familiar ... Semejantes deseos se despertaban en muchos hombres. Desconocemos los impulsos que los hacían nacer, los movimientos íntimos que los ponían en marcha debido a la oscuridad que recubre el período más importante de la evolución del pueblo griego, los siglos VIII y VII ... Hay un hecho que nos muestra que estos deseos salieron a la luz y ganaron en fuerza: los misterios de

[9] *Psyché, Seelenkult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen*]. Erwin Rohde (1845-1898),

Eleusis.» En todos los cultos de los dioses de la salvación se concentrarán en la muerte humana.

Como dice O.E. Briem[10] : «Por muy diferentes que hayan sido las religiones de los misterios en las diversas épocas y pueblos, en todas ellas se encuentra una preocupación fundamental común: el problema de la muerte ... Todas han traído al hombre un mensaje: el de la victoria de la vida sobre la muerte.» Que el dios de la salvación sea macho o hembra, animal o humano, extraterrestre o terrestre, no afecta para nada al tema fundamental, al drama verdadero del misterio que permanece idéntico: la lucha contra la muerte. Lucha terrible: las fuerzas de la muerte consiguen siempre un primer éxito, pero luego cambia el signo de la victoria, que se hace

[10] *Les Sociétés secretes de mystere*, O.E. Briem

victoria sobre la muerte. Aunque despedazado y devorado por los titanes (Orfeo), aunque cortado a trozos y dispersado a los cuatro vientos (Osiris), el dios de la salvación renacerá y demostrará que la muerte más horrible y desintegradora puede no obstante ser vencida. Inolvidable victoria derramada sobre los humanos. Que los hombres imiten al dios que muere, que participen de su pasión, que se encomienden a él, en el transcurso de las ceremonias del misterio en las que se representa y se vive el drama divino: si así lo hacen conocerán, más allá de la muerte, la eterna juventud, el cuerpo glorioso e imperecedero, la verdadera inmortalidad".

Nos dice Morin que la salvación rompe la evolución de la divinidad que tendía a alejarse del hombre, a universalizarse, a «filosofizarse». Hace tender con violencia lo inmortal sobre lo mortal, para que lo inmortalice. Rompe entre el hombre y el dios universalizado las relaciones intelectuales e introduce,

o más bien reintroduce el éxtasis. El éxtasis es la comunicación inmediata con el dios. Toda religión de salvación mantiene el éxtasis y se mantiene por él, y el éxtasis mantiene a su vez la reinserción en la concepción antropo-cosmomórfica, favoreciendo el retorno a la magia. Pero el éxtasis no es más que un elemento: de hecho, es el impulso mismo de la salvación lo que, en todos los planos, atrae a la regresión mágica, y a la gran magia que hace eficaz a la salvación es evidentemente el renacimiento del hombre de la muerte. Juan Bautista, salvador en estado salvaje, baña a sus discípulos en el Jordán; el bautismo, la inmersión, la aspersión, etc., adquieren una importancia renovada. Y sobre todo, en el centro mismo de la salvación, están la iniciación y el sacrificio. Toda iniciación, se asume a su vez como una muerte seguida de renacimiento y la redención sobreimpresiona la muerte-renacimiento del iniciado. "*Y él os*

dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados" Efesios 2:1

En los misterios de Osiris, el iniciado se hacía rodear de cintas, y encerrar luego en un ataúd: se entonaban entonces cantos fúnebres seguidos de ritos de resurrección: ya iniciado, se encontraba, maduro para la gran resurrección de la muerte. En resumen, el fundamento mágico esencial de la redención es el sacrificio de «muerte-renacimiento», el sacrificio-del-dios-que-muere-para-resucitar. Los símbolos del dios redentor son, por sí solos suficientemente elocuentes: son símbolos sacrificiales, Dionisios o Mithra son dioses-toros, Jesús es a su vez el Cordero Pascual, cuyo sacrificio, según la ley mosaica, consagra el «cambio». El cambio pascual es el gran cambio cósmico a la resurrección, a la primavera ...El hecho de que sólo sea posible superar a la muerte a base del más horrible y sagrado sacrificio demuestra hasta qué punto, en las civilizaciones evolucionadas en las

que aparece la salvación, el negro sol de la muerte ha minado las conciencias. Basta con pensar en el horror de la muerte de Osiris o de Dionisios, o en la espantosa crucifixión de Jesús ...

El negocio de la muerte se manifiesta en que la salvación, al igual que da nuevo impulso a la iniciación, resucita la «sociedad secreta». Originariamente, el secreto es lo sagrado. Los cultos de salvación poseen pues un carácter arcaico, en comparación con los cultos a los dioses «normales». Los primeros beneficiarios de la redención fueron los jefes y los chamanes, más tarde los iniciados de la clase dominante, mientras que las creencias concernientes a la supervivencia, se perpetuaban en las clases folklóricas (populares). (Lo que nos confirma que la redención, por regresiva que sea, corresponde a un estadio de la individualidad ulterior al del «doble» (el rey es el doble de Dios.) Todo esto ilustra el carácter neurótico de la redención.

En la medida en que el deseo de inmortalidad que traduce es incapaz de satisfacerse con los valores contemporáneos de la conciencia religiosa o laica, en la medida en que necesita y hace uso regresivamente de las fuentes más arcaicas del espíritu humano. La religión de la salvación merece la definición freudiana de «neurosis obsesiva de la humanidad».

Lo humano nos remite no solo a la salvación sino a su vez a la muerte, es decir a la flagrante contradicción de vivir para la muerte. Una muerte de la que nadie puede escapar y que el hombre ávido de inmortalidad se conmociona en su ser más íntimo buscando en lo sobrenatural una escapatoria. Nos creemos ángeles, pero somos animales y como animales nos pudrimos y disgregamos. Es evidente que nuestra naturaleza, nuestra especie evolucionada, sufre una inadaptación íntima y también exterior. La salvación es expresión de una reivindicación verdadera. Y a esta reivindicación, la salvación le llamará fe. En lo sucesivo, en la polémica ininterrumpida

que opondrá la «razón» a la «fe», la fe mostrará sin cesar a la razón el abismo de la muerte. La fe significa la negación de la muerte, es su núcleo irreductible. La fe, es el «no es preciso que muera». La salvación responde a una exigencia antropológica esencial del individuo que teme a la muerte y quiere ser salvado. En el mundo mediterráneo, la evolución conquistadora de la salvación será notable; de una parte, se democratizará con el progreso de la economía urbana abriéndose a los esclavos y a las mujeres, paralelamente al proceso de su emancipación, o precediendo y anunciando esta emancipación; por otra parte, acabará hundiendo a las antiguas divinidades.

En la época helenística muchos de los elementos de los misterios griegos y orientales se mezclan y sincretizan y tienden a hacerse intercambiables (salvación= fe; Fe= salvación). Las ideas sobrenaturales, como el fenómeno de la

inmortalidad o la salvación, nacidas de la realidad de la muerte tienen sus pruebas antropológicas a través de la historia y la paleontología. La construcción de tumbas y espacios designados para la conservación del cadáver son ese primer intento, y sorprendentemente han sido el más prevalente para retener el cuerpo ideal y, a su vez, alejar la imagen del cuerpo físico que entra en descomposición y horroriza a quienes sobreviven al difunto. Las tumbas cumplían con la misión de ocultar la muerte como concepto porque la tumba prolongaba la idea de que la persona muerta seguía ahí. Pero también el sarcófago devorador de cadáveres suponía un nuevo nivel de realización de la inmortalidad. La idea de que la existencia continúe de manera lineal supone un gran alivio a quienes padecen del horror de la muerte, anteriormente descrito por la ocultación del cadáver durante el proceso más gráfico y chocante al que puede dar lugar, la descomposición y putrefacción. El horror a la muerte permite

alcanzar las primeras y más frágiles sensibilidades en torno a la vida, y le dan un sentido muy especial a éstas, desarrollando elaboradas reflexiones en el proceso. Así, la niñez es especialmente resguardada de la noción de lo mortuorio y lo fúnebre, a pesar de que más pronto que tarde tendrán que contactar ese universo y considerarlo como propio, así como empezar a adscribirse a la búsqueda de la inmortalidad. Así este libro de Morin, explorando esta relación entre lo humano y lo ausente, intentando explicar a través de ella cómo hemos desarrollado rituales que nos permitan sentirnos más a resguardo del inexorable destino que a todos nos aguarda.

La biología nos ha asomado a la amortalidad unicelular y si podemos, preguntarle a la ciencia por el problema de la no muerte. Esto podría destruir el dogma sostenido por Ckaude Bernard donde “la vida es la muerte·. , premio Novel de fisiología a principios de siglo, podía decir: «Estamos tan

acostumbrados a contemplar la muerte como un fenómeno tan natural e inevitable que, desde hace mucho tiempo, se la considera como una propiedad inherente a cada organismo. Y, no obstante, cuando los biólogos han estudiado esta cuestión más de cerca, en vano han tratado de encontrar una prueba de aquella idea que todo el mundo aceptaba como un dogma. Tras Jos trabajos del biólogo August Weismann y del propio Metchnikoff, y de las más recientes experiencias de Woodruf, Carrel, Metalnikov, etc., la biología puede afirmar ya que «lo que caracteriza a la mayoría de organismos vivos, es la inmortalidad, y no la muerte». Ya conocíamos que las células vivas son potencialmente inmortales[11]. En los sistemas unicelulares, soma y germen, es decir individuo y especie, forman un todo indivisible y por ello virtualmente inmortal. En efecto, el unicelular se reproduce por bipartición, es decir

[11] *El despertar de la vida*. Manuel de León de la Vega

por desdoblamiento hasta el infinito, y sólo encuentra la muerte cuando el medio exterior le hace la vida imposible. Por esta razón, la muerte de los seres superiores, dice Weissmann, no se basa en una propiedad original de la sustancia viviente, y no podría considerarse, pues, como una necesidad absoluta con razones propias, en la naturaleza y la propia esencia de la vida. Sobre esta base, Weissmann y sus sucesores han enunciado la separación radical del germen y el soma, si bien de una manera dogmática, pues ignora la dialéctica especie-individuo.

Así, las células germinales del hombre se transmiten, por bipartición, de generación en generación desde sus orígenes, sin estar diferenciadas, aunque lleven en ellas la semilla de las diferenciaciones somáticas, mientras que las células somáticas se diferencian, constituyen al individuo y mueren para siempre con él. La muerte resulta, pues, de las

condiciones especiales de organización de los seres evolucionados. No se produce allí donde la diferenciación germen-soma es, si no inexistente, al menos muy débil. Efectivamente numerosos animales o vegetales inferiores son, en principio, «amortales». Decimos amortales para establecer la diferencia entre la aptitud biológica a vivir indefinidamente, pero que siempre puede truncar el accidente mortal, y la noción religiosa de inmortalidad, que es indestructibilidad ... Son, pues, amortales todos los unicelulares, gran número -de plantas simples, e incluso los invertebrados inferiores cuyas células somáticas han conservado la aptitud de la multiplicación asexual y la regeneración.

Metchnikoff, en su deseo de aumentar el campo de la amortalidad, supone incluso que algunas plantas y árboles viven miles de años y sólo mueren por causas exteriores. La prueba experimental de la amortalidad celular la

proporcionaron los trabajos de Woodruff; que durante siete años estuvo cultivando infusorios; éstos se reprodujeron 4.473 veces mostrando siempre la misma vigorosa amortalidad. Se han hecho otras experiencias con tejidos de soma e incluso con órganos enteros aislados, como el corazón del pollo (Carrel). En suma, la muerte sólo existe para el individuo global. Se trata de un fenómeno de dislocación de las vidas parciales que lo componen. «La muerte es esencialmente el fin del individuo. La muerte de la materia que lo constituye no es más que un fenómeno secundario.» En el límite se puede decir que todas las células de un cuerpo humano tratadas aisladamente en un medio especial sobrevivirían indefinidamente.

Desde luego el decir que la materia sobrevive y que podamos crear un “Parque Jurásico” como el de Steven Spielberg puede ser posible con la información del ADN que

parece no morir. Sin embargo, el envejecimiento de las células de la vida es lo real en nuestra experiencia. La senescencia celular es uno de los procesos biológicos más complejos y decisivos de la vida. El envejecimiento celular es un estado en el que una célula deja de dividirse y pierde funcionalidad, pero no muere de inmediato. Es una especie de "modo de seguridad" que el organismo activa cuando una célula acumula demasiado daño. Los telómeros son estructuras protectoras en los extremos de los cromosomas. Cada vez que una célula se divide, los telómeros se acortan. Cuando se vuelven demasiado cortos, la célula entra en senescencia. Es como si cada división celular gastara un "ticket" de vida. Pero también puede haber daños en el ADN por radiación, toxinas, errores de replicación, por estrés oxidativo cuando el sistema antioxidante no da abasto, etc. Las consecuencias son el envejecimiento del organismo,

aunque la ciencia avanza para que vivamos más tiempo, pero siempre nos quedamos sin “tikets de vida” para gastar.

Cada vez que una célula se divide, gasta un ticket. Cuando ya no quedan, la célula no puede seguir dividiéndose. Ese límite se llama límite de Hayflick. En ese sentido, sí: envejecemos porque nuestras células tienen un número limitado de divisiones y otros daños que no pueden reparar y que influyen en la muerte. Quizás a estas alturas de la explicación nos estemos preguntando ¿Existe una “muerte total” del individuo? Desde la biología, sí: el organismo como unidad deja de funcionar cuando los sistemas vitales fallan de forma irreversible. Pero desde un punto de vista más amplio —filosófico, simbólico, incluso cultural— la respuesta no es tan simple. Biológicamente, no existe una muerte absoluta en el sentido de “desaparición total” Incluso después de la muerte. Muchas células siguen vivas durante horas o días. El

ADN persiste. Las bacterias del cuerpo continúan activas. La materia del cuerpo se transforma y pasa a otros seres vivos. En ese sentido, la vida no se “apaga”, se transforma.

¿Y las “células del alma”? Las “células del alma” serían aquello que no depende de la biología: memoria, identidad, conciencia, legado, impacto en otros. Y eso no muere de forma total. Tus recuerdos viven en quienes te conocieron. Tus acciones dejan huella. Tus ideas se transmiten. Tu materia se recicla en el universo. Y otra pregunta ¿Entonces por qué sentimos que la muerte es absoluta? Porque la conciencia individual —esa experiencia íntima de “yo”— sí parece extinguirse cuando el cerebro deja de funcionar. Eso es lo que nos da la sensación de final. Otras culturas creen en continuidad espiritual. “El cuerpo muere, pero no desaparece. La conciencia se apaga, pero deja huellas. La vida individual termina, pero la vida como proceso continúa.” “Las células del cuerpo mueren, pero las ‘células del alma’ —lo que

dejamos en el mundo— no mueren del todo.” En la muerte ¿mueren también esas “células del alma”? Desde la biología, el cuerpo muere. Desde la experiencia humana, algo permanece, como hemos visto,

En “*El gen de Dios* de Dean Hamer sale el tema de la trascendencia desde el punto de vista genético que es el gen VMAT2 que influye en la tendencia humana en sentir trascendencia, experimentar espiritualidad y hasta tener experiencias místicas. El gen VMAT2, que regula ciertos neurotransmisores sugiere que la espiritualidad tiene una base biológica. Es decir “Lo que llamamos alma podría estar relacionado con procesos biológicos profundos.” Si lo vemos desde un punto de vista más poético o filosófico, nuestras emociones dejan huella en el cuerpo, nuestras experiencias moldean el cerebro, nuestras vivencias se vuelven biología.

Resulta pues que la muerte pretendidamente natural fue un descubrimiento tardío de la vida, una de sus oportunidades, de sus astucias si se quiere, su «lujo» como diría G. Bataille. Aparece pues en un cierto momento de la historia viviente. Un problema tan apasionante, y más misterioso aún que el del origen de la vida, en vías de resolución, es el del origen de la muerte. Cuanto más se asciende en la escala de los organismos vivientes, más se asciende también en la escala de las especializaciones, en tanto que disminuyen las posibilidades de regeneración biológica: mientras un batracio es capaz de regenerar un miembro amputado, un vertebrado superior está condenado a vivir sin él, eso si no muere. Sólo los tejidos vulgares epitelianos pueden regenerarse. Las células nerviosas siendo las más radicalmente diferenciadas, pierden por ello la aptitud de reproducirse. Según el zoólogo y biólogo Serguei Metalnikov, la regresión se manifiesta como ley ineluctable y

necesaria de las células especializadas y los fenómenos regresivos debidos a la especialización comportan una desigualdad celular, que comporta a su vez una disarmonía, que a su vez también, comporta una ruptura, que comporta la muerte. La muerte aparece como el precio de la organización, de la diferenciación, de la especialización (Hertwig-Minot). Efectivamente el individuo especializado, aunque en él no esté inscrita la muerte, hubiera sido incapaz de vencerlas, víctima de la regresión de sus células diferenciadas. Expuesto a los agravios· y a los accidentes, no hubiera podido llevar más que una vida deteriorada, incurable, abocada a una ruina inevitable. En lugar de morir «naturalmente», en tanto que individuo hubiera conocido la muerte por etapas accidentales, la muerte sucesiva de sus agregados celulares.

3.4. La negación de la muerte. Ernest Becker

La filosofía de Becker[12], o su visión de la muerte, está tejida como una trenza de cuatro cabos. El primer cabo se expresaría como que el mundo es aterrador. La explicación de

[12] *La negación de la muerte*. Ernest Becker; *La huida del mal.* Ernest Becker

la naturaleza de Becker tiene poco en común con Walt Disney, por decir algo. La madre naturaleza es una brutal ramera, de fauces y garras rojas como la sangre, que destruye lo que crea. Vivimos, dice, en una creación en la que la actividad rutinaria de los organismos es descuartizar a otros con los dientes, de todas las maneras posibles: mordiendo, triturando carne, tallos de plantas y huesos entre los molares, engullendo vorazmente la pulpa hacia el esófago con fruición, incorporando su esencia en nuestro propio organismo para defecar después los residuos con fetidez nauseabunda y ventosidades[13].

El segundo cabo sería que la motivación básica del comportamiento humano es la necesidad biológica de controlar nuestra ansiedad básica, de negar el terror a la

[13] *Extraído del Prólogo de SAM KEEN del libro "La negación de la muerte"* de Ernest Becker

muerte. Los seres humanos somos ansiosos por naturaleza porque, en última instancia, nos encontramos indefensos y abandonados en un mundo donde nuestro destino es morir. «Este es el terror de haber emergido de la nada, tener un nombre, conciencia de sí mismo, sentimientos íntimos profundos, un agudísimo anhelo de vivir y autoexpresarse, y, sin embargo, pese a todo esto, morir.» Tanto Ernest Becker como Elizabeth Kübler—Ross fueron unos aliados insólitos que fomentaron la revolución cultural que sacó a la luz la muerte y el proceso de morir. Al mismo tiempo que Kübler—Ross nos autorizaba a practicar el arte de morir con gracia o bien morir, Becker nos enseñaba que el pasmo, el miedo y la ansiedad ontológica eran los acompañantes naturales de contemplar el hecho de la muerte.

El tercer cabo se expresaría en que el terror a la muerte es avasallador y conspiramos para mantenerlo inconsciente.

«La mentira vital del carácter» es la primera línea de defensa que nos protege contra la dolorosa conciencia de nuestra indefensión. Todos los niños toman prestado poder de los adultos y crean una personalidad introyectando las cualidades del ser divino. Si soy como mi todopoderoso padre, no moriré. Mientras obedecemos a los mecanismos de defensa de nuestra personalidad, nos sentimos a salvo y creemos que el mundo es manejable; es lo que el médico y psiquiatra austriaco Wilhelm Reich denominó «la coraza del carácter». Pero el precio que pagamos es alto. Reprimimos nuestros cuerpos para adquirir un alma que el tiempo no puede destruir; sacrificamos el placer para comprar inmortalidad; nos encerramos en nosotros mismos para evitar la muerte. Y la vida se nos escapa mientras nos hacemos fuertes en el interior de la fortificación que es el carácter. La sociedad nos suministra una segunda línea de defensa contra nuestra impotencia innata creando un sistema

de héroes que nos permite creer que transcendemos la muerte al participar en algo de un valor duradero. Alcanzamos un substituto de la inmortalidad al sacrificamos para conquistar un imperio, construir un templo, escribir un libro, constituir una familia, acumular una fortuna, promover el progreso y la prosperidad, crear una sociedad de la información y un libre mercado global. Puesto que la tarea principal de la vida humana es el heroísmo y trascender la muerte, todas las culturas tienen que proveer a sus miembros con un complicado sistema simbólico que es secretamente religioso. Lo que significa que los conflictos ideológicos entre las culturas son en su esencia batallas entre proyectos de inmortalidad, guerras santas".

Para Becker lo que impulsa a las corporaciones y a las naciones son motivos inconscientes que poco tienen que ver con los objetivos que declaran. Organizar una matanza en el

campo de los negocios o en el de batalla, por lo común, tiene menos relación con las necesidades económicas o la realidad política que con la necesidad de convencemos a nosotros mismos de que hemos conseguido algo de un valor duradero. Pensemos, por ejemplo, en la guerra del Vietnam, donde lo que movió a Estados Unidos no fue ninguna realidad económica o intereses políticos sino la abrumadora necesidad de derrotar al "comunismo ateo".

El cuarto cabo tendría el objetivo de destruir el mal logrando el efecto paradójico de aportar aún más mal al mundo. Los conflictos humanos son luchas; mis dioses contra tus dioses, mi proyecto de inmortalidad contra tu proyecto de inmortalidad. La raíz del mal causado por los humanos no es la naturaleza animal del hombre, ni su agresividad territorial, o su egoísmo innato, sino nuestra necesidad de ganar autoestima, negar nuestra mortalidad y lograr una imagen heroica de nosotros mismos. Nuestro deseo de lo mejor es la

causa de lo peor. Queremos limpiar el mundo, convertirlo en algo perfecto, mantenerlo a salvo para la democracia o para el comunismo, purificarlo de los enemigos de dios, eliminar el mal, crear una ciudad de alabastro sin rastro de lágrimas humanas, o un Reich que dure mil años.

Quizás el mayor logro de Becker ha sido crear una ciencia del mal. Nos ha aportado una nueva forma de entender cómo creamos un superávit de mal; armamento, limpieza étnica, genocidio. Desde el principio de los tiempos, los humanos se han enfrentado con lo que Carl Jung llamó su sombra —sentimientos de inferioridad, odio a uno mismo, culpa, hostilidad al proyectarla sobre su enemigo. Le ha quedado a Becker la tarea de dejar totalmente claro que el armamento es un ritual social para la purificación del mundo, en el que al enemigo se le asigna el papel de sucio, peligroso y ateo. Dachau, Ciudad del Cabo y Mi Lai, Bosnia o Ruanda, son el

sombrío testimonio de la necesidad universal del chivo expiatorio; un judío, un negro, un asqueroso comunista, un musulmán, un tutsi. La guerra es un potlatch (fiesta ceremonial de intercambio") de muerte en el que sacrificamos a nuestros valientes muchachos para destruir a los cobardes enemigos de la probidad. Y cuanta más sangre, mejor. Porque cuanto mayor sea el recuento de cuerpos, más grandioso será el sacrificio por la sagrada causa, la cara del destino, el divino plan.

¿A qué precio, adquirimos la convicción de que somos heroicos? No cabe duda de que una de las razones por las que Becker no ha tenido nunca una audiencia masiva es porque nos avergüenza con el reconocimiento de la facilidad con la que derramamos sangre para comprar la certeza de nuestra propia rectitud. Nos revela que la necesidad de negar nuestra desnudez y envolvernos en gloria nos impide reconocer que

el emperador no lleva vestidos[14], va desnudo del todo. Dice Becker en su libro citado que la perspectiva de la muerte, según el doctor Samuel Johnson[15], concentra la mente de forma asombrosa. La tesis principal de este libro es que hace mucho más que esto: la idea de la muerte, el miedo que ocasiona, acosa al animal humano como ninguna otra cosa. Es causa principal de la *actividad humana*, diseñada, en su mayor parte, para evitar la fatalidad de la muerte, para superarla negando de algún modo que es el destino final de la persona. The Worm at the Core (*El gusano en el núcleo)* es un intento de demostrar la tesis de la ansiedad ante la muerte de Becker en estudios psicológicos reales. Si bien también es interesante, no ha tenido demasiado impacto en el mundo de

14 *El traje nuevo del emperador*. Hans Christian Andersen.

15 *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia* - Samuel Johnson

la psicología. Probablemente porque se centra tan estrechamente en un concepto aparentemente infalsificable: que todos tienen miedo innato a la muerte y necesitan refuerzos de autoestima para contrarrestarlo.

Frente a esta negación de la muerte nos encontramos los escritos de psicología de Michael Shermer[16] que nos presenta todos los esfuerzos que hace el cerebro para creer. Todo el fascinante mundo de la cognición humana para descubrir por qué sostenemos las creencias que tenemos, independientemente de su mérito o base en la realidad. La formación de creencias no es un proceso puramente racional; en cambio, nuestros cerebros están programados para formar creencias primero y luego buscar evidencia para respaldarlas. Esta exploración innovadora desafía a los

[16] *El cerebro creyente*. Michael Shermer

lectores a reconsiderar cómo perciben el mundo y entender los prejuicios inherentes que impulsan sus convicciones. A través de cautivadoras anécdotas entendemos muchas cosas de por qué creemos lo que creemos, cuestionando los cimientos mismos del conocimiento. Advertir que Shermer se ha convertido en un defensor líder del escepticismo científico y del pensamiento crítico, desafiando la pseudociencia y promoviendo la indagación racional.

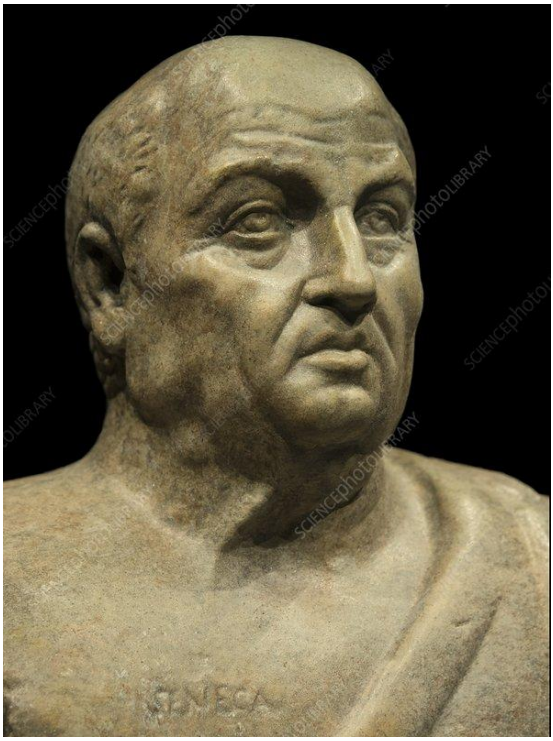
La formación de las creencias reside en el cerebro. Los neurocientíficos han identificado regiones cerebrales específicas y circuitos involucrados en este proceso. La corteza prefrontal, responsable de funciones cognitivas superiores como el razonamiento y la toma de decisiones, desempeña un papel crucial. De manera similar, el sistema límbico, que incluye estructuras como la amígdala y el hipocampo, es central en el procesamiento emocional y la

memoria, influenciando en gran medida cómo se conforman y persisten las creencias a lo largo del tiempo. Los humanos tienen una proclividad a creer en lo sobrenatural, y Michael Shermer indaga profundamente en los fundamentos cognitivos detrás de esta tendencia. Él nos propone que una combinación de mecanismos psicológicos influye fuertemente en por qué personas de diversas culturas y orígenes se adhieren a supersticiones y creencias paranormales. Estos mecanismos psicológicos no operan de forma aislada, sino que están influenciados por factores culturales y sociales. Las creencias supersticiosas y sobrenaturales a menudo se transmiten de generación en generación, arraigadas en tradiciones culturales y rituales. A través de esta exploración, Shermer subraya que las creencias sobrenaturales no son simplemente reliquias del pasado o exclusivas de los menos educados. Por el contrario, están arraigadas en el mismo tejido de la cognición y la cultura

humana, aunque sean moldeadas estas creencias por nuestro cerebro.”

Sin embargo, yo siempre he pensado que es todo el ser humano y no solo son el cerebro o los riñones los que crean pensamiento y memoria. Las células del alma y el alma de las células pueden crear cognición diferente desde la otra razón que la razón no entiende, como el “enamoramiento”. Pero este es el espacio de los psiquiatras donde realmente me pierdo y tampoco consulto a la IA por estos asuntos complejos.

3.5. Sobre la brevedad de la vida. Seneca



Francisco Socas escribió, como siempre lo hace, un excelente ensayo sobre *"Séneca y la administración de nuestra mortalidad. Un tratado sobre los ultrajes del tiempo".*

El tema principal es el tiempo y la muerte, pero también la vida como realización positiva. La ética estoica donde la virtud es el único bien para los seres humanos y la base de la sabiduría, es lo que nos permite administrar nuestros días. El tiempo, esos minutos que se nos escapan entre los dedos, siempre se manifiesta con enigmática maldad, construyendo y desbaratando todo nuestro afán. “El hombre, porque sus deseos son más grandes que su vida, es desgraciado, y siente envidia de los dioses. Pero el sabio ha de aprender a amar su destino y sacar partido. Encara a los hombres todos y les reprocha: «De todo, como mortales que sois, tenéis miedo todo como *inmortales* lo ansiáis». Y este intrincado y agobiante nudo lo quiere aflojar Séneca razonando como sigue:

“A pesar de que los hombres no paran de quejarse de la brevedad de la vida, son ellos solos los verdaderos culpables de acortarla con su desidia y sus vicios. Desperdiciamos el

tiempo y no lo consideramos el bien mayor y único. El tiempo de la vida es bastante si se sabe aprovechar. «No tenemos tiempo escaso, sino que perdemos mucho» (1.3). La solución no será ni la hiperactividad, ni la holganza, porque los muy ocupados, pendientes siempre del mañana, tampoco aprovechan el tiempo y pronto se ven sorprendidos por la vejez, mientras que en la ociosidad las pasiones y diversiones nos roban la paz íntima. Los ociosos temen más la muerte. Los ocupados no podrán eludirla: ¿Qué va a pasar? Tú no tienes tiempo para nada y la vida corre; entretanto llega la muerte y para ella, quieras o no quieras, vas a tener todo el tiempo del mundo» (8.5). Incluso un ocio digno puede estar lleno de tareas vanas. Con las cuestiones eruditas, como el averiguar si la Ilíada se compuso antes que la Odisea, o si eran obra de un mismo autor, «uno no logra pasar por más sabio sino por más cargante» (13.2). «Muy corta y abrupta es la vida de

quienes olvidan el pasado, descuidan el presente y temen el futuro. Cuando lleguen al final, entenderán, pobrecitos, que estuvieron muy ocupados en no hacer nada» (16.1). No es lo mismo vivir mucho que sentir que los días se hacen inacabables. El sabio vive la verdadera vida tranquila y se hurta a la muerte. Mediante la memoria recobra el pasado, que deja de ser así tiempo perdido, y en su corazón anticipa las alegrías del porvenir.

"La muerte es un tema central de la filosofía desde los tiempos de Sócrates (Platón le hace decir en sus diálogos que toda la vida del filósofo es meditación y entrenamiento en la muerte). Aunque Séneca conoce y propaga ciertos silogismos y frases brillantes que parecen reducir la muerte a nada (así «ningún mal es grande si es el último», (Cartas, 4.3), mira más allá y defiende una conciliación trágica de muerte y vida. Una *primera cuestión es la del suicidio*, tan presente en la ideología estoica. Defienden también la buena muerte, que muchas

veces será la muerte voluntaria. Una muerte serena y pacífica debe coronar la vida entera si es posible. Una muerte angustiosa y resentida puede devaluar o borrar todos los recuerdos buenos. La divinidad nos ha hecho inteligentes, lo que lleva consigo la conciencia amarga de la mortalidad, pero también la alegría de poder escapar de la necesidad y del dolor irremediable. Llaman al suicidio que quiere decir «la salida razonable». La muerte voluntaria es, pues, para ellos un acto de razón. La buena muerte (euthanasia) es un don de los dioses y la muerte más humana. La muerte voluntaria, aceptada e incluso provocada por uno mismo, representa la libertad. No se puede ser esclavo ni siquiera del vivir, ya que la vida, si falta la valentía para morir, es servidumbre (Cartas, 77.15). Quien ha aprendido a morir ha desaprendido a servir y está por encima de todo poder (Cartas, 26.10). Séneca sabe que la libertad se adquiere a la vez que se abandona el temor

a la muerte. Lo que distingue al amo del siervo es el miedo a la muerte (repetirá como un eco Hegel). Pero la decisión de morir no debe tomarse a la ligera. El hombre valeroso y sabio no debe huir de la vida a la carrera y atropelladamente, sino más bien salir de ella despacio y con elegancia. Hay en algunos algo así como un gusto de la muerte (libido moriendi) que invade tanto al valiente, que hace alarde de despreciar la vida, como al cobarde, que la teme -nos explica Socas-.

La teoría senequista se emparenta con el estoicismo en algunas consideraciones, pero en otras se separa de él. Ambos coinciden en que la naturaleza del ser humano es la razón; pero el filósofo cordobés matiza esta relación al considerar que el individuo alcanza un nivel moral y digno cuando se perfila como guerrero, puesto que no se trata de resignarse a los deseos de la naturaleza, como dirían los estoicos, sino de tener una actitud de lucha frente a ellos. Pero la consideración más importante sobre la vida es el

tópico sobre la muerte afrontarla desde ella misma, no desde fantasmas que inspiran temor a la muerte. Así pues, conforme al pensamiento senequista, no hay que tener miedo a lo que no existe. “Cada día morimos: cada día se nos quita alguna parte de la vida, e incluso cuando crecemos nuestra vida decrece”[17] Para los estoicos, el principio fundamental que debía regir toda vida humana era el seguimiento de los designios de la naturaleza, lo cual proveía de sabiduría al hombre. Dice Séneca: “Erramos al pensar que la muerte sigue a la vida, siendo lo cierto que la precedió y la seguirá” Por decirlo de alguna manera, la vida está rodeada de muerte; tanta es la cercanía, que cada instante que pasa muere de forma inmediata sucediéndole uno nuevo. Se vive sólo

[17] *La muerte en el pensamiento de Séneca: una lección moral*. Oscar Frutis Guadarrama

durante un momento cortísimo, que no es percibido porque, en un parpadeo, le sucede otro. Lo menos perceptible de la muerte es el instante que se reduce a nada a causa del siguiente. Cada momento desaparece como por arte de magia, pero no lo consideramos porque le sobreviene otro, hasta que aparece el último: el más notorio y angustiante".

La muerte de Séneca del dramaturgo Heiner Müller recrea parte de la escena del suicidio de Séneca, cuya fuente procede del historiador romano Publio Cornelio Tácito. La muerte de Séneca recrea uno de los momentos de tremenda intensidad en la vida del hombre, la propia muerte, a través de ciertos códigos actuales. Andreas Müller se hace preguntas sobre la muerte voluntaria para no contestar. Pone, sin embargo, las respuestas en la historia más que en su voluntad de morir." ¿Qué pensó Séneca y no dijo cuándo el capitán de la guardia personal de Nerón, en silencio, sacó el veredicto de muerte de la coraza torácica lacrado por el alumno para el

profesor? A escribir y a lacrar había aprendido y a *despreciar todas las muertes salvo la propia*. Reglas de oro de todo arte de Estado.

¿Qué pensó Séneca y no dijo, cuando les prohibió el llanto a las visitas y a los esclavos que habían compartido su última comida con él? Los esclavos sentados al final de la mesa. Las lágrimas no son filosóficas. Lo fatal debe ser aceptado. ¿Y en cuanto a ese Nerón que había asesinado a su madre y a sus hermanos por qué debía hacer una excepción con su maestro? ¿Por qué desistir de la sangre del filósofo que no le había enseñado a derramar sangre? Y cuando hizo que le cortaran las venas primero en los brazos, y a su esposa, que no quiso sobrevivir a su muerte, y probablemente fue un esclavo quien lo hizo, -también la espada que Bruto hizo caer sobre sí mismo al final de su esperanza republicana tuvo que ser sostenida por un esclavo.

¿Qué pensó Séneca y no dijo, cuando la sangre fue dejando su cuerpo demasiado viejo de manera demasiado lenta y el esclavo obediente le abrió también a golpes las venas de las piernas y los huecos poplíteos? Murmullos con cuerdas vocales resecas. Mis dolores son mi propiedad. Lleven a mi mujer a la pieza contigua. Que mi secretario venga a verme. La mano ya no pudo sostener la pizarra para escribir, pero el cerebro seguía trabajando. La máquina fabricaba palabras y frases, anotaba los dolores.

¿Qué pensó Séneca y no dijo, entre las letras de su último dictado, recostado en el sofá del filósofo? ¿Y, cuando vació la copa con el veneno de Atenas porque la muerte se hizo esperar aún, y el veneno que había ayudado a muchos antes que él solamente logró escribir una nota al pie en su cuerpo casi desprovisto de sangre, no un texto claro?

¿Qué pensó Séneca sin habla finalmente cuando marchó hacia la muerte en el baño de vapor, mientras el aire danzaba delante de sus ojos la terraza oscurecida por el confuso aleteo probablemente no de ángeles? Tampoco la muerte es un ángel. En el resplandor de las columnas, al reencontrarse con la primera hierva que había visto en una pradera cerca de Córdoba. Más alta que cualquier árbol."

¿Por qué se suicidó Séneca? "Cuando supo que iba a ser ejecutado, prefirió quitarse él mismo la vida" Durante su retiro, Séneca sufrió un intento de envenenamiento que consiguió superar. Pero lo peor estaba por llegar. Después del incendió de Roma, los patricios romanos estaban muy molestos por el incremento de la carga fiscal ordenada por Nerón para costear la reconstrucción de la ciudad y de su Domus Aurea. Cayo Calpurnio Pisón lideró una conjura para acabar con la vida del emperador, pero fracasó. Los esclavos

de dos de los participantes denunciaron el intento de magnicidio. Nerón elaboró una lista con los conspiradores, que fueron condenados a muerte. Entre los instigadores fue incluido el nombre de Séneca. Cuando supo que iba a ser ejecutado, prefirió quitarse él mismo la vida. También se suicidaron dos de sus hermanos y su sobrino el poeta Lucano. La figura de Séneca se engrandeció tras su muerte: por la repercusión de sus escritores en autores posteriores como Erasmo de Róterdam, Michel de Montaigne y René Descartes; y también por su supuesta conversión al cristianismo durante ese baño escenificado en el famoso cuadro del pintor español Manuel Domínguez Sánchez.[18]

[18] *Suicidio de Séneca*. Miguel Ángel Santamarina

3.6. El año del pensamiento mágico, en los relatos de C.S. Lewis y Joan Didion[19]

[19] *El año del pensamiento mágico*. Joan Didion

Así relata Joan Didion la muerte de su esposo y en cuyo libro expresa sus pensamientos que llama mágicos o que trascienden la vida:

"Hace nueve meses y cinco días, aproximadamente a las nueve de la noche del 30 de diciembre de 2003, mi marido, John Gregory Dunne, en la mesa del salón de nuestro apartamento de Nueva York en la que acabábamos de sentarnos a cenar, sufrió aparentemente —o realmente— un repentino y severo ataque al corazón que le causó la muerte. Nuestra única hija, Quintana, llevaba cinco noches inconsciente en una unidad de cuidados intensivos de la Singer División del Beth Israel Medical Center, por entonces un hospital en la avenida East End (cerró en agosto de 2004), más conocido como el Beth Israel North o el Antiguo Hospital de Médicos; lo que pareció un caso de gripe invernal lo

bastante grave para ingresarla en urgencias la mañana de Navidad había derivado en neumonía y choque séptico.

"Esto es un intento por encontrar sentido al tiempo que siguió, a las semanas y meses que desbarataron cualquier idea previa que yo tuviera sobre la muerte, la enfermedad, la probabilidad y la suerte, la buena o la mala fortuna, sobre el matrimonio y los hijos y el recuerdo; sobre el dolor y los modos en que la gente se plantea o no el hecho de que la vida acaba; sobre la precariedad de la cordura y sobre la vida misma. He sido escritora toda mi vida. Como escritora, incluso de niña, mucho antes de que empezara a publicar lo que escribía, siempre tuve la sensación de que el significado radicaba en el ritmo de las palabras, las frases, los párrafos, una técnica para contener lo que pensaba o creía tras un refinamiento cada vez más impenetrable. Soy o he llegado a ser la forma en la que escribo; sin embargo, este es un caso

en el que en vez de las palabras y sus ritmos desearía tener una sala de montaje equipada con un Avid, un sistema de edición digital en el que pudiera pulsar una tecla y la secuencia de tiempo se desintegrara para *mostrarles simultáneamente todos los cuadros de la memoria que me asaltan en este momento* y dejarles elegir las tomas, los diferentes comentarios al margen, las distintas lecturas de las mismas líneas. En este caso, para encontrar el significado, necesito más que palabras. En este caso necesito cualquier cosa que yo crea o me parezca inteligible, aunque sólo sea para mí misma.

Aparentemente, yo era un ser racional. Un observador medio habría tenido la impresión de que yo entendía perfectamente que *la muerte era irreversible*. Había autorizado la autopsia. Había ordenado la incineración. Había dispuesto que se recogieran las cenizas y se llevaran a la catedral de St. John the Divine, en la que, una vez que

Quintana estuviera consciente y lo bastante recuperada como para estar presente, se colocarían en la capilla junto al altar mayor, donde mi hermano y yo habíamos depositado las cenizas de nuestra madre. Había mandado quitar la plancha de mármol con el nombre de mi madre grabado para añadir el de John. Finalmente, el 23 de marzo, casi tres meses después de su muerte, había visto las cenizas colocadas en la pared, la plancha de mármol repuesta y el funeral, celebrado. Quintana pidió que el canto fuera en latín. También John lo habría hecho. Hubo un magnífico solo de trompeta. Hubo un sacerdote católico y un sacerdote episcopaliano. Nick leyó el poema de Catulo «A la muerte de su hermano»[20]. Quintana,

[20] Después de ir y venir por muchos países y mares, llego, hermano, a estas deplorables exequias para darte el postrer regalo de la muerte y dirigirme en vano a tu muda ceniza. No estás ya tú, no estás. La fortuna me arrebató aquello que fuiste y te arrancó vilmente de mi lado. Por lo menos,

aún convaleciente, pero con voz firme, vestida de negro, en la misma catedral en la que se había casado ocho meses antes, leyó un poema que había escrito para su padre. Lo había hecho. Había aceptado que estaba muerto. Lo había hecho de la manera más pública imaginable.

Aun así, mi pensamiento seguía sospechosamente voluble. En una cena, a finales de primavera o principios de verano, conocí por casualidad a un destacado profesor de Teología. Alguien en la mesa planteó el tema de la fe. El teólogo afirmó que el propio ritual es una forma de fe. Mi reacción, aunque silenciosa, fue negativa, furibunda, excesiva incluso para mí. Más adelante recapacité sobre lo primero que me había venido a la cabeza: Yo he cumplido el ritual. Lo he hecho todo. St. John the Divine, el canto en latín, el

---

acepta estas tristes ofrendas que, siguiendo los usos de nuestros padres, te he traído, empapadas de lágrimas fraternas. Y, para siempre, adiós, hermano mío.

sacerdote católico y el sacerdote episcopaliano, el salmo «Porque mil años a tus ojos no son sino un ayer cuando ha pasado» y el oficio de difuntos, «In paradisum deducant angeli». Y aun así, la liturgia no me lo había devuelto.«Que volviera», ese había sido durante aquellos meses mi objetivo oculto, *un truco mágico*. En épocas difíciles, me habían enseñado desde niña, lee, aprende, prepárate, recurre a la literatura. La información es control. Teniendo en cuenta que el dolor por la pérdida es la aflicción más común, su literatura parecía notablemente escasa. Estaba el diario que C. S. Lewis escribió tras la muerte de su esposa, *A Grief Observed*. Había pasajes ocasionales en una u otra novela, por ejemplo, la descripción de Thomas Mann en *La montaña mágica* del efecto que produce en Hermann Castorp la muerte de su esposa".

"Dentro de las lecturas que he tenido sobre la muerte y el dolor de la separación del ser querido, no suele aparecer Dios, aunque se sobreentienda, pero hay mucha literatura sobre otros temas. "Cuando eres feliz, no tienes la sensación de necesitar a Dios, -dice C.S. Lewis-[21]. "Y, en el entretanto, ¿Dios dónde se ha metido? Éste es uno de los síntomas más inquietantes. Cuando eres feliz, tan feliz que no tienes la sensación de necesitar a Dios para nada, tan feliz que te ves tentado a recibir sus llamadas sobre ti como una interrupción, si acaso recapacitas y te vuelves a Él con gratitud y reconocimiento, entonces te recibirá con los brazos abiertos al menos así es como lo vive uno. Pero vete hacia Él cuando tu necesidad es desesperada, cuando cualquier otra ayuda te ha resultado vana, ¿y con qué te encuentras? Con una puerta que te cierran en las narices, con un ruido de cerrojos, un

21 *Una pena en observación*. C.S.Lewis

cerrojazo de doble vuelta en el interior. Y después de esto, el silencio. Más vale no insistir, dejarlo. Cuanto más esperes, mayor énfasis adquirirá el silencio. No hay luces en las ventanas. Debe tratarse de una casa vacía. ¿Estuvo habitada alguna vez? Eso parecía en tiempos. Y aquella impresión era tan fuerte como la de ahora. ¿Qué puede significar esto? *¿Por qué es Dios un jefe tan omnipresente en nuestras etapas de prosperidad, y tan ausente como apoyo en las rachas de catástrofe?*

He intentado exponerle esta tarde a C. algunas de estas reflexiones. Él me ha recordado que lo mismo, según parece, le ocurrió a Jesucristo. *«¿Por qué me has abandonado?»* Ya lo sé. ¿Y qué? ¿Se consigue con eso que las cosas se vuelvan más fáciles de entender? No es que yo corra demasiado peligro de dejar de creer en Dios, o por lo menos no me lo parece. El verdadero peligro está en empezar a pensar tan

horriblemente mal de Él. La conclusión a que temo llegar no es la de que no hay Dios, a fin de cuentas», sino la de "De manera que así es como era Dios en realidad. No te sigas engañando.» Nuestros mayores se resignaban y decían: «Hágase tu voluntad.» ¿Cuántas veces no habrá gente sofocada por puro terror, por un amargo resentimiento, y no se habrá sacado de la manga un acto de amor para camuflar la operación? Claro que resulta muy fácil decir que Dios parece estar ausente en nuestras necesidades más graves porque Él es ausencia, no-existencia. Pero entonces, ¿qué pasa?, ¿por qué se nos antoja tan presente cuando, para hablar en plata, no le echamos de menos?

De todas maneras, el matrimonio me ha servido para una cosa. Nunca podré volver a creer que la religión es una manipulación de nuestros inconscientes y hambrientos deseos, mediante la cual se sustituye al sexo. En estos breves años pasados, H. y yo festejábamos el amor; en cualquiera de

sus modalidades: la solemne y alegre, la romántica y realista, tan dramática a veces como una tempestad, otras veces tan confortable y carente de énfasis como cuando te pones unas zapatillas cómodas. No había fisura del corazón o del cuerpo que quedara insatisfecha. Si Dios fuera un simple sustituto del amor, habríamos perdido todo interés por Él. ¿A quién le importan los sustitutos cuando tiene en las manos la cosa misma? Pero no es esto todo lo que ocurre. Nosotros dos sabíamos que deseábamos algo que estaba por encima del uno y del otro, algo especial y bien diferente, una clase de deseo bien diferente. Lo contrario sería como decir que cuando los amantes se tienen uno a otro, ya en adelante no van a tener nunca ganas de leer, de comer o de respirar.

Hace años, a raíz de la muerte de un amigo, tuve durante algún tiempo una viva sensación de certeza con respecto a la *continuidad de su vida*, casi como si se viera realzada. He

implorado que se me concediera ahora por lo menos una centésima parte de esa misma certeza en el caso de H. No ha habido respuesta. Solamente el cerrojazo en la puerta, el telón de acero, el vacío, el cero absoluto. «A los que piden, no se les dará.» Fui un tonto al pedir nada. Lo que es ahora, incluso aunque me volviera a habitar esa certeza, desconfiaría de ella. Pensaría que era una autosugestión provocada por mi propia plegaria. En cualquier caso, lo que tengo que hacer es mantener a raya a los espiritualistas. Le prometí a H. que lo haría. Ella sabía mucho de estos cotarros. Mantener las promesas hechas a un muerto, o a cualquier otra persona, es algo que está muy bien. Pero empiezo a darme cuenta de que «respeto hacia los deseos de un muerto» entraña también una trampa. Ayer me detuve a tiempo antes de decirme, con ocasión de no sé qué bagatela: «Esto a H. no le hubiera gustado".

Sobre el más allá, la visión de Lewis es crítica, no se fía de las palabras, aunque le digan que su esposa muerta ahora es feliz, que está en paz con Dios. "Pero ¿cómo pueden estar seguros de que la angustia acaba con la muerte? Más de la mitad de los cristianos del mundo, y millones de seres en todo Oriente, piensan de otra manera. ¿Cómo pueden saber que descansa en paz? ¿Por qué la separación (ciñéndonos sólo a ella), esa separación que es agonía para el amante abandonado, habría de ser indolora para el amante que nos deja? «Porque ella ahora está en las manos de Dios.» Pero si esto fuera así, tendría que haber estado en manos de Dios todo el tiempo, y yo he sido testigo del trato que esas manos le dieron en la tierra. ¿Van a volverse más cariñosas para nosotros justo en el momento en que nos escapamos del cuerpo? ¿Y por qué razón? Si la bondad de Dios no es consecuente con el daño que nos inflige, una de dos: o Dios

no es bueno, o no existe; porque en la única vida que nos es dado conocer nos golpea hasta grados inimaginables, nos hace un daño que supera nuestros más negros presagios. Y si Dios es consecuente al hacernos daño, puede seguírnoslo haciendo después de muertos de una forma tan insoportable como antes.

A veces resulta difícil no decir: «Dios, perdona a Dios», y otras lo que resulta difícil es llegar a decir tanto. Porque Él, si nuestra fe no nos engaña, no fue tal cosa lo que hizo. Se crucificó a Él mismo. Vamos a ver, ¿qué adelantamos con las evasiones? Estamos atrapados y no podemos escapar. La realidad, mirada cara a cara, es insoportable. ¿Y cómo y por qué una realidad de este tipo ha florecido (o se ha enconado) por doquier hasta dar en el terrible fenómeno que llamamos consciencia? ¿Por qué ha producido seres como nosotros capaces de verla y de retroceder con repugnancia una vez que la han visto? Y —lo que es más raro todavía— ¿quién va a

tener ganas de verla y tomarse la molestia de sacarla a la luz, si nada nos obliga a hacerlo, si a su vista se abren incurables llagas en el corazón? ¿Quién? Pues gente como la misma H., que estaba empeñada en alcanzar la verdad a toda costa. Si H. no existe, entonces es que nunca existió. Confundí una nube de átomos con una persona. No existe nadie, nunca existió nadie. Solamente la muerte revela una vacuidad que siempre estuvo ahí. Lo que llamamos seres vivientes son sencillamente aquellos que todavía no han sido desenmascarados. Todos en idéntica bancarrota, sólo que aún no declarada en algunos casos. Lo que realmente me asusta es pensar que somos ratones atrapados en una ratonera. O, todavía peor, ratones en un laboratorio. Creo recordar que alguien dijo: «Dios siempre geometriza.» ¿No querría decir en realidad: «Dios siempre descuartiza»?

Una de las partes más problemáticas por las que se interroga Lewis, es si Dios es bueno. Para los que hemos aprendido desde que tenemos uso de razón que "Dios es amor" resulta sorpresivo en este autor. Sin embargo, Lewis sabe manejar bien los conceptos "Más tarde o más temprano tendré que enfrentarme con la pregunta claramente y sin rodeos: Dejando aparte nuestros propios y más desesperados deseos, ¿qué razón tenemos para creer que Dios, con arreglo a cualquier patrón que podamos concebir, *es bueno*? ¿Es que toda evidencia inmediata no sugiere exactamente lo contrario? ¿Qué podemos oponer a esto? Podemos oponer a Jesucristo. Pero ¿y si Él se hubiera equivocado? Las que fueron casi sus últimas palabras encerraban un mensaje bien claro a este respecto. Acababa de entender que el Ser Supremo a quien llamaba Padre era infinita y tremendamente diferente de lo que Él había imaginado. El anzuelo, tan larga y cuidadosamente aparejado, tan sutilmente tendido, se lo

tragó al final, en la cruz. La vil broma pasada se había consumado con éxito. Lo que me estrangula cualquier plegaria o esperanza es el recuerdo de todas las plegarias que H. y yo alzamos al cielo y todas las falsas esperanzas que abrigamos. Esperanzas que no tomaban vuelo meramente al calor de nuestro propio deseo, no, eran esperanzas a las que daban pábulo, aun en contra de nuestra voluntad, los falsos diagnósticos, las radiografías, las extrañas remisiones o una mejoría provisional que podía tomarse por milagro. Paso a paso nos encaminábamos hacia «el sendero del paraíso». Y una hora tras otra, a medida que Él se mostraba más misericordioso, lo que estaba haciendo en realidad era preparar la próxima tortura.

"Esto lo escribí anoche. Se trataba de un aullido más que de un pensamiento. Voy a intentar volver sobre ello. ¿Es racional creer en un Dios malo? ¿O en ese caso en un Dios

sumamente malo, un Sádico del Cosmos, un imbécil cargado de rencor? Creo que resulta, cuando menos, demasiado antropomórfico. Llegar a figurarse así a Dios es mucho más antropomórfico que pintarlo como un viejo rey de luenga barba y gesto grave. Esta imagen es un arquetipo jungiano. Vincula a Dios con todos los reyes Viejos y cultos de los cuentos de hadas, con los profetas, con los sabios, con los magos. Aunque, desde un punto de vista formal, sea el retrato de un hombre, sugiere algo que rebasa la humanidad. O induce a pensar, por lo menos, en algo más viejo que uno mismo, que encierra sabiduría, en algo que no se puede llegar uno a imaginar. Pero el cuadro que yo estaba elaborando anoche era simplemente el retrato de un hombre parecido a S. C., que solía sentarse junto a mí para cenar y contarme lo que les había estado haciendo a sus gatos aquella tarde. Ahora bien, un ser como S. C., por mucho que quiera uno magnificarlo, no podría crear, inventar ni gobernar cosa

alguna. Podría preparar anzuelos y tratar de ponerles cebos. Pero nunca se le ocurriría pensar en cebos como amor, risa, narcisos o una puesta de sol glacial. ¿Cómo iba a inventar un universo si no pudo crear una broma, ni un saludo, ni una disculpa, ni un amigo?

¿Y entonces qué? A efectos prácticos y especulativos, eso es como borrar a Dios de la pizarra. La palabra «bueno», aplicada a Él, se vacía de sentido, se vuelve abracadabra. No hay razón paraque le obedezcamos. Ni siquiera para que le tengamos miedo. Es verdad que tenemos sus amenazas y sus promesas. Pero ¿por qué habría que tomárselas enserio? Si, desde el punto de vista, la crueldad es algo bueno, decir mentiras también puede ser bueno. Y aunque fueran verdades, ¿con eso qué? Si las ideas de Dios sobre lo bueno son tan diferentes de las nuestras, lo que Él llama Cielo bien puede corresponder a lo que nosotros llamaríamos Infierno,

y viceversa. Y por último, si carece hasta tal punto de sentido en sus mismas raíces (o dándole la vuelta, si nosotros somos tan absolutamente imbéciles), ¿qué más da ponerse a pensar en Dios que en otra cosa cualquiera? El nudo se afloja cuanto más intenta uno apretarlo. ¿Por qué le doy cabida en mi mente a tanta basura y bagatela? ¿Acaso espero que, disfrazando de pensamiento a mi sentir, voy a sentir menos intensamente? ¿No son todas estas notas las contorsiones sin sentido de un hombre incapaz de aceptar que lo único que podemos hacer con el sufrimiento es aguantarlo? Un hombre empeñado en seguir pensando que hay alguna estrategia (que es cuestión de encontrarla) capaz de lograr que el dolor no duela. Pero en realidad da igual agarrarse crispadamente a los brazos del sillón del dentista que dejar las manos reposando en el regazo. El taladro taladra igual".

3.7. Las gratitudes. Delphine de Vigan

Las gratitudes (2019), de Delphine de Vigan, es una novela conmovedora y breve sobre la vejez, la pérdida de las palabras (afasia) y la importancia de agradecer a tiempo. Narra la historia de Michka, una anciana que, al ingresar en

una residencia, busca desesperadamente a quienes la salvaron durante su infancia en la Segunda Guerra Mundial para decirles "gracias". Michka, con ayuda de su joven vecina Marie y el logopeda Jérôme, intenta cerrar un ciclo vital expresando gratitud. Sobresalen como temas centrales la fragilidad, el deterioro de la memoria, el valor de las palabras y la deuda moral hacia quienes nos ayudaron. Es una obra tierna y directa, que invita a reflexionar sobre la necesidad de no postergar el agradecimiento. Es un pasaje que muchas personas recuerdan porque pone palabras a un tipo de duelo íntimo y silencioso.

«Hoy ha muerto una anciana a la que yo quería. A menudo pensaba: “Le debo tanto”. “Sin ella, probablemente ya no estaría aquí”. Pensaba: “Es tan importante para mí”. Importar, deber. ¿Es así como se mide la gratitud? En realidad, ¿fui suficientemente agradecida? ¿Le mostré mi agradecimiento como se merecía? ¿Estuve a su lado cuando

me necesitó, le hice compañía, fui constante?», reflexiona Marie, una de las narradoras de este libro. Su voz se alterna con la de Jérôme, que trabaja en un geriátrico y nos cuenta: «Soy logopeda. Trabajo con las palabras y con el silencio. Con lo que no se dice. Trabajo con la vergüenza, con los secretos, con los remordimientos. Trabajo con la ausencia, con los recuerdos que ya no están y con los que resurgen tras un nombre, una imagen, un perfume. Trabajo con el dolor de ayer y con el de hoy. Con las confidencias. Y con el miedo a morir. Forma parte de mi oficio.»

A ambos personajes –Marie y Jérôme– los une su relación con Michka Seld, una anciana cuyos últimos meses de vida nos relatan estas dos voces cruzadas. Marie es su vecina: cuando era niña y su madre se ausentaba, Michka cuidaba de ella. Jérôme es el logopeda que intenta que la anciana, que acaba de ser ingresada en un geriátrico,

recupere el habla, aunque sea parcialmente, que va perdiendo por culpa de una afasia. Y ambos personajes se involucrarán en el último deseo de Michka: encontrar al matrimonio que, durante los años de la ocupación alemana, la salvó de morir en un campo de exterminio acogiéndola y ocultándola en su casa. Nunca les dio las gracias y ahora querría mostrarles su gratitud...

"Las gratitudes" de Delphine de Vigan aborda la muerte desde una perspectiva muy humana y reflexiva. La obra se presenta como una apología de la vida, pero lo hace a través de la muerte, explorando la paradoja de cómo la muerte puede llevarnos a valorar y agradecer la vida misma. En la novela, la muerte no es un tema que se trate con miedo o terror, sino como una experiencia que invita a la gratitud hacia quienes han marcado nuestra existencia. Delphine de Vigan reflexiona sobre la vejez, el abandono, la soledad y el reconocimiento de todo lo que debemos a otros,

especialmente a aquellos que nos han cuidado o acompañado en momentos difíciles. También el libro invita a aprender a convivir con la muerte y a expresar gratitud hacia quienes "estrujan la vida hasta el final", es decir, quienes viven con intensidad y humanidad hasta sus últimos momentos. La muerte se convierte así en un motivo para agradecer y valorar la vida y las relaciones que nos sostienen. La muerte se usa como un espejo para mirar la vida con más aprecio, para reconocer la importancia de la gratitud y para entender que, a pesar del final inevitable, la vida merece ser vivida y agradecida profundamente. La obra se enfoca más en temas humanos sin recurrir en ningún momento a Dios o preocupaciones religiosas. Los problemas más existenciales serían la vejez, la soledad, el abandono, la memoria y, sobre todo, la gratitud hacia las personas que nos han ayudado o acompañado en la vida.

3.8. La esperanza es la cosa con plumas" Emily Dikinson

Emily Dickinson es una de las poetas más influyentes de la literatura estadounidense, conocida por su estilo íntimo y

profundo que aborda la vida, la muerte, el amor y la naturaleza. Emily Dickinson (1830-1886) escribió la mayoría de sus poemas en la intimidad de su hogar en Amherst, Massachusetts, y solo unos pocos fueron publicados en vida. Su obra se caracteriza por un uso innovador de la puntuación y las mayúsculas, así como por versos breves y un lenguaje que condensa emociones y reflexiones profundas. Sus temas recurrentes incluyen la vida, la muerte, el amor, la soledad y la naturaleza, explorando lo íntimo y lo universal. Formada en un ambiente religioso puritano de la primera oleada migratoria puritana y la estricta religión protestante que profesaban influyó sobre la obra de la artista. La severa religiosidad puritana se hacía presente en todas partes y la única expresión artística aceptada era la música del coro de la iglesia. La ortodoxia protestante de 1830 consideraba a las novelas una «literatura disipada»; los juegos de naipes y la danza no estaban permitidos; no había conciertos de música

clásica y no existía el teatro. No se toleraba la presencia de mujeres solas en reuniones fuera del té cotidiano entre vecinas y, la Pascua y la Navidad no se celebraron hasta 1864, cuando se estableció la primera Iglesia Episcopal en Amherst la cual introdujo esas costumbres.

En la obra de Dickinson[22] hay una modernidad tan radicalmente alejada de sus contemporáneos que sus mejores poemas parecen flechas lanzadas hacia nuestro presente, o más allá; tal vez a eso se deban tales reacciones defensivas por parte de las mentes más conservadoras. Quizá el único elogio que hace justicia a la escritora se lo debamos a Harold Bloom: «Exceptuando a Shakespeare, Dickinson demuestra más originalidad cognitiva que ningún otro poeta

[22] *Poemas a la muerte*. Emily Dickinson

occidental desde Dante (…). Lo que sus críticos siempre subestiman es su asombrosa complejidad intelectual. Ningún lugar común sobrevive a sus apreciaciones; lo que ella no rebautiza o redefine, lo revisa hasta dejarlo difícilmente reconocible» Estamos ante una poesía del pensamiento, cuya valentía conduce a indagar en lo que literalmente no puede ser pensado o figurado. De ahí que el tema de la muerte, en el que se centra esta selección de poemas, sea para ella una obsesión ineludible, hasta el punto de formar el campo semántico más amplio de su variado corpus.

La diferencia respecto a tantos poetas que han tratado este asunto obedece a una cuestión de rigor e intensidad: una insistencia *en pensar la muerte* no como un hecho filosóficamente aceptable, integrado en la vida y humanizado en sus múltiples mitologías (de las cuales Dickinson, a veces, prefiere no escapar sino como un acontecimiento del *que nada puede saberse*, que sólo se puede rozar a tientas, para

inmediatamente certificar el propio fracaso. Un laberinto sin hilo ni Ariadna:

> De Vacío en Vacío —
> un Sendero sin Hilo
> Pisé con pies de Autómata —
> y detenerse — morir — o avanzar —
> eran indiferentes —

Una imagen que resume parte de la problemática del tema en cuestión: un punto de fuga inalcanzable y cegador del pensamiento, al que se trata de acceder con la propia escritura, hollando el blanco, el espacio vacío, el blanco de la página. Para situarnos en la órbita de Dickinson sería preciso desconfiar, en la medida de lo posible, de la lógica romántica de lo inefable kantiano; el «ser-para-la-muerte» de Heidegger tampoco explicaría la desconcertante angustia que atraviesa

muchos de estos poemas. Más revelador resulta acogerse al filósofo que más ha indagado en la relación entre muerte, escritura y pensamiento, Maurice Blanchot, concretamente en *El espacio literario*: "Lo que me hace desaparecer del mundo no puede encontrar en él su garantía (…). No se puede pensar la muerte más que dudosamente, porque pensar la muerte supone introducir en el pensamiento lo absolutamente dudoso, como si para pensar auténticamente esta certeza debiéramos dejar que el pensamiento se abismase en la duda y en lo inauténtico, como si cuando nos esforzamos en pensarla debieran quebrarse la firmeza y la verdad del pensamiento. Del mismo modo, la muerte en Emily Dickinson no se cifra en algo esencial que subyazca a un fenómeno, aunque pueda tantear esta forma en ocasiones; no se reduce a la ansiedad de la conciencia de la finitud, aunque sin duda esté presente. Más bien se trata, ante todo, de un problema de conocimiento, un hecho que pese a

constituir la única certeza de la vida provoca una falla, una tachadura, una imposibilidad ante la cual lenguaje y mente se colapsan, se resquebrajan. Recordemos la paradoja de Epicuro: la muerte no es nada, pues cuando existimos, ella no existe, y cuando aparece, nosotros desaparecemos.

Ya en el temprano poema 50 (fechado en 1858), sólo inocente en comparación con los que después vendrían, nombra el acto de morir con el eufemismo «caminar en el Enigma» También se hace evidente en sus versos la incapacidad del pensamiento que la autora describirá con insistencia:

> La mente es tersa — inmóvil —
> satisfecha como el Ojo
> en la Frente de un Busto,
> que sabe — que no puede ver —

Más explícita es la serie de textos en los que la poetisa trata de escenificar su propia muerte. La metáfora de la ceguera reaparecerá en el poema 465, "donde el sonido del vuelo de una mosca es el último rescoldo físico de un mundo que desaparece en la agonía":

> … se interpuso una Mosca —
> con un Zumbido Azul — confuso y vacilante —
> entre la luz — y yo —
> y luego declinaron las Ventanas —
> y no pude ver para ver —

Dickinson alcanza su radical necesidad en estos momentos en los que la mente trata de acceder a esta *región de lo impensable.* Prueba de ello es el final del poema «I felt a Funeral in my Brain», descripción aterradora y obsesiva de un proceso de desintegración mental:

> y entonces una Tabla se quebró en la Razón,
> y comencé a caer, y caer más —
> y me di contra un Mundo, en cada choque,
> y en ese instante — terminé de saber —

Hay, en este libro, una Emily Dickinson bien distinta a la imagen dulcificada que de ella se ofrece en ocasiones. Está la Dickinson más oscura, nihilista a veces, silenciada o marginal en otras antologías de su obra, pero también la más atrevida, aquélla cuyo lenguaje es más ecléctico, implacable y visionario: esos ojos destinados a ver lo invisible, más allá de todas las barreras, adornos o disfraces. descripción del tránsito de la vida a la tumba, con toda una sintomatología: la cosificación de la persona que agoniza —designada con el pronombre neutro, it—, el entumecimiento del cuerpo, la cada vez mayor inexpresividad del rostro (asombroso aquel «multiplicó la indiferencia — / como si sólo le quedase Orgullo») y, finalmente, la caída del ataúd en la fosa, tras un progresivo despliegue del campo semántico de la rigidez, la inercia, la pasividad. Y también la frialdad de la voz narradora:

«that was all», eso fue todo, como contestando a una pregunta implícita. ¿Qué hago yo en este mundo?

Buscó a tientas, por si Dios estaba allí —
y a tientas regresó hacia Sí Mismo —
Acarició el Gatillo, con expresión ausente,
y comenzó a vagar fuera del Mundo.

"La esperanza es la cosa con plumas" es un poema que presenta a la esperanza como un pájaro que canta incluso en la adversidad, simbolizando la persistencia del espíritu.

La esperanza es esa cosa con plumas
que se posa en el alma,
y entona melodías sin palabras,
y no se detiene para nada,
0
y suena más dulce en el vendaval;
y feroz tendrá que ser la tormenta
que pueda abatir al pajarillo
que a tantos ha dado abrigo.

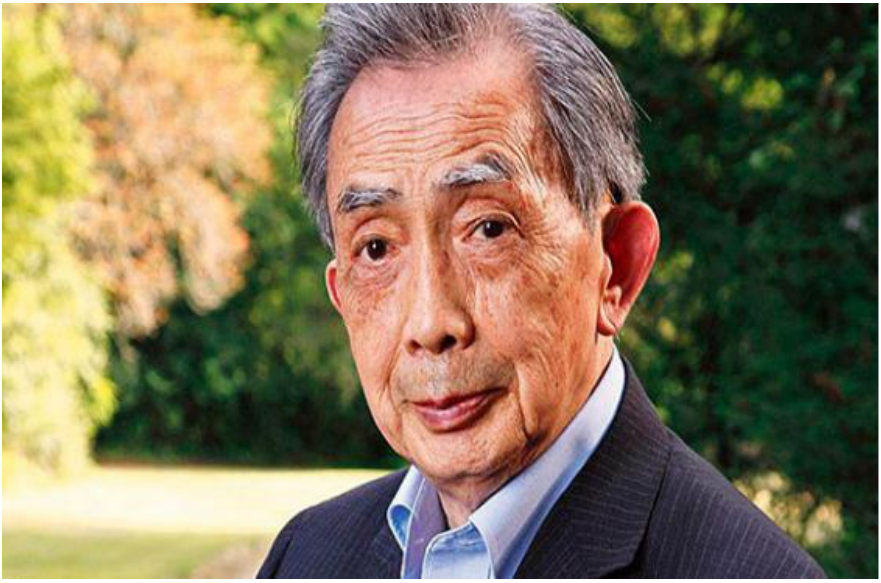
La he escuchado en la tierra más fría
y en el mar más extraño;
mas nunca en la inclemencia

de mí ha pedido una sola migaja.

Otros poemas importantes incluyen "*Oí una Mosca zumbar — cuando morí —*", "Después del gran dolor, viene un sentimiento formal" y "Di toda la verdad, pero dila oblicua", que muestran su capacidad de explorar la muerte, la verdad y la experiencia humana desde perspectivas originales. *"Porque no pude detenerme ante la Muerte*": Explora la muerte como un viaje inevitable, con imágenes vívidas y metafóricas. *"Un Pájaro bajó por el Sendero*": Observa la naturaleza con detalle y sensibilidad, mostrando la conexión entre lo cotidiano y lo trascendental. "El Alma elige su propia Sociedad": Trata sobre la autonomía del espíritu y la elección personal frente a la sociedad. "Mi carta al mundo": Expresa la comunicación de la poeta con el mundo exterior y su percepción de la soledad y la incomprensión.

Dickinson combina lo personal y lo universal, usando imágenes de la naturaleza y metáforas para explorar emociones complejas. Su obra ha sido traducida a múltiples idiomas y sigue siendo un referente en la poesía mundial. La crítica destaca su modernidad y profundidad filosófica, adelantándose a debates sobre lenguaje y existencia que se consolidarían en el siglo XX.

3.9. Cinco meditaciones sobre la muerte. François Cheng



François Cheng, nacido en China en 1929, es miembro de la Academia francesa desde 2002, calígrafo, novelista, traductor y poeta. Lo empecé a leer no por estas cinco

meditaciones sobre la muerte que escribió siendo muy mayor sino sobre otro libro L'Éternité n'est pas de trop. (La eternidad no es demasiado) que es una novela de amor. Es una novela de hechizo y verdad, ambientada en el siglo XVII, al final de la dinastía Ming –, una época de convulsión y agitación, en la que Occidente estaba presente con la llegada de los primeros misioneros jesuitas a China. En un monasterio de alta montaña, un hombre que aún no ha pronunciado sus votos decide abandonar este lugar de paz y silencio para encontrarlo, treinta años después con la única mujer que amó. Es una historia de pasión – la de un chino (como en "*Tristán e Isolda*"), con sus códigos y prohibiciones tan precisos como estrictos – que no es sólo una cuestión del corazón y los sentidos, sino que involucra toda la dimensión espiritual del ser, abriéndose al misterio del universo y transfigurándolo.

Convencido de la eternidad del alma, el héroe se embarca en un viaje de superación personal. Ya sea que su unión se realice en *esta vida o en otra*, no le importa porque está convencido de la comunión de su destino. "Los seres que realmente se aman no están limitados ni por el espacio ni por el tiempo. Están unidos por el alma, un vínculo mucho más íntimo, más inseparable que el del cuerpo. Aunque parece muy poética la obra que describe el amor dentro de la eternidad, sin embargo, también dice que la eternidad no es demasiada para el amor terrenal en su dimensión espiritual. ¿Podría la pasión ser el camino real hacia la realización de nuestro Ser? Para François Cheng el amor que ni el tiempo ni el espacio limitan y que une a los seres por el alma, este vínculo que sería aún más íntimo que el del cuerpo... “La eternidad no es demasiado” me obligó a leer a Cheng.

Pero vayamos a nuestro tema, la muerte, que enlaza con el tiempo y con el amor terreno. Cheng no está programado con ninguna idea preconcebida de Oriente u Occidente cuando nos dice ¿No es verdad que estamos perdidos en un universo enigmático en el que, según muchos, reina el puro azar? ¿Por qué el universo está ahí? No lo sabemos. ¿Por qué la vida está aquí? ¿Por qué estamos aquí? No sabemos nada, o casi. Según la teoría más extendida, el universo aconteció por azar. El fragmento sobre el cual apareció la vida, ¿no es acaso un grano de arena en medio de otros incontables fragmentos? Según una concepción bastante conocida, un día el hombre se borrará, la vida misma se borrará, sin dejar otra huella que una corteza desecada perdida en la inmensidad del universo. Desde esta perspectiva, ¿no resulta un poco irrisorio, es decir, completamente ridículo, que nos tomemos en serio nuestra existencia, que nos reunamos esta noche y

aquí, doctamente, nos propongamos meditar sobre la muerte, y a partir de ella sobre la vida?

¿Cómo negar, sin embargo, que si estamos aquí es porque esta problemática existe y nos preocupa? Que exista es ya un indicio en sí. Si fuera absolutamente imposible dotar de sentido a nuestra existencia, la idea misma de sentido nunca se nos hubiera ocurrido. Pero sabemos que la humanidad, desde siempre, se pregunta por el porqué de su presencia en el seno del universo, universo que ha aprendido a conocer un poco y a amar mucho. Sabemos también que esta pregunta resulta más perentoria por cuanto que, al mismo tiempo, nos sabemos mortales. La muerte, sin darnos tregua, nos empuja hasta la última trinchera. Esta es sin duda la razón por la cual tengo la temeridad de presentarme ante vosotros. No estoy particularmente cualificado para ello. Algunos rasgos, después de todo muy banales, constituyen mi

identidad: debía morir joven y, al final, mi vida está siendo muy larga; he pasado mucho tiempo, digamos todo mi tiempo, leyendo y escribiendo, sobre todo pensando y meditando; participo de las dos culturas situadas en los dos extremos del continente euroasiático.

"El principio de vida está contenido desde el comienzo en el advenimiento del universo. Y el espíritu, que lleva este principio, no es un simple derivado de la materia. Participa del Origen y, por ello, de todo el proceso de aparición de la vida, que nos sorprende por su increíble complejidad. Sensibles a las condiciones trágicas de nuestro destino, dejamos sin embargo que la vida nos invada con toda su insondable espesura, flujo de promesas desconocidas y de indecibles fuentes de emoción. Personalmente, tengo una razón suplementaria para formar parte de los abogados de la vida: vengo de lo que antaño se llamaba el «Tercer mundo». Entonces formábamos la tribu de los condenados, de los

eternos cuerpo y corazón rotos, portadores de sufrimiento y de duelos, tan poco consentidos que la menor migaja de vida era recibida por nosotros como un don inesperado. Como desheredados que éramos, teníamos motivos para profesar un amor infinito a la vida, ya que de la existencia habíamos bebido toda el agua amarga, pero también habíamos probado, alguna vez, sabores inauditos.

Cheng[23] sin embargo no es nihilista, dice sí a la vida sean cuales sean nuestra educación y nuestras convicciones, significa encontrarse de algún modo con la intuición del Tao. La Vía, esa marcha gigantesca orientada del universo viviente, nos muestra que un Soplo de vida, a partir de la Nada, ha hecho acontecer el Todo. Como el materialista para quien «no

[23] *Cinco meditaciones sobre la muerte*. François Cheng

hay nada», también nosotros hablamos de la Nada, pero esa Nada significa el Todo. Así, podemos decir, por retomar la expresión de Lao Zi, padre el taoísmo, que «lo que es proviene de lo que no es y lo que no es contiene lo que es». He aquí un misterio que parece sobrepasar nuestro entendimiento. Quizá no del todo, pues, a nuestra modesta escala, tenemos una experiencia bastante íntima de la Nada, del hecho mismo de ser mortales. La muerte nos hace palpar el increíble proceso que hace bascular el Todo en la Nada; nos hace concebir el estado del No-Ser. En el curso de la vida, cada uno de nosotros se ha visto confrontado, directa o indirectamente, con la muerte de seres queridos o de desconocidos, y en otro plano, hemos «muerto» en más de una ocasión nosotros mismos. Esto nos hace tomar conciencia de la omnipresencia y del poder de la muerte (muerte individual, muerte de la especie). Pero curiosamente, una vez más, una intuición nos dice también que es nuestra

conciencia de la muerte la que nos hace ver la vida como un bien absoluto, y el acontecimiento de la vida como una aventura única que nada podría reemplazar.

Sin embargo, antes de poder avanzar un paso, nuestra meditación se enfrenta también al enigma de la muerte misma, un enigma que es doble: por un lado, no estamos en condiciones de acotar la realidad de la muerte (más allá del límite fatídico, nadie ha vuelto para dar testimonio); por otro, tampoco tenemos la capacidad de imaginar concretamente un orden de vida donde la muerte no existiera. Todos esperamos una eternidad de vida y esta esperanza es muy legítima: presos en una aventura tan llena de pruebas, tenemos derecho a aspirar a ello. Pero ¿estamos realmente en condiciones de disfrutar de una visión correcta de lo que llamamos la «vida eterna»? ¿Sabríamos en qué condición y según qué exigencia semejante orden de vida podría ser

concebible? Para tener siquiera una idea remota de ello, haría falta un esfuerzo de imaginación mucho más audaz, más arduo. Por ahora intentemos, según nuestra experiencia de la vida aquí, imaginar por un instante una forma de existencia en la que los seres ignorasen la muerte por completo. Por lo tanto, estarían aquí desde siempre, serían desde siempre contemporáneos. Por otra parte, palabras como «siempre» y «contemporáneo» probablemente no existirían en su vocabulario ya que, de hecho, el tiempo estaría ausente de su universo. Habiéndose dado desde siempre, no tendrían la idea de un flujo y una renovación, menos aún la de la transformación o la transfiguración. Al ser algo repetible y diferible, no habría en ellos ni impulso irresistible ni deseo irreprensible para alguna forma de realización".

En la cuarta Meditación Cheng se pregunta ¿y qué pasa con la muerte individual? ¿Qué pasa con el sueño de una vida eterna que todo el mundo cultiva en secreto? ¿Qué nos está permitido esperar? (…) ¿Es realmente concebible, la perspectiva de la supervivencia del alma? No esperen que responda esta pregunta con una sentencia como si fuera un juez. De hecho, nadie puede hacerlo por la sencilla razón de que la vida misma es una aventura en devenir. Y yo estoy aquí para compartir una meditación, no un curso magistral, de modo que, con toda humildad, y en su compañía, seguiré avanzando paso a paso intentando mantenerme lo más cerca posible de la verdad. Pensando en la muerte brutal, en accidente, de Albert Camus, muchos de nosotros conocíamos bien, gracias a la lectura, aquel ser de inteligencia penetrante empujado por un deseo imperioso de vivir y por la ardorosa búsqueda de la justicia y la solidaridad. La prensa del

momento se las ingenió para mostrarnos, a través de crónicas e imágenes, a qué había terminado reducido Camus: a un montón de carne sanguinolenta y huesos rotos. Recuerdo que me invadió un sentimiento de revuelta: ¿Qué? ¿Toda su dignidad de hombre y toda su nobleza de espíritu debían acabar convertidas, en un segundo, en aquel montón de despojos? (…) Más allá del aspecto puramente cómico o trágico de nuestra precariedad, mucho más allá está el hecho elevado de ser, el hecho sagrado de ser. Ya no hay nada que pueda hacer que este hombre, esta alma, no haya existido. No hay nada que pueda borrar lo que constituía su unicidad. Recordemos la frase de Vladímir Jankélévitch: «Si la vida es efímera, el hecho de haber vivido una vida efímera es un hecho eterno».

Y a pesar de todo, Camus, como todo humano que muere, sigue siendo un misterio. En el fondo, ¿quién es realmente? ¿Qué ha sido de él? ¿Por qué ha existido, con ese

rostro singular, con este nombre particular? ¿Acaso caviló por nada su cerebro? ¿Acaso latió por nada su corazón? Nos podemos hacer estas mismas preguntas sobre nosotros mismos y, de nuevo, nos encontramos con el muro de la pregunta final: ¿de dónde venimos, quiénes somos, dónde vamos? Un muro que nos devuelve un eco lejano. Al menos sabemos una cosa, y es que venimos del universo y que el universo está tranquilamente en su sitio, formidablemente en su lugar, nos pase lo que nos pase a nivel individual. Y, en cuanto al resto, sólo Dios sabe su devenir … ¿Dios? ¡Ah, he aquí cómo, de manera inadvertida, ha aparecido la palabra! De hecho, ¿qué es? ¿Un nombre común o un nombre propio? En cualquier caso, se trata de una palabra bastante controvertida que suscita la adhesión de unos y el rechazo de los demás. Yo mismo no la pronuncio mucho, al menos nunca a la ligera, y hasta me puedo abstener totalmente de

pronunciarla. Pero en este caso habría que tener al menos la honestidad de inventar otro nombre para designar lo que sucedió e impuso estas leyes cuyo funcionamiento ha demostrado ser de una precisión y de una sofisticación pasmosas y que perduran en el tiempo. Porque, tal como hemos visto, la visión de un universo que se hubiera hecho totalmente solo sin ni siquiera saberlo y que, ignorándose de pies a cabeza, hubiera sido capaz de engendrar seres conscientes pero efímeros como nosotros que, durante unos segundos en el seno de la eternidad, le hubieran visto y lo hubieran sabido, no nos convence en absoluto. Para que la idea de Dios sea mínimamente aceptable para la mayoría de personas, debemos intentar partir de un mínimo y definirlo como lo que hizo posible el advenimiento del universo y de la vida y a través del que se asegura el curso del Camino.

Dentro de la humanidad, todas las aspiraciones frustradas y todos los deseos no logrados abren un boquete

infinito que sólo puede llenar la eternidad. Nuestra verdad no se encuentra en la igualación o la anulación, sino en la transmutación y la transfiguración. Sólo experimentaremos la verdadera felicidad si asumimos los dolores y las carencias que nos abruman. Y no experimentaremos una verdadera paz hasta que no hayamos cargado los cuerpos deshechos por las heridas y los tormentos en nuestros brazos. Este es el precio de la verdadera vida. Y, si cada uno de nosotros sólo tiene una sola vida, toda la Vida es una. Haber sido es un hecho eterno, porque forma parte de la promesa sublime: «Yo seré quien seré».

La muerte no es nuestra salida,
Pero hace que todo aquí sea único:
Estos rocíos que abren las flores del día,
Esta quemadura solar que sublima el paisaje,
Este deslumbrante destello de una mirada cruzada,
Y la extravagancia de un otoño tardío,
Este perfume que asalta y pasa, sin ser agarrado,

Estos murmullos que resucitan las palabras nativas,
Estas horas invadidas por el silencio, por la ausencia,
Esta sed que nunca se saciará,
Y hambre que solo tiene el infinito como final...
Fiel compañera, la muerte nos limita
a profundizar en nosotros mismos sin cesar
Alojar su sueño y su memoria,
Siempre escarbar dentro de nosotros mismos
El túnel que lleva al aire libre.

En el prólogo de Jordi Llavina a este libro de Cheng considera que el autor entiende la muerte con menos presión y gravedad, con menos pánico y desconsuelo. No se trata, pues, de un fin lamentable, sino de un mayor nacimiento -en la expresión de Maragall- sino de un nacimiento que no tiene que ver con un nuevo orden de cosas concebido por ninguna experiencia religiosa. No podemos pensar en la muerte sin referirnos, a toda costa, a este tema. Porque nuestro siglo XX ha sido el de la megamuerte, el de la aniquilación en masa, atravesado por la barbarie y por la planificación seriada de la muerte, sin duda el siglo más funesto de la historia de la

humanidad y de la civilización. «La muerte ya no tiene nada de humano cuando tiene que ver con una fábrica que produce al día miles de cadáveres, día tras día, durante meses y años, en medio de un terror sin escapatoria «. Es para el autor, «la muerte que murió en Auschwitz» la que ha sido del todo privada de lo sagrado -y, en consecuencia, el hombre que es su víctima, rebajado a la condición más rasa y humillante de la bestia -: «Cuando se elimina la noción de sacralidad, al ser humano le resulta imposible establecer una verdadera jerarquía de valores». Y es que «un mundo desprovisto de lo sagrado es un mundo de caos».

3.10. Destino Humano. Lecomte Du Nouy

Lecomte du Noüy fue un científico francés de notoriedad en su época. Sus trabajos se desarrollaron en muchos campos: las propiedades de la sangre, la curación de las heridas, la biofísica en el Instituto Pasteur de París, los trabajos del matrimonio Curie, entre otros. Podría hablarse de una dimensión teórica o metafísica del pensar biológico que, en este caso, se transforma en una suerte de manifiesto

finalista y cristiano. En su interpretación de la evolución biológica indica que lo humano agrega a los mecanismos de la selección natural y de las mutaciones la cultura y la tradición. De todas las especies animales, solamente la humana transmite entre generaciones su actividad mediante el lenguaje y la escritura. Su examen del registro paleontológico y sus indicaciones sobre la evolución humana desembocan en una concepción de raigambre religiosa, advirtiendo que no existe contradicción entre ser creyente y ser científico. Algo parecido a lo que se encuentra en la biografía de Louis Pasteur y con una perspectiva que recuerda al jesuita Teilhard de Chardin y su noción de la "noósfera" como espacio evolutivo. Ningún científico en la Tierra puede negar esto. Nos referimos a la evolución del hombre. Con "evolución" podemos entender desde la primera célula con vida e información para irse formando un ser humano

completo o evolución de lo no vivo (abiótico) a la vida con organismos vivos (bióticos). Es evidente que no creemos que la vida sea fruto del azar como orientador progresivo de órganos sumamente complejos. Esto equivaldría al reconocimiento de la existencia de una meta, un fin, que, desde el nacimiento de la célula original, hasta su muerte, habría creado el azar. El ser humano, sin embargo, ha sido concebido no como un animal superior capaz de hablar y de usar sus manos, sino como soporte del cerebro, el órgano de la conciencia, de la inteligencia, la sede de la dignidad humana y la herramienta de una mayor evolución. El hombre, con su cerebro actual, no representa el fin de la evolución, sino sólo una etapa intermedia entre el pasado y el futuro prometedor. Así es posible que sea el destino humano porque nuestro futuro se acorta con la muerte y nuestra finitud ante lo sublime e infinito.

Los evolucionistas creen en la voluntad de la teoría, como realizadora de un ser moralmente perfecto y hasta liberado de pasiones humanas -egoísmo, codicia, ansia de poder, cadenas hereditarias y fisiológicas, esclavitud-. Esto es espiritualmente bueno. Sin embargo, el hombre sigue desempeñando su papel, ya que quiere comprender su obra. Se vuelve capaz de perfeccionarse así mismo, y es incluso el único capaz de hacerlo. Pero para poder mejorarse debe ser libre, ya que su contribución a la evolución dependerá del uso que le dé a su libertad. Esta transformación del hombre en un ser activo e individuo responsable es el nuevo acontecimiento que, más que cualquier otro, caracteriza al hombre. Por supuesto, el antiguo mecanismo de la evolución, volverá a entrar en juego, pero, con las formas dictadas en el ADN y otros organismos que aún no conocemos. Desde luego las leyes biológicas y del azar por si solas nunca crearán nada ni

bueno ni malo, la selección natural no es sabia y no tiene bocetos de hombre diseñados. El destino humano no está en manos de la selección natural. El rasgo más noble de la naturaleza humana y todo nuestro esfuerzo intelectual debería ser la aceptación de nuestra ignorancia existencial como partida a toda búsqueda de destino.

Lecomte Du Noüy[24], para Fernando Lolas Stepke hace una recensión de esta obra, en el contexto de antecedentes sobre la perspectiva bioética. En la tradición de los usuarios más conocidos del término "bioética", Fritz Jahr y Van Rensselaer Potter, debe destacarse que muchos biólogos y científicos abordaron temas que, sin este rótulo, deben considerarse fuente de argumentos para un pensamiento integrador. Argumenta que la evolución humana ha

[24] *El destino humano*. Lecomte Du Noüy

trascendido la selección natural física para enfocarse en una evolución moral y espiritual. La ley de la vida universal siempre tiene su final de muerte. Sin embargo, este autor considera que la semilla de la vida vuelve a renacer en unos medios o un sustrato del que toma los elementos para desarrollarse y seguir viviendo. Hasta los seres no vivos como los virus y priones. El pólipo, que lucha a ciegas por la vida en el fondo del mar y nunca sabrá que está colocando los cimientos de un atolón de coral, que en el curso de los siglos se transformará en una isla fértil nos habla de la utilidad de la muerte para construir algo mejor. El problema es que desconocemos nuestro fin como dice Eclesiastés *1 "Ya fue en los siglos que nos han precedido. 11 No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después. Ecl. 3:10 sin que alcance el hombre a*

entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.

En el plano humano donde, desde la gestación, las cualidades genéticas de los progenitores, hasta las condiciones materiales y espirituales de la familia, van a constituir un soporte determinante del desarrollo integral que podamos alcanzar en la vida. Ese "substrato" en el cual nos ha tocado crecer, son los preciosos elementos que los padres han constituido en mi niñez, adolescencia y juventud – dice Lecomte. - Justamente de esta temática trata "El Destino Humano", escrito al final de su vida.

Así pues, leemos de Lecomte du Noüy: "En los dos casos, tanto en el del fanático religioso, como en el del agnóstico, nos hallamos frente a la misma debilidad humana, al mismo orgullo y el mismo error de juicio, que consiste en descuidar una mitad de la actividad psíquica del hombre. El uno niega la

inteligencia, el otro la intuición. No tiene cabida en sus mentes la idea de que la personalidad humana surge de la armoniosa combinación de los dos factores.” “El hombre evolucionando ha alcanzado una etapa en el desarrollo de su conciencia que le permite ampliar su visión y comprender por completo el magnífico papel que le corresponde como actor responsable de la Evolución. …) Bastaría con que una mayor cantidad de gente pudiera comprenderlo, cifrar su gloria en la obra, regocijarse con ella, para que pronto tuviéramos un mundo mejor, mucho antes de que se alcance la meta espiritual.” Estos textos no tienen una base firme haciendo responsable a la evolución de nuestra conciencia, nuestra intuición y espíritu moral y religioso, cuando la evolución no es sabia y nace de un caldo de infinitas combinaciones al azar. Según Monod premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1965, argumenta que los procesos biológicos no requieren una

causa final ni un propósito trascendental, sino que se pueden entender mediante leyes naturales y la teoría molecular del código genético. Para ello, acuña el término teleonómico, que permite reconocer un propósito en biología sin apelar a causas finales. Sin embargo, ¿quién le ha dado a las leyes naturales la sabiduría de formar el código genético? ¿Quién puede decir que un trasatlántico en medio del desierto ha surgido por una ley natural? Se necesitan infinitas explicaciones para consensuar la vida y la creación de un mundo tan bello y complejo.

3.11. "Muerte, tiempo y alteridad: más allá de la ontología" Levinas

"Muerte, tiempo y alteridad: más allá de la ontología" de Valeria Campos Salvatierra analiza la concepción de la muerte en el pensamiento de Emmanuel Lévinas, contrastándola con la visión de Martin Heidegger. Para Campos Salvatierra, Lévinas considera a la muerte como un "sinsentido" porque escapa a cualquier intento de

aprehensión o control por parte del sujeto. El hecho de morir interrumpe la capacidad activa de responder al rostro del prójimo. A diferencia del "ser para la muerte" heideggeriano la autora destaca que en Lévinas la muerte adquiere sentido solo dentro de la relación ética: "mi muerte es mi participación en la muerte de los demás". La autora profundiza en cómo la muerte del otro es la que verdaderamente interpela al sujeto, situando la ética por encima de la ontología. La muerte no es para Lévinas la última posibilidad que queda, sino que es un acontecimiento absoluto sobre el cual no se tiene ningún tipo de control, ni siquiera el de la anticipación. La muerte no es una posibilidad porque el sujeto no tiene ningún tipo de poder sobre ella, ni siquiera el de actuar determinado por ella. La muerte es una alteridad, un misterio que siempre sobreviene sin que mi ser sea capaz de asumirla (Llewelyn, 1995:25).

Como dice Lévinas: “El carácter imprevisible de la muerte viene de que no se despliega en ningún horizonte. Ella no se ofrece a ninguna aprehensión” (1980:210). Y continúa. “Mi muerte viene de un instante sobre el cual de ninguna forma puedo ejercer mi poder… La muerte es una amenaza que se acerca a mí como un misterio; su secreto la determina —se acerca sin poder ser asumida— (1980:211). La muerte como posibilidad implica una cierta capacidad del sujeto sobre ella, una actitud activa, un cierto poder, aunque por “posibilidad” —como vimos— Heidegger no entienda directamente “elección libre”, o que su actualización dependa de mí y que esté a mi disposición absoluta. Blanchot comparte esta interpretación con Lévinas, pues desde la perspectiva heideggeriana pareciera que al hombre: “No le basta ser mortal, comprende que debe volverse mortal, que debe ser dos veces mortal, soberanamente, extremadamente mortal.

Esa es su vocación humana. En el horizonte humano, la muerte no es lo que está dado, es lo que hay que hacer: una tarea, aquello de lo que nos apoderamos activamente, lo que se hace fuente de nuestra actividad y nuestro dominio. El hombre muere, y eso no es nada, pero el hombre es a partir de su muerte, se une fuertemente a su muerte mediante un vínculo del cual es juez, hace su muerte, se hace mortal y así adquiere el poder de hacer y da a aquello que hace sentido y verdad". Entiendo que el hombre es algo no solo mortal, desde el nacimiento, durante la vida y la muerte.

El filósofo lituano francés Lévinas, quien puso sentido al acontecimiento de la muerte, también puso en duda "la verdad del pensamiento que sitúa la muerte ya en la nada, ya en el ser. Dice Lévinas: "No se sabe cuándo vendrá la muerte. ¿Qué vendrá? ¿De qué amenaza la muerte? ¿De la nada o de un volver a empezar? No sé. En esta imposibilidad de conocer el después de mi muerte reside la esencia del instante

supremo. Absolutamente no puedo apresar el instante de la muerte, 'que sobrepasa nuestro alcance', como diría Montaigne. *Ultima latet*, contrariamente a los instantes de mi vida, que se extienden entre mi nacimiento y mi muerte, y que pueden ser recobrados o anticipados. Mi muerte viene de un instante sobre el cual, de ninguna forma, puedo ejercer mi poder".

Las religiones hablan de un más allá de la muerte; Heidegger de la nada en la que desemboca la muerte, y Lévinas dice que la muerte solo se puede reducir en la imposibilidad de conocer su instante, en el "último aliento" que sobrepasa los límites hasta donde el pensamiento puede llegar. Por ende, si la muerte no puede anticiparse, el único saber que se puede tener de ella corresponde a su amenaza de instante supremo, a su inminencia y movimiento de aproximación. "En su irreductible movimiento de

aproximación, consiste originalmente su amenaza, que se profiere y se articula, si se puede expresar así, como el "saber de la muerte". Con ello, teniendo ante sí el movimiento de aproximación de la muerte como el único conocimiento, Lévinas esclarece: "El miedo mide este movimiento. La inminencia de la amenaza no viene de un punto preciso del porvenir. Ultima latet. El carácter imprevisible del instante último no depende de una ignorancia empírica [...] El carácter imprevisible de la muerte viene de que no está en ningún horizonte. No se ofrece a ninguna aprehensión"

La reducción fenomenológica de la muerte por parte de Lévinas no toma entonces la vía que encamina hacia la emoción de la angustia, sino a la del miedo que mide el movimiento irreductible e irremediable de la aproximación de la muerte, y esta, como ultima latet, instante último, última hora oculta, último oculto, no viene de ningún horizonte y es misterio. Su secreto la determina; se acerca sin que pueda

asumirla, de suerte que el tiempo que me separa de mi muerte, a la vez disminuye y no acaba de disminuir, implica un último intervalo que mi conciencia no puede franquear y en el que se produciría de algún modo un salto, desde la muerte hacia mí. “Ahora bien, si la muerte es misterio inexorable, inevitable e inasumible, si está determinada por el secreto que la determina, si implica, en tanto involucra un último intervalo, pero finalmente salta hasta mí, ¿qué trae consigo o qué abre? La cita de Lévinas en la que se alude al “saber de la muerte” nos parece que resquebraja la crítica de José Juan García cuando dice que en Lévinas “hay un problema. La muerte queda como algo absolutamente externo al hombre, no integrable a la vida del hombre. Dado que la muerte es un ‘advenir’, no aferrable en su esencia misma, entonces no se da nunca un encuentro libre del

hombre con su muerte". José Juan García, *La muerte en Emmanuel Lévinas.*

Es ridículo proclamar la muerte como extraterritorial, como quería el descendiente de judíos Ernst Bloch. "La muerte marca los límites de la vida del hombre y ha de ser entendida desde la vida misma. El desgarro más profundo del ser humano se da entre el dinamismo auto afirmativo que lo constituye como viviente e individuo, y la dinámica nihilista que la muerte introduce en él. Es ya lugar común recurrir a Platón, pues a él se debe el primer esbozo acertado acerca de la naturaleza de la muerte. En el Fedón, Platón define la muerte como separación de alma y cuerpo. El hombre, al morir, asiste a ese desgarro; seda la ruptura de la unidad del ser humano como alma y cuerpo, espíritu encarnado o cuerpo espiritualizado. Santo Tomás de Aquino afirmaba: ("La razón de la muerte es que el alma sea separada del cuerpo"). y esa separación constituye algo "contra natura", máximo dolor

involuntario. Además, la muerte impacta categóricamente en la vida del hombre, pues corta toda continuidad de relación social, saca al hombre del tiempo y el cosmos. La muerte desmundaniza y destemporaliza al ser humano. De algún modo la muerte nos enfrenta a la soledad de la última hora; morir es un acontecimiento de abandono".

Aunque repito las frases de los autores, tengo que confesar que las ideas de cuerpo y alma de Platón y luego de Tomás de Aquino se han hecho ideas universales. Se mantiene este dualismo antropológico como se bebe un vaso de agua sin pensar que el ser humano funciona con todos los elementos orgánicos e inorgánicos a la vez. Explicar al hombre troceándolo no solo ha sido producto de Platón, sino de múltiples movimientos religiosos que han visto la chispa de Dios en nosotros. El hombre con la mística se ha divinizado, el cristianismo aceptó el dualismo filosófico que define al

cuerpo o al alma como cosas, substancias, y con ello abre la puerta al dualismo. La historia filosófica de la antropología cristiana nos mostrará un dualismo mitigado en su momento helenizante siempre oculto bajo una unidad perdida, olvidada, velada. Aun cuando el pensamiento cristiano no hubiese llegado a proferir un discurso filosófico, es decir, aunque no hubiese filosofía cristiana, existió efectivamente una estructura antropológica en el "mundo" del hombre cristiano. No nos resulta extraño que un hombre como Tomás de Aquino diga que “la razón de la muerte es que el alma sea separada del cuerpo”. Pero tiene mucha mayor importancia, por su enorme influencia, la posición del gran historiador del dogma cristiano Adolf von Harnack, en la obra Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten, propone que el cristianismo es uno de los últimos frutos del helenismo, un sincretismo que debe situarse como la culminación de la tradición griega más que

semita o judía. Esta misma tesis es expuesta por van Harnack en otra de sus conocidas obras, Das Wesen des Christentums, donde indica que la unión del helenismo con el Evangelio es el hecho más importante de la historia de la Iglesia en el siglo II.

Volviendo a la "muerte" como la ven muchos autores es que no bajan del más allá "las ánimas del Purgatorio" con mensajes de los muertos. También se ha dejado la cuestión del morir en la clandestinidad; en no pocos casos, se le oculta al enfermo terminal la verdad de su destino inmediato; morir discretamente, desaparecer en silencio, sin turbar la vida de los que quedan, pareciera ser la versión moderna de la "dignidad del morir". Hoy se da la "expulsión" del morir en el ámbito de la vida. Esto se manifiesta de forma que el hombre del presente inmediato vive como si no tuviese que morir. Los esfuerzos y tareas van encaminados a actuar como si tuviera

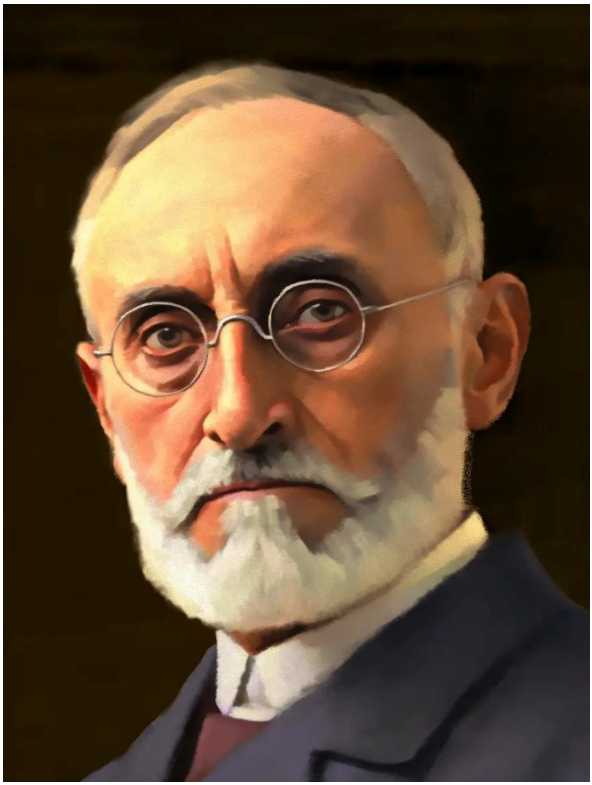
que vivir para siempre, sin que la muerte intercepte este destino de felicidad. La muerte no “tiene derecho” a cortar la pretensión de vivir gozando aquí y ahora. «Así el hombre vive de la fuerza engañosa de un ‘como si’, en vez de vivir de la verdad dura de la muerte real. Siempre desplaza más allá la pared que le separa de la muerte con la esperanza de poder superar todavía otro decenio de vida, lo cual sólo es consecuente cuando se mira la muerte sobre esa base falsa de referirla únicamente al punto final del trecho de tiempo a vivir»

Philippe Ariès (1914-1984) fue un destacado historiador francés, a menudo asociado con la sociología histórica y la historia de las mentalidades, conocido por sus estudios sobre la vida privada, la infancia y la muerte. En "*El hombre ante la muerte*" *a*naliza cómo ha cambiado la percepción y la actitud ante la muerte desde la Edad Media hasta el siglo XX. Dice que en la sociedad hoy se da un rechazo de la muerte, como un

no querer pensar nunca el tema; signo de ello es la desaparición del viejo carro negro y de plata, para volverse un auto gris capaz de perderse en el flujo de la circulación. «En la ciudad, todo se desenvuelve como si ninguno muriese». E. Colloca, estudioso de temas filosóficos en el arte y el cine, afirma que, en cierto modo, para el hombre de hoy la muerte se presenta como blasfema y pornográfica. Lo primero porque el hombre, muriendo, no alcanza a estar a la altura del mundo que dura, que no muere. Pornográfica, porque la reacción ante su realidad y sus símbolos, es la misma que asume en público ante la pornografía: se la evita, quitando los ojos de su presencia y haciendo las cosas de modo tal que los niños no la vean ni hagan preguntas. Como expresa C. Almedal, «hoy se vive el rechazo relativo a la muerte: no se permite a la muerte turbar a los vivos». José R. Flecha anota que conviven en nuestra cultura, a la vez que el olvido de la

muerte del yo, la exhibición en público de los muertos y las muertes con irritante obscenidad. «Se silencia la muerte y se comercia con los muertos o, al menos, con el espectáculo de los cadáveres y su ostentación.

3.12. Idea e imagen de la muerte en Miguel de Unamuno.



Hay que reconocer que a Unamuno se le entiende lo quiere decir, aunque sean temas difíciles. A mí la metafísica y en concreto la ontología me deja a oscuras. En tres años que estudié filosofía (en latín) no pasé del “ens” est eius cuius quidditate esse in se non in alio. ("Ser" es aquello que tiene la esencia del ser en sí mismo y no en otro”). Si empezamos con la vida, la muerte, el tiempo o la nada yo ya no sé por dónde salir porque cada autor solo él entiende su ecléctica terminología y además procura no explicarla para los profanos. Unamuno tiene una imagen de la muerte y del más allá bastante original por lo de contradictoria, a veces, y también por la carencia de posibilidad de seguir existiendo. La visión en Unamuno no es parcial, a pesar de no querer él, a propósito, abarcar el concepto teológico de la muerte que conocía perfectamente. Y no es parcial su visión aun faltándole esa cúpula al edificio, porque la estructura de su visión no es la que dimana de una fe aceptada y defendida. Su

visión nace con la inquietud de un hombre de carne y hueso, y anda a tientas en el laberinto de su propia vida, que él, con frecuencia, llama muerte.

En la correspondencia juvenil de Unamuno con Jiménez Ilundain[25], en 1890, encontramos ya planteado el problema con todo dramatismo: «Qué cosa más terrible es atravesar la etapa del intelectualismo -le dice- y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y el total acabamiento. ¡Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual! Lo terrible de las úlceras de estómago es que empieza éste a digerirse a sí mismo, destruyéndose. Así, en la úlcera del intelectualismo: la conciencia se devora a sí propia en puro

[25] *El drama religioso de Miguel De Unamuno. Y Cartas A J. Ilundain* HERNAN BENITEZ

análisis. Aconsejan distraerse, lo cual quiere decir disiparse, enfangarse en la obsesión de la vida. Es inútil. Cuando nos llaman debemos responder, y cuando la imagen del morir nos sobrecoge, pensar en ella sin descanso hasta verlo todo a su través como quien lleva gafas de color.» Para Unamuno la imagen de la muerte era posible considerarla bajo todos los aspectos, pero no era fácil encontrar solución ni consuelo. El vio la muerte como lo que viene después de estar aquí, en el tiempo y en el espacio. Y la palpó cuando veía que el tiempo, al pasar, va separando lo indivisible y lo instantáneo de un pensamiento, de un deseo, de un suspiro. Unamuno no concibió la muerte como un mecanismo de descomposición, que también lo es, pero la vio en aquel horror en que es vista pocas veces, porque no abundan los hombres que son capaces de reflexionar sobre lo transitorio o lo no temporal

siquiera de la multiplicidad de sucesiones en que se deshace un acto humano[26].

Esto ya lo había entendido Aristóteles cuando decía "*La corrupción de uno, la generación de otro",* pero Unamuno vio esa mutación en un instante, en un cerrar de ojos, sin que hubiera un punto de partida y de llegada, lo esencial en todo movimiento y en todo cambio. Unamuno siente su conciencia y en esa sensación sabe separar lo que es tiempo, de lo que es una sucesión casi interminable. De ahí que la muerte le fuera su compañera inseparable. No fue nunca un silogismo, ni siquiera una verdad, sino una continua vivencia de morir, sabiendo qué es la vida y qué poco de ella se prueba y se saborea aquí, y ahora, en el momento presente.

---

[26] *Idea e imagen de la muerte*. JOSÉ L. MORALES, PH. D.

Describe muy bien Hernán Benítez la figura pensadora y vitalista de Unamuno: “Cuando comencé el estudio de Unamuno creí que me las iba a ver con un masón redomado, con un sofista de peligro, con un nihilista solapado, con un calamburero (hablar humorístico, el “calambur”) tal y como le pintan tantos libros y artículos escritos en los últimos años, Pero a medida que avanzaba en el estudio, me fui persuadiendo de que la verdad es todo lo contrario. El temible Tarzán, el superhombre nielzscheniano, el energúmeno español, pese a sus bramidos y pataleos, en el fondo es un niño, sólo un niño, cuyo corazón muere de miedo de morirse y cuya despabilada inteligencia arde en ganas locas de verle las tripas a Dios, como otros niños se las quieren ver al osito de raso.” Para Unamuno la muerte fue siempre una condición, la condición de morir o de haber nacido para morir.

Uno de los que conocían muy bien a Unamuno fue mi amigo Patrocinio Ríos Sánchez[27], que en su obra *"El reformador Unamuno y los protestantes españoles"*, explora la relación entre Miguel de Unamuno y el protestantismo. Unamuno, conocido como "El Lutero español", buscaba contribuir a la renovación espiritual de España y consideraba a los protestantes como una solución para salvar al país de la irreligiosidad y la indiferencia. Su obra y pensamiento reflejan su compromiso con la reforma religiosa y su deseo de influir en la vida espiritual de los españoles. Ríos nos indica que después de la impresión de "*Rosario de sonetos líricos"*, en diciembre de 1912 terminó de publicarse «*Del sentimiento trágico de la vida»* en que había empezado a editar por entregas la revista España Moderna en diciembre de 1911. A

[27] *Miguel de Unamuno: Antología esencial*. Patrocinio Ríos Sánchez

estas dos obras importantes en su género, se suman la tragedia «Fedra», escrita en 1910, y la novela «San Manuel Bueno, mártir», de 1931. Constituyen los cuatro títulos, junto con «El Cristo de Velázquez» (1920), una antología esencial en el complejo y caudaloso mundo literario de Unamuno, que se puede agrupar en dos amplias esferas temáticas: la del yo en su ámbito personal y la del yo en el mundo civil, con ramificaciones diversas en ambos apartados.

Unamuno fue un hombre en movimiento y un hombre de pelea y de contradicción dialéctica, consigo mismo y con los poderes de la esfera social. Se enfrentó con el rey; con el dictador Primo de Rivera, que le provocó el destierro a Fuerteventura en 1924; con la República; y en 1936, como consecuencia del enfrentamiento con los poderes usurpadores del poder legítimo en el paraninfo de la Universidad, tras su apoyo transitorio, sufriría el arresto domiciliario que padeció hasta que el día 31 de diciembre de

ese año murió sentado a la mesa camilla. También fue discrepante con la Iglesia católica establecida y con los jesuitas. En su novela *Niebla*, el protagonista nos dice: «Cuando morimos nos da la muerte media vuelta en nuestra órbita y emprendemos la marcha hacia atrás, hacia el pasado, hacia lo que fue. Y así, sin término, devanando la madeja de nuestro destino, deshaciendo todo el infinito que en una eternidad nos ha hecho, caminando a la nada, sin llegar nunca a ella, pues que ella nunca fue. Unamuno sabe que morir no es una decisión personal en la que él entra como árbitro de su propio destino. Pero sí es un acto personal de pura percepción. Pero, para don Miguel, esa percepción de la realidad, llamada muerte, no le prueba que el alma es espiritual, o sea, que al separarse del cuerpo ella puede mantener su vida y operaciones independientemente de la materia. A don Miguel, tal principio no le era desconocido,

educado, como lo había sido, en aulas donde tales conceptos eran enseñados con infranqueable fortaleza. Lo que Unamuno desea y lo que le interesa indagar es como se retiene la vida y cómo pudiera evitarse la muerte. Si se puede dejar de morir, si llegara el hombre a sumergirse en su propia conciencia, donde la sucesión de los minutos que pasan carece de prioridad y posterioridad, donde cada instante es eterno y donde el alma parece quedarse sumergida, escondida en las profundidades de su propio ser, donde no hay tiempo.

En el ensayo de 1904 "*Plenitud de Plenitudes, todo plenitud*" en contraste con Eclesiastés, aparece este sentir hondo y crucial de la muerte, en Unamuno, con un dejo inolvidable una vez leído: «¿Cómo un hombre que crea de veras en su propia existencia va a creer en su propia muerte, en su muerte existencial?». Unamuno está terriblemente agobiado bajo la incertidumbre de la respuesta a su misma

pregunta angustiosa. No es una hipótesis de la que está hablando, aunque suena a eso. Pero ¿cuándo fue don Miguel amigo de hipótesis y, sobre todo, en asunto de vida y muerte? El quisiera que hubiera una manera de desentenderse del pensamiento de la muerte, pero, como dejamos dicho, es una decisión personal la que queda envuelta en toda su pregunta y de ahí que nada pueda, en absoluto, sosegar su mente. Unamuno pudiera haber recurrido a todos y cada uno de los métodos de la ascética, y especialmente a los de Ignacio de Loyola, otro vasco con dudas y problemas a la misma edad que don 'Miguel. Pero el método de pensar en la muerte, prescrito y observado por el fundador de los *«Ejercicios Espirituales»,* jamás le hubiera llenado el ánimo a este vasco del siglo XX que no desea enmendar su vida, sino evitar la muerte. Y mientras considera la verdad de las *Coplas* de Jorge

Manrique, se va dando cuenta que esa misma meditación lo ha acercado un paso más a la mar, « ... que es el morir».

Entre los hitos del nacer y del morir, corre un azaroso itinerario vital de setenta y dos años. A todo lo largo de ese vía crucis le brota del fondo del alma, ya consciente ya inconscientemente, un solo quejido, un quejido de hambre insaciable de Dios. Vida, su vida: en lo civil, de peleas, destierros y éxitos ruidosos; en lo intelectual, de sobresaturación de lecturas en todas las lenguas, alimentando una floración prodigiosa de artículos, libros, cartas, poemas en todas las tonalidades literarias; en lo espiritual — ¡pobre hombre!, ¿pobre? — en lo espiritual, esta sola y terrible congoja clavada en el tuétano vivo de su yo: "¿Y si nada hay más allá de mi muerte? -nos dice Hernán Benítez- Ese algo que llama sentimiento trágico de la vida, esa preocupación por el qué será de nosotros después de la muerte, se lo expone a la chilena Matilde B. de Ross en una

carta de 7 de enero de 1916 de esta manera: «Mi obra "*Del Sentimiento Trágico de la Vida*" anda ya, en su primera parte, traducida al italiano y hace tres días me escribió un alemán que la tenía acabada de traducir a su lengua y me pedía licencia para publicar su traducción así que la guerra (civil) termine. Y en breve voy a empezar a publicar en volúmenes la colección de mis ensayos esparcidos por revistas. Es decir, que no dejo de trabajar. Y es mi consuelo. digo mi consuelo porque parecerá mentira, pero el caso es que habiéndome ido bien en la vida, sin grandes contrariedades, con mi mujer y mis ocho hijos sanos y buenos y contentos, sin apuros pecuniarios, con buena salud yo y el respeto de mis compatriotas, no logro echar de mí ese sentimiento trágico de la vida, esa constante preocupación ante nuestro destino final. Me habla usted de su eterna pena y de que su vida es un fracaso. Yo creo que toda vida es un fracaso y que si la vida

tiene un sentido éste sólo se ve después de la muerte» («Cartas inéditas»).

La constante preocupación ante el destino final conlleva un conflicto interior entre la razón y el sentimiento de aspiración vital. De él deriva la autoexposición característica de Unamuno y la base de su vigorosa vida, en todas sus manifestaciones. Escribe en el capítulo VI del "Sentimiento trágico de la Vida: «No he querido callar lo que callan otros; he querido poner al desnudo, no ya mi alma, sino el alma humana, sea ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer. Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital… he querido poner a la proclama la grandeza de Dios como ser inabarcable y de existencia indemostrable. Al negar tal condición, el creyente Unamuno se convierte paradójicamente en un ateo, un ateo respecto del Dios oficial y racionalmente establecido. «Incredulidad y fe»

Me resulta muy entendible esta paradoja. En ocasiones alguien me ha repetido que no puede vivir sin religión, como si le faltase respirar, sentir que el antivirus interior de la incredulidad ronda los despertares para oscurecerlos. Unamuno lo explica muy bien, avezado en estas labores del alma. “Ahora me queda el exponeros cómo, a mi sentir y hasta a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica. Pero en lo que va a seguir habrá tanto de fantasía como de raciocinio; es decir, mucho más. No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso. El divino Platón, después que en su diálogo Fedón discutió la inmortalidad del alma una inmortalidad ideal, —es decir, mentirosa— lanzóse a exponer los mitos sobre la otra vida, diciendo que se debe también

mitologizar. Vamos, pues, a mitologizar. El que busque razones, lo que estrictamente llamamos tales, argumentos científicos, consideraciones técnicamente lógicas, puede renunciar a seguirme. En lo que de estas reflexiones sobre el sentimiento trágico resta, voy a pescar la atención del lector a anzuelo desnudo, sin cebo; el que quiera picar que pique, mas yo a nadie engaño. Sólo al final pienso recogerlo todo y sostener que esta desesperación religiosa que os decía, y que no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida, es, más o menos velada, el fondo mismo de la conciencia de los individuos y de los pueblos cultos de hoy en día, es decir, de aquellos individuos y de aquellos pueblos que no padecen ni de estupidez intelectual ni de estupidez sentimental. ¿Quiere esto decir que cuanto vamos a ver, los esfuerzos de lo irracional por expresarse, carece de toda racionalidad, de todo valor objetivo? No; lo absoluto, lo irrevocablemente

irracional e inexpresable, es intransmitible. Pero lo contrarracional, no.

De todos modos, Unamuno no deja el “memento mori” “acuérdate que has de morir” acudiendo a las quejas de Job y las vanidades de Eclesiastés como advertencia que no le deja vivir. ¿Para qué? —diréis—. Aunque sólo sea para que se irriten algunos y vean que eso no ha muerto, que eso, mientras haya hombres, no puede morir; para que se convenzan de que subsisten hoy, en el siglo XX, todos los siglos pasados y todos ellos vivos. Cuando hasta un supuesto error vuelve, es, creédmelo, que no ha dejado de ser verdad en parte, como cuando uno reaparece es que no murió del todo. Sí, ya sé que otros han sentido antes que yo lo que yo siento y expreso; que otros muchos lo sienten hoy, aunque se lo callan. ¿Por qué no lo callo también? Pues porque lo callan los más de los que lo sienten; pero aun callándolo, obedecen

en silencio a esa voz de las entrañas. Y no lo callo porque es para muchos lo que no debe decirse, lo infando —infandum— y creo que es menester decir una y otra vez lo que no debe decirse. ¿Que a nada conduce? Aunque sólo condujese a irritar a los progresistas, a los que creen que la verdad es consuelo, conduciría a no poco. A irritarles y a que digan: ¡lástima de hombre!, ¡si emplease mejor su inteligencia!… A lo que alguien acaso añada que no sé lo que digo, y yo le responderé que acaso tenga razón —¡y tener razón es tan poco! —, pero siento lo que digo y sé lo que siento, y me basta"

Don Miguel, profundo conocedor de la lengua griega, lo era también del pensamiento griego. Parménides de Elea y los que hablaron de la imposibilidad de retener el tiempo, como lo es el de retener el aire en un puño cerrado, debieron cansarlo y agotarlo, no por lo sutil, sino por lo inútil de su razonamiento. Unamuno conocía, como si él hubiera creado

su propio cronómetro para medir el fluir del tiempo, que en cualquier nivel de la realidad en que se detuviera, allí iría como una sombra pesimista y trágica, la disminución de su ser en la forma más Íntima y personal, aunque él no quisiera admitirlo. A don Miguel, hombre de recia voluntad y de hábitos fuertes y varoniles, no le incomodaba la imagen de la muerte ante los sentidos despiertos. Eso sería lo de menos. Para él, lo que la muerte le traía a la mente era algo que él mismo nunca pudo abarcar por completo, pues la idea misma destruía en él el cristal, o lo empañaba de tal manera, que el aliento del pensamiento o de la imagen se iba, dejándole agonizando, con su sola apariencia de llegada. Para don Miguel «el momento de la muerte» nunca llegó porque, aunque él, amigo eterno de la paradoja y de la antítesis, nunca pudo conciliar en su razonamiento las palabras «momento de

la muerte», pues la palabra «muerte», con su sola imagen, traía consigo la agonía eterna de no volver a ser.

3.13. El Destino Del Hombre. Johann Gottlieb Fichte

Matar a un ruiseñor (1960), de Harper Lee, es un clásico de la literatura estadounidense ambientado en los años 30 en

Alabama. Narra cómo la niña Scout Finch descubre el racismo y la injusticia cuando su padre, Atticus, defiende a un hombre negro acusado falsamente de violar a una mujer blanca. Matar a un ruiseñor no tiene objetivo. Tom, el ajusticiado de la novela, había estado sujeto al proceso legal hasta el día de su muerte; doce hombres buenos e íntegros le habían juzgado y sentenciado. Mucha gente había luchado a su favor en todo momento. Atiticus, el abogado había empleado todas las armas de que disponía un hombre libre para rescatar a Tom Robinson. Sin embargo, *en los Tribunales secretos de los corazones de los hombres,* Atticus no tenía donde apelar. Tom era hombre muerto desde el momento en que Mayella Ewell abrió la boca y chilló.

Parecería que Tom el negro estaba predestinado a morir sin defensa, pero también esa es la situación de todos los hombres ante la muerte. No se puede apelar. En los tribunales secretos de los corazones de los hombres solo podemos

encontrar una instancia superior al conocimiento: “La verdad que procede exclusivamente de la conciencia moral». Esta instancia tampoco nos libra de un destino de muerte, pero cumpliendo con los dictados de la conciencia moral encontraremos sentido y finalidad a la vida. Dice Fichte ¿Cuál es, pues, el destino del hombre? «Escucha la conciencia, obedecerle sincera y despreocupadamente sin miedo ni doblez: este es mi único destino, todo el fin de mi existencia»[28]. El mundo deja entonces de ser un encadenamiento de causas materiales. Todo ente queda vinculado a la condición moral y al ejercicio de la libertad. Fichte entiende que es la *Voluntad* (con mayúscula) la que crea en nuestro interior un mundo a partir de lo cual y por medio de lo cual nosotros lo desarrollamos: la llamada al

[28] *El destino del hombre* JOHANN GOTTLIEB FICHTE

deber; así como los sentimientos, la intuición y las leyes del pensamiento concordantes. Es a través de su luz como nosotros vemos la luz y todo lo que se muestra en esa luz. En nuestro interior Ella (la Voluntad) continúa construyendo este mundo: e interviene en él, mediante la llamada al deber en nuestro interior, cuando otro ser libre produce algún cambio. En nuestro interior es Ella quien mantiene este mundo, y con ello nuestra existencia finita -única de la que somos capaces-, haciendo que a partir de nuestros estados surjan continuamente estados nuevos. Una vez que, conforme a su fin superior. Ella[29] nos haya probado suficientemente para nuestro próximo destino y nosotros nos hayamos formado para él, entonces destruirá para nosotros este mundo, mediante *lo que llamamos muerte*, y nos introducirá en un

[29] Aquí está lo más característico de Fichte: La Voluntad absoluta es esencialmente *tendencia hacia lo infinito*, hacia la realización del deber. El mundo entero es el "campo de trabajo" donde la Voluntad moral se despliega.

mundo nuevo, producto de nuestro obrar conforme al deber en el mundo presente. Toda nuestra vida es Su vida. Nosotros estamos en sus manos y permanecemos en sus manos, y nadie podrá arrancamos de ellas. Somos eternos porque Ella es eterna.

Exclama Fichte. “Oh, suprema Voluntad viviente, nombrada por ningún nombre, comprendida por ningún concepto, elevo mi alma hacia Ti, pues Tú y yo no estamos separados. Tu voz resuena en mí, la mía a su vez resuena en Ti; y todos mis pensamientos, si algo de verdadero y bueno poseen, están pensados en Ti. En Ti, incomprensible, me vuelvo yo comprensible y se me vuelve comprensible el mundo; todos los enigmas de mi existencia se resuelven, y la armonía más perfecta nace en mi espíritu. Quien mejor Te percibe es la simplicidad entregada, la simplicidad del niño. Tú eres el conocedor de su corazón, el que ve en su interior,

el que es testigo fiel omnipresente de sus intenciones, el único que sabe si es sincera y el único que sabe de ella, aun cuando el mundo entero la desconozca. Para esta simplicidad, eres Tú el padre que siempre quiere lo mejor y que dispondrá todo en su beneficio. A tus bondadosas decisiones se confía en cuerpo y alma. «Haz de mí lo que desees» -dice-. «Sé que estará bien hecho en la medida en que seas Tú quien lo hace». El entendimiento especulativo, que ha oído de Ti pero nunca Te vio, pretende darnos a conocer tu esencia en sí, y lo que nos propone es un engendro contradictorio que hace pasar por tu imagen, irrisorio para el hombre razonable, odioso y aborrecible para el sabio y bueno.

"Ante Ti me cubro el rostro y me tapo la boca. Cómo Tú eres para Ti mismo, cómo Te muestras ante Ti mismo, eso es algo que jamás podré comprender, pues yo jamás podré ser Tú. Aun habiendo pasado por miles y miles de vidas espirituales, yo Te habré comprendido tan mal como te

comprendo ahora en esta morada terrena. Todo lo que concibo se vuelve finito por el hecho mismo de que yo lo conciba; y ni siquiera mediante un incremento y una elevación infinitos podría transformarse lo finito en infinito. Tú no difieres de lo finito en grado, sino en naturaleza. Ese proceso Te convertiría sencillamente en un hombre grande y cada vez más grande, pero nunca en Dios, el infinito no susceptible de medida. Yo dispongo tan solo de esta conciencia que opera discursivamente y no puedo concebir ninguna otra. ¿Cómo podría entonces atribuirte esta misma conciencia a Ti?" Fichte por fin dice Dios y creo que la descripción de Dios es perfecta porque no habla de "atributos de Dios que lo harían un "hombre grande" y cada vez más grande, ni al "infinito" por elevación no se podría medir, porque el problema es que "no difieres de lo finito en grado, sino en naturaleza". Siempre me pareció algo simplista pero

muy ilustrativa la comparación que hago del ebanista que ha fabricado una silla. La silla no sabe nada del ebanista ni de su pensamiento, voluntad, o si tiene hijos , porque la silla es de otra naturaleza.

Para Fichte solo existe un único mundo posible, un mundo completamente bueno. “Todo lo que ocurre en este mundo sirve para el perfeccionamiento y la formación de los hombres, y con ello, para la consecución de su fin terreno. Este plan universal supremo es lo que llamamos naturaleza cuando decimos: mediante las penurias, la naturaleza conduce al hombre al trabajo; mediante las calamidades del desorden general, a una constitución legítima; mediante las tribulaciones de sus continuas guerras, a una paz perpetua final. Tu voluntad, oh ser infinito, tu providencia, es esta naturaleza suprema. Quien mejor lo entiende es también aquella simplicidad sincera, cuando reconoce esta vida como un centro de examen y formación, como una escuela de

eternidad; cuando en todas las fatalidades que la golpean, desde las más banales a las más trascendentales, adivina tu intervención que la conduce al bien; cuando cree firmemente que para aquellos que aman su deber y Te conocen, todas las cosas deben aportar un bien. ¡Cómo han transcurrido los días pasados de mi vida en tinieblas! ¡Cómo fui acumulando error sobre error, mientras yo me creía sabio! Solo ahora entiendo plenamente aquella enseñanza que me extrañó tanto al salir de tu boca, espíritu magnifico, aunque mi entendimiento nada objetara; solo ahora puedo comprenderla en su vasta extensión, en su abismal profundidad, con todas sus consecuencias. El hombre no es un producto del mundo sensible, y *el objetivo de su existencia no puede ser alcanzado en este mundo"*.

Reconozco que no había leído a Fichte, pero es muy entendible. Me ha gustado el marco donde coloca el destino

del hombre. No son palabrerías baratas de espiritualidad, sino que coloca el principio absoluto, la realidad última en lo que él llama Voluntad con la que explica tanto al mundo como el yo. La voluntad es la actividad divina (los filósofos dirían "absoluta"), libre y creadora que constituye el fundamento de todo ser y de toda conciencia. Kant diría que la razón es normativa, pero Fichte dice que la Voluntad es creadora del mundo. Ese acto no es teórico, sino *práctico*: es *Voluntad.* Por eso dice que *la esencia del Yo es actuar*, no contemplar. Es actividad pura, no es una cosa, ni una sustancia ni un objeto, es acto e impulso originario. Quizás lo más interesante que dice Fichte para entender la muerte es que cada individuo es una manifestación finita de esa Voluntad absoluta. Nuestra libertad, nuestra capacidad de actuar moralmente, es la forma en que esa Voluntad se expresa en nosotros. Por eso su filosofía expresa que el *ser humano es ser llamado a la acción moral infinita.*

"En nuestro interior Ella (la Voluntad) continúa construyendo este mundo: e interviene en él, mediante la llamada al deber en nuestro interior, cuando otro ser libre produce algún cambio. En nuestro interior es Ella quien mantiene este mundo, y con ello nuestra existencia finita -única de la que somos capaces-, haciendo que a partir de nuestros estados surjan continuamente estados nuevos. Una vez que, conforme a su fin superior Ella nos haya probado suficientemente para nuestro próximo destino y nosotros nos hayamos formado para él, entonces destruirá para nosotros este mundo, *mediante lo que llamamos muerte*, y nos introducirá en un mundo nuevo, producto de nuestro obrar conforme al deber en el mundo presente. Toda nuestra vida es Su vida. Nosotros estamos en sus manos y permanecemos en sus manos, y nadie podrá arrancamos de ellas. Somos eternos porque Ella es eterna". Este es uno de los párrafos

que no cuadra con lo que venimos diciendo de destruir nuestro mundo mediante la muerte e introducirnos en un mundo nuevo, ya es imaginación y sobre todo meternos en el espació de la Voluntad que siempre es libre de hacer: es Soberana. Sin embargo, todos somos hombres impregnados de las ideas de nuestra generación y nuestro bullicioso pensamiento siempre evoluciona.

"El final cierto de todo dolor y de toda sensibilidad al dolor es la muerte; y entre todas las cosas que el hombre natural suele considerar un mal, este es para mí el menor de todos. Yo no moriré para mí, sino solo para los otros: para los que quedan y de cuyos vínculos seré arrancado; para mí, la hora de la muerte es la hora del nacimiento a una vida nueva y gloriosa. Ahora que mi corazón se ha cerrado a todo deseo terreno, ahora que verdaderamente lo efímero ya no tiene lugar en mi corazón, el universo aparece transfigurado ante mis ojos. Aquella masa pesada y muerta, que se limitaba a

ocupar un espacio, ha desaparecido. En su lugar fluye, palpita y borbotea el manantial eterno de la vida, de la fuerza y de la acción: el manantial de la vida originaria, de tu vida, oh ser infinito; pues toda vida es tu vida, y solo una mirada religiosa penetra en el reino de la belleza verdadera. Yo estoy emparentado Contigo, y lo que veo alrededor de mí está emparentado conmigo; todo está dotado de vida y de alma, y me dirige una luminosa mirada espiritual y me habla al corazón con voz espiritual".

3.14. La muerte y la vida eterna. John Hick

La muerte en sí misma, como sabemos, es un hecho constante, invariable e inflexible. Pero es un hecho cuya

conciencia normalmente dejamos de lado o reprimimos. -dice John Hik [30]- Se ha dicho que la especie humana es la única que sabe que es mortal y se niega a creerlo. Pero el principio de la sabiduría es la aceptación de nuestra mortalidad. Así, en una antigua historia budista, una madre cuyo hijo pequeño acaba de morir acude a Buda suplicándole milagrosamente que devuelva la vida al niño. Él le dice que recorra el pueblo recogiendo semillas de mostaza, pero solo en casas donde no haya habido ninguna muerte. Finalmente, regresa a él, sin semillas de mostaza, pero con una nueva comprensión y aceptación de la universalidad de la muerte.

La historia es particularmente conmovedora porque trata de la muerte de un niño, y la juventud suele ser una época en la que aún no es necesario ser consciente de la

[30] *Death and eternal life* (muerte y vida eterna) .John Hick

mortalidad. El estado de salud normal de los jóvenes es ser subjetivamente inmortales: los jóvenes no pueden imaginar lo que es ser de mediana edad, o viejo, o estar acercándose al final de la vida. La prevalencia actual de muertes en los informativos televisivos poco influye en esta situación, ya que las muertes televisivas generalmente sirven para hacer que la muerte sea irreal en lugar de real. Y antes de eso, cuando era común que los niños pequeños murieran, la muerte era un evento familiar. En la medida en que la inmortalidad subjetiva de los jóvenes se mantiene intacta, no hay nada malo en ello, a pesar de ser ilusoria. Pero el momento, a menudo alrededor de los cuarenta años, en que nos volvemos conscientemente mortales, inicia una fase en la que puede producirse una consolidación fundamental en nuestra comprensión de la naturaleza de la vida y nuestra participación en ella".

Las religiones del mundo nos liberarían de estas falsas seguridades, permitiéndonos aceptar el carácter fugaz de lo que la teología occidental llama la contingencia del mundo. La persona redimida, liberada o despierta puede entonces vivir plenamente el momento presente, incluyendo tanto sus momentos malos como sus buenos, consciente de que el significado último del proceso incesante de la vida es el bien: en palabras de la mística medieval *Juliana de Norwich*: «Todo estará bien, y todo estará bien, y todo tipo de cosas estarán bien». La verdad es que no se lo quiere decir cuando el final es la muerte. Es posible que esta bondad última del proyecto total de la vida humana se explica de maneras muy diferentes por las distintas religiones, e implica en cada caso sus concepciones de los objetivos del proceso creativo y entre lo que sucede entre la muerte y ese estado final. Muchas de las doctrinas aparentemente contradictorias sobre la vida después de la muerte son conciliables. Pero, por supuesto,

frente a toda comprensión religiosa de la vida, aquí y en el más allá, se encuentra la convicción naturalista, o puramente secular, de que solo somos formas enormemente complejas de vida que, como la hierba y los insectos, vivimos y morimos y luego dejamos de existir: "¡Cuando estás muerto, estás muerto!".

Dice Hik que “en contraste, me parece que la afirmación de las religiones de que esta vida forma parte de una existencia mucho mayor que trasciende nuestra vida como organismos animales, ya sea mediante la continuación de la conciencia individual o mediante la participación en una vida transpersonal mayor, es muy probable que sea cierta. Argumentaré que esto no se descarta ni por hallazgos científicos consolidados ni por ningún argumento filosófico consensuado. Tanto la supervivencia de la mente, sin cuerpo, como la reconstitución o «resurrección» de la persona

psicofísica en otro entorno espacial son realidades concebibles, al igual que algunas formas de renacimiento en esta tierra. Por lo tanto, la supervivencia humana no es imposible; y cualquier comprensión religiosa de la existencia humana —no solo de la propia existencia, sino de la vida de la humanidad en su conjunto— requiere sin duda alguna algún tipo de creencia en la inmortalidad y sería radicalmente incoherente sin ella. Mi principal fundamento, entonces, para pensar que nuestra existencia total es más extensa que nuestra vida presente en esta tierra es la aceptación de una interpretación religiosa, a diferencia de la naturalista, del universo y de la vida humana como parte de él. Es posible que me equivoque al ver tal conexión; sin embargo, mi opinión actual es que si, después de morir, descubro que todavía existo conscientemente, ¡no me sorprenderá en lo más mínimo! Si bien esta es una creencia de base religiosa, se ve

respaldada por algunos de los fenómenos estudiados por la parapsicología".

A finales de la década de 1970 se publicó una avalancha de informes de este tipo, por ejemplo, en *"Vida después de la vida"* de Raymond Moody, "*En la hora de la muerte*" de Karl Otis y Erlandur Haraldsson, y "*Más allá de las puertas de la muerte*" de Maurice Rawlings; existe una considerable literatura que analiza su importancia. En ocasiones, estas "experiencias cercanas a la muerte" están precedidas de episodios extracorporales en los que uno se encuentra contemplando su propio cuerpo inconsciente en el suelo, en una cama o en una mesa de operaciones. Entre estos numerosos relatos se encuentran algunos en los que la consciencia "flotante" del paciente observó y posteriormente relató cosas, personas o eventos de los que no podría haber tenido una consciencia corporal normal. En las propias

experiencias cercanas a la muerte, varios elementos se repiten regularmente, aunque a menudo no todos en la misma ocasión. Estos incluyen oír un ruido fuerte, la sensación de ser arrastrado a través de un túnel oscuro, emerger a un lugar de luz y belleza, reunirse con familiares y amigos fallecidos, el encuentro con un "ser de luz" resplandeciente en cuya presencia se percibe un inmenso amor y aceptación, una revisión rápida pero vívida de la propia vida, acercarse a una frontera más allá de la cual se siente que no hay retorno y luego ser devuelto o atraído, a veces a regañadientes, al cuerpo”

Yo tengo que confesar mi incredulidad por principio a todas estas milagrerías desde la de Fátima o la Lourdes y hasta la de tantos lugares de visiones de vírgenes con carácter prodigioso. La pastora de Fátima terminó diciendo que había visto *a la Inmaculada Concepción* que es una explicación teológica imposible como un círculo cuadrado. Recuerdo

siendo joven que en mi trabajo me contaron de un milagro que había salido en los periódicos. Era en el pueblo al lado del mío y tuve la curiosidad de conocer el milagro que había obrado un señor que había pasado por aquel pueblo. Cuando llegue a la casa de una joven de 15 o 16 años, había una estancia toda llena de velas y estampas. Realmente parecía la casa de los milagros. Yo no pregunté nada en aquella casa, lo pregunté a los vecinos ¿Qué es lo que ha pasado para tanto jaleo por el pueblo? Todo mentira, me dijeron. A la chica le habían puesto unos hierros para sostener una de las piernas que tenía débil desde pequeña y ahora de mayor, aunque iba al baile y danzaba como los demás, no le habían quitado nunca los hierros ni de día ni de noche. Vino un señor desconocido que la vio y le dijo que él la curaba. Le hizo unas cuantas oraciones y le mandó quitarse los hierros que ya

podía andar. Y claro que anduvo. Le liberaron de los hierros inútiles porque su pierna estaba ya bien".

Sobre estos casos de retorno a la vida después de muertos mantengo una posición pesimista o simplemente incrédula. "En una pequeña minoría de casos, la experiencia no se percibe como positiva de estas maneras, sino, por el contrario, como horrible y aterradora. Pero lo que quizás sea más impactante en la mayoría de los casos es el efecto de la experiencia en las vidas posteriores de las personas afectadas. Para muchos de los que han sido resucitados, su experiencia clínicamente muerta fue la experiencia religiosa más impresionante que han vivido, afectando profundamente su perspectiva para siempre. El encuentro con el "ser de luz" amoroso y comprensivo les brinda una *certeza experiencial del amor divino*; mientras que la experiencia en su conjunto elimina el miedo natural a la muerte, que ahora ven como una puerta a otra forma de vida

mejorada". ¿Alguno podría explicar *el amor divino* que una silla podría tener al ebanista que la creó? -me he preguntado muchas veces-. ¿Cómo es el amor divino si hay una sima grande entre lo que entendemos y mucho más profundo saber qué es el amor de Dios? ¿Se pueden explicar estos hechos como experiencia del amor divino, como dice Hick? "¿Cómo debemos interpretar estos fenómenos? Dado que los pacientes han demostrado ser capaces de ser resucitados, sabemos que no estaban completamente muertos. ¿Fue su experiencia, entonces, un sueño vívido producido por un cerebro que pierde oxígeno? ¿O fue un acto psicológico de autoconfianza ante la inminente extinción? ¿O fue el primer atisbo auténtico de un modo de conciencia post mortem, o al menos de la interfaz entre esta vida y la otra? Creo que se necesita más investigación y reflexión antes de poder categorizar con certeza estas experiencias. Actualmente,

sigue siendo otro misterio intrigante dentro del conjunto más amplio de misterios que rodean el hecho de la muerte.

Para David Hume, según se desprende tanto de su obra como de la biografía de John Hill Burton, la muerte no tiene un sentido trascendente o religioso, sino que es un proceso natural que debe afrontarse con serenidad y racionalismo. Hume otorga a la muerte los siguientes significados y actitudes. Uno de ellos es la extinción de la conciencia pues considera la inmortalidad del alma como un "capricho irracional". Argumentaba que no hay evidencia empírica de una vida después de la muerte; para él, al morir el cuerpo, muere también el individuo. En sus últimos días, documentados por Burton y su amigo Adam Smith , Hume mostró una serenidad asombrosa. Se dedicó a leer, jugar al whist y bromear con sus amigos, demostrando que un escéptico podía morir con tanta o más paz que un creyente. En su ensayo *Sobre el suicidio*, defiende que quitarse la vida

no es un crimen contra Dios ni contra la sociedad si la vida se vuelve una carga insoportable. Veía la "muerte voluntaria" como una extensión de la libertad humana para buscar el bienestar y evitar el sufrimiento inútil. Para Hume, el "sentido" de la vida y lo que perdura tras la muerte es la reputación literaria y el impacto de las ideas. En su breve autobiografía, escrita poco antes de morir, se define por su pasión por la fama literaria y su temperamento moderado.

Pero volviendo a los temas que enfrenta John Hick sobre muerte y vida eterna, los estudios muestran que existía algún tipo de creencia universal en la vida después de la muerte que adoptó varias formas. El tema común era la noción de 'alma' en el sentido de 'un “ser” etéreo que sobrevive como un doble, o imagen del individuo corporal. Se asumió también como “sombra” que continúa después de la muerte, generalmente en un inframundo oscuro bajo el nivel de las

tumbas, que a veces se consideraba como entradas al Mundo Inferior. A menudo se pensaba que los muertos entraban en un mundo potencialmente tan peligroso como el de los vivos. Sin embargo, “En el país Kimbunda del Sudoeste de África, las almas viven en "Kalunga", el mundo donde aquí es día y noche allí es noche; y con abundante comida y bebida, y mujeres que les sirvan, y cazando y bailando por diversión, llevan una vida que parece una edición corregida de la vida”. Se creía en un descenso al mundo inferior en el que la sombra continuó una vida que se fue desvaneciendo gradualmente hasta que finalmente se desfalleció de memoria y existencia. Esto no parece una concepción de vida eterna, o inmortalidad, sino de supervivencia fantasmal.

La naturalidad de la creencia primitiva sobre la vida después de la muerte es enfatizada por J. G. Frazer en su monumental obra en tres volúmenes, *La creencia en la inmortalidad,* cuando dice que 'es imposible no ser impactado

por la fuerza, y quizá podamos decir la universalidad, de la creencia natural en la inmortalidad entre las razas salvajes de la humanidad. Con ellos, una vida después de la muerte no es cuestión de especulación y conjetura, de esperanza y miedo; es una práctica certeza que el individuo tampoco sueña con dudar como duda de la realidad de su existencia consciente. Él supone sin indagación y actúa sin vacilación, como si fueran una de las verdades mejor comprobadas dentro de los límites de la experiencia humana'. No parece que los relatos más antiguos sobre el estado de los muertos en la literatura griega y hebrea (Hades y Sheol) representen algún grado de desarrollo sobre las concepciones de la Edad de Piedra. La Grecia temprana expresó su concepción de la vida después de la muerte en la Ilíada y en la Odisea centrada en la psique o alma. Según el filólogo alemán Erwin Rohde el alma era descrita como 'la imagen sombra del cuerpo' o 'un doble más

débil del hombre' que al morir desciende al hades donde, aunque aún reconocible sería una entidad agotada y sin alegría, una mera insangrante sombra de su antiguo yo encarnado: “Queda entonces en la casa de Hades un espíritu y fantasma de los muertos, aunque la vida no esté en absoluto en ella”. Para citar a Rohde, “En el oscuro inframundo ahora flotan inconscientes, o, como mucho, con una semiconsciencia crepuscular, llorando con una voz aguda y diminuta, indefensa, indiferente”.

El antiguo Sheol hebreo es similar en concepción al Hades griego. Se pensaba en Sheol como una vasta caverna subterránea o foso, probablemente el entierro tribal, lugar ampliado en un mundo subterráneo oscuro – donde los muertos existen o persisten. La perspectiva era totalmente poco acogedora, así que Job podría llorar: “*Déjame en paz, para que encuentre un poco de consuelo antes de irme de donde no volveré, a la tierra de la penumbra y la oscuridad*

profunda, la tierra de la penumbra y el caos, donde la luz es como oscuridad. Job 10: 20-22 Como vemos el descenso al Sheol era irreversible, se baja, pero no se sube. En Job 7:9 "Como la nube se desvanece y se va, así el que desciende al Sheol no subirá." En el periodo post-exílico la idea de la resurrección de la muerte, la visión general del Antiguo Testamento era que había que ir hasta el Sheol para siempre fuera del mundo de los vivos y fuera de la vida continua de la nación en su pacto relación con Yahvé. Los muertos no estaban activos en comunión con Dios. Así que el salmista dice: "*No alabarán los muertos a JAH, ni cuantos descienden al silencio; Pero nosotros bendeciremos a JAH desde ahora y para siempre.* (Salmo 115: 17-18) De nuevo dice el Salmo 88:3-5, 10-12 "*Porque mi alma está llena de problemas, y mi vida se acerca a Sheol. Me cuentan entre los que bajan al Pozo; Soy un hombre sin fuerzas, como un abandonado entre*

los muertos, como los muertos que yacen en la tumba, como aquellos a quienes ya no recuerdas, porque están separados de tu mano…¿Haces maravillas por los muertos? ¿Se levantan las sombras para alabarte? ¿Es tu amor firme declarado en la tumba, o tu fidelidad en Abaddon? ¿Se conocen tus maravillas en la oscuridad, o tu ayuda salvadora en la tierra del olvido?"

La idea de la reencarnación, o transmigración, también se encuentra entre muchos pueblos primitivos, y Frazer conjeturó que podría ser incluso más extendidas que la evidencia directa actual de reencarnación. De hecho, el judío Paul Radin habla de esta creencia de alguna forma de reencarnación como 'universalmente presente en todas las civilizaciones sencillas de recolección de alimentos y pesca-caza'. Sin embargo, en las primeras etapas del desarrollo cultural del hombre no se vio la trasmigración como el final natural e inevitable de toda vida. Lucien Lévy-Bruhl ha reunido pruebas de que entre los salvajes del siglo XIX en

Australia la muerte, sea como fuere, se consideraba debida a la acción mágica de un enemigo y añade que 'esta actitud mental no es peculiar de solo tribus australianas. Se puede encontrar casi ocurriendo uniformemente entre pueblos incivilizados que están ampliamente alejados el uno del otro.' Así, la mente primitiva no era consciente de una responsabilidad general ante la muerte, tal como la expresa la proposición de que todos los hombres son mortales. Con las excepciones del antiguo Egipto e India, donde la idea de una vida después de la muerte es apropiada para los hombres, surgió antes que en otros lugares y parece no haber pensado en un juicio de los muertos con buen destino para los buenos y piadosos y malo para los malvados e impíos.

4. CONCLUSIONES

Con toda seguridad cada ser humano, sea filósofo o no, tiene su particular enfoque sobre la muerte. En mi experiencia personal de veinte años con un cáncer que me tiene limitadas muchas cosas, siempre lo he considerado "una bendición" porque he tenido tiempo para leer y escribir. Recuerdo hace unos años en la Expo de Zaragoza que alguien quiso orar por mi para que Dios me quitase el cáncer. Y ante mi negativa a su persistencia en orar imponiéndome las manos tuve que explicar mi postura. Yo oro a Dios de otra manera- le dije. Yo siempre le digo que haga su voluntad en mí y que los médicos me curen. Esta persona que me veía sin pelo y favorable a su oración contra el cáncer quedó asombrada que un creyente no quisiera que orasen por él. Sobre la muerte hay infinidad de posturas y algunas las hemos

visto a lo largo de estas páginas, pero no me resisto a considerar la postura de dos hombres que ven la muerte con distintos matices, pero dentro del vitalismo. Me refiero a Viktor Frankl y Ortega y Gasset.

4.1. El hombre en busca de sentido- Viktor Frankl

La inquietud de Viktor Frankl[31] sobre la muerte es percibir al ser humano no sólo en su constitución psíquica sino también en su espiritualidad y personalidad. Esta idea fue durante largo tiempo algo *novedoso, p*uesto que la mayoría

[31] *El hombre en busca de sentido*. Viktor Frankl; *Búsqueda de Dios y sentido de la vida. Diálogo entre en teólogo y un psicólogo*. Viktor Frankl Y Pinchas Lapide

de las teorías psicológicas corrientes veían en la religiosidad del hombre una mera expresión de procesos arraigados en las tradiciones. Su inquietud sobre la muerte no se centraba en el temor a la desaparición física, sino en cómo la finitud de la vida le otorga sentido y urgencia a la existencia humana. Para Frankl, fundador de la logoterapia y superviviente del Holocausto, la muerte no es un absurdo que quita valor a la vida, sino el límite que obliga al ser humano a asumir la responsabilidad de sus acciones y decisiones. Ante la inminencia de la muerte, el ser humano se ve impulsado a "aprovechar su tiempo" y realizar el sentido de su existencia. La vida es un "permanente decir adiós". El sentido del sufrimiento inevitable. En situaciones límites, como una enfermedad incurable o el final de la vida, Frankl argumentaba que aún se puede encontrar un sentido a través de la actitud con la que se afronta el destino, lo que él llamaba "logoterapia". Contra el vacío existencial y ante la pregunta

de sus pacientes “¿Por qué no se suicida usted?" buscaba, precisamente, identificar las motivaciones personales (familia, trabajo, amor) que dan valor a la vida frente a la desesperanza. En resumen, Frankl veía la muerte no como un enemigo a temer, sino como el marco que hace al ser humano responsable de hacer de su vida algo con significado.

Ahora bien, puede uno abandonar su fe en Dios de acuerdo con el famoso pasaje de Dostoiewski: si Dios puede permitir el sufrimiento, e incluso la muerte de un solo niño inocente, no me es posible creer en Él. Pero también puede uno conservar su fe —a pesar de todo, decir sí a la fe—y por un simple motivo. Me niego rotundamente a admitir que sea posible a este respecto entrar en el siguiente chalaneo: «mira, Señor Dios, hasta 526.000 judíos mandados a la cámara de gas, conservo mi fe en ti, pero no transijo ni uno más. Has permitido la muerte de cinco o seis millones, así es que te

retiro mi fe». El trato no es posible. De hecho, la fe, la verdadera fe sigue manteniéndose. Son muchos los que dicen que en Auschwitz la mayoría de la gente perdió la fe. Eso no es cierto. No dispongo de estadísticas, pero mis experiencias me permiten afirmar que, en Auschwitz, recuperó su fe más gente y la fortalecieron más personas —por supuesto, a pesar de Auschwitz— que cuantos allí la perdieron. Por tanto, habría que dejar definitivamente de recurrir con ligereza a la fórmula «después de Auschwitz» en el contexto de la posibilidad de creer, y comenzar a hablar de una fe a pesar de Auschwitz.

A la pregunta de Lapide a Viktor Frankl: "*En sus libros habla usted con frecuencia del sentimiento de pérdida del sentido que padece el hombre actual, de un «vacío existencial». Parece como si el hombre hubiera perdido el centro de su vida, como si ya no fuera capaz de dar cuenta de sí mismo, de su presente y su futuro. ¿Qué es el hombre, desde*

un punto de vista psicoterapéutico? ¿Y cómo puede lograr la plena realización humana?

FRANKL responde: El hombre es un animal, pero al mismo tiempo es infinitamente mucho más que un animal. Se eleva hasta la dimensión humana. Sucede aquí algo parecido a lo que ocurre con el cubo: sobre un plano es un cuadrado, pero al mismo tiempo también es una dimensión más. En cuanto ser humano, no soy agresivo, pero, como hombre, soy algo totalmente distinto: odio o amo. En cuanto hombre, no soy sólo el vehículo de una energía sexual, sino que también soy capaz de una entrega desinteresada. Toda la sexualidad se halla al servicio del ser humano y se convierte en fenómeno expresivo del encuentro con otro ser humano. En este sentido, pienso que se odia, pero cuando se logra persuadir al hombre de que no existe razón para odiar, entonces el odio se convierte en absurdo. Por el contrario, si se convence a

otro de que posee un «potencial agresivo» al que es preciso dar curso, se crea en él la idea fatalista de que guerra, odio y violencia son obra del destino. Pero nada es destino para el hombre, pues, en su propia dimensión, le toca a él configurarlo todo. En modo alguno está en manos de las variadas agresiones externas. Sólo está realmente a su disposición cuando se lo adoctrina sin cesar en que no es él quien configura su propia vida, sino que es simple víctima de las circunstancias biológicas o sociales. El hombre tiene capacidad, fuerza, vocación para superarse a sí mismo, olvidarse de sí, perderse de vista, cuando se entrega a una tarea o a un semejante. Esto es lo que yo entiendo por autotrascendencia.

Explica mejor Frankl[32] el sentido de la vida o su trascendencia. "Imaginémonos a un condenado a muerte a quien horas antes de ser ejecutado se le deja en libertad de escoger los manjares para su última cena. Este desdichado se preguntaría, con toda seguridad, en la casi totalidad de los casos: ¿*tiene acaso algún sentido esto de entregarse a los placeres culinarios a la hora misma de la muerte*? ¿No es acaso indiferente, si el organismo se convierte dos horas más tarde en un cadáver, el haber disfrutado de aquel proceso en sus células cerebrales o no haber llegado a disfrutarlo? Pues bien, la vida del hombre se halla siempre a la vista de la muerte, y todo placer humano carecería de sentido ni más ni menos que en el caso del condenado a muerte. Esta desolada concepción de la vida tendría, consecuentemente, que

[32] *Psicoanálisis y existencialismo*. Viktor Frankl

hacernos dudar del sentido de la vida misma ya en medio de ella; se anticiparía con razón, generalizándolo, al conocimiento a que llegaba aquel paciente a quien se internó después de una tentativa de suicidio y que relataba la siguiente vivencia: para llevar a cabo su propósito de suicidarse, quiso trasladarse a un lugar alejado de la ciudad en que vivía, pero no encontró ningún tranvía que lo llevase hasta allí, en vista de lo cual decidió tomar un taxi. "Pero después reflexioné", informa el paciente en cuestión, "si no era mejor que me ahorrase lo que iba a pagar al taxi; hecha esta reflexión, tuve que sonreír involuntariamente, pensando la cicatería que representaba el querer ahorrar un par de monedas en el momento mismo en que iba a morir".

Aquel a quien la vida misma no se haya encargado de convencer de que no se vive, ni mucho menos, para gozar de la vida, puede consultar la estadística de un psicólogo experimental ruso, en que se pone de manifiesto que el

hombre normal, un día con otro, experimenta incomparablemente más sensaciones de desagrado que de placer. Y la propia experiencia cotidiana se encarga de demostrarnos cuán poco satisfactorio es el principio del placer, no ya como modo de entender la vida, es decir, en la práctica, sino también en el campo de la teoría. En efecto, si preguntamos a una persona por qué no hace algo que a nosotros nos parece razonable y nos da como razón: "no tengo ganas", inmediatamente consideraremos esta respuesta como muy poco satisfactoria. En seguida nos daremos cuenta de que semejante respuesta no es, en realidad, tal respuesta, sencillamente porque lo agradable o lo desagradable —el tener o no ganas, gusto, placer— no constituyen nunca un argumento en pro ni en contra del sentido o la razón de ser de una acción. Y en nada se modificaría la insostenibilidad del principio del placer en

cuanto máxima moral, aunque fuese cierto lo que afirma Freud en su estudio titulado *Más allá del principio del placer*, a saber: que este sentimiento tiene su raíz en la tendencia general de lo orgánico a retornar a la paz de lo inorgánico. Freud creía probar con esto la afinidad, por él preconizada, entre todo deseo de placer y lo que él llama el instinto de la muerte. Ahora bien, sería perfectamente concebible, a nuestro juicio, que todas estas tendencias primigenias psicológicas y biológicas pudieran llegar a reducirse todavía más, siguiendo por el mismo camino, hasta llegar tal vez a un principio universal de nivelación, encaminado hacia la nivelación de toda tensión en todas las regiones del ser.

¡Cuántas veces se nos dice que la muerte hace problemático el sentido de la vida total, que, en última instancia, todo carece de sentido, puesto que la muerte vendrá, a la postre, a destruirlo todo! ¿Puede realmente la muerte anular o menoscabar el sentido de la vida? Por el

contrario. En efecto, ¿qué ocurriría si nuestra vida no fuese finita en el tiempo, sino temporalmente ilimitada? Si el hombre fuese inmortal, podría con razón demorar cada uno de sus actos hasta lo infinito, no tendría el menor interés en realizarlos precisamente ahora, podría dejarlos perfectamente para mañana o pasado mañana, para dentro de un año o de diez. En cambio, viviendo como vivimos en presencia de la muerte como el límite infranqueable de nuestro futuro y la inexorable limitación de todas nuestras posibilidades, nos vemos obligados a aprovechar el tiempo de vida limitado de que disponemos y a no dejar pasar en balde, desperdiciándolas, las ocasiones que sólo se nos brindan una única vez y cuya suma "finita" compone la vida. Por tanto, la finitud, la temporalidad, no sólo es una característica esencial de la vida humana, sino que es, además, un factor constitutivo del sentido mismo de la vida. El sentido de la existencia

humana se basa precisamente en su carácter irreversible. Por eso, sólo podremos comprender la responsabilidad de vida de un hombre siempre que la entendamos como una responsabilidad con vistas al carácter temporal de la vida, que sólo se vive una vez".

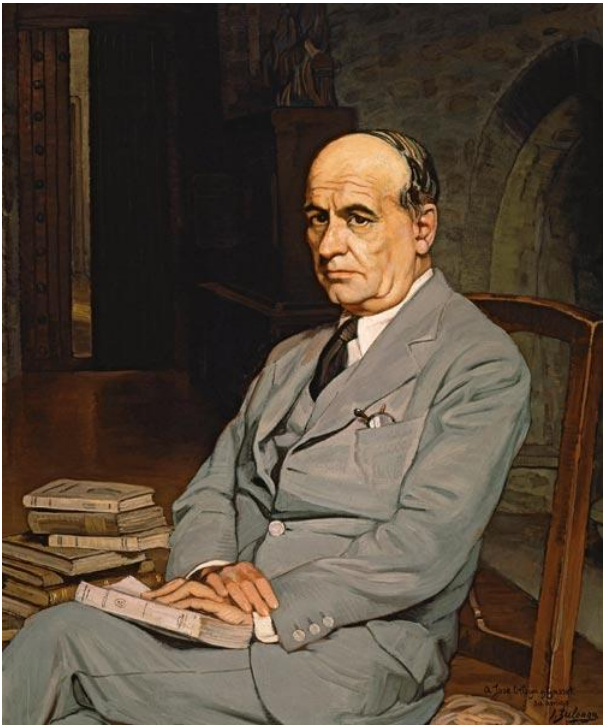
"En el símil del escultor podemos introducir también el elemento tiempo; basta, para ello, con que nos imaginemos que sólo dispone de un determinado plazo para dar cima a su obra, pero sin saber cuál es, concretamente, el plazo en que deberá terminarla y entregarla. No sabe nunca cuándo será relevado de su misión, ni si tendrá que dimitir al instante siguiente. Todo esto le acucia a aprovechar bien el tiempo, si no quiere exponerse al riesgo de que su obra quede inconclusa. Pero el no poder terminarla ¿priva a la obra de todo valor? Nada de eso. Tampoco el "carácter fragmentario" de la vida (Simmel) menoscaba el sentido de ésta. No es la duración de una vida humana en el tiempo lo que determina

la plenitud de su sentido. No juzgamos el valor de una biografía por su "extensión", por el número de páginas del libro, sino por la riqueza de su contenido. No cabe duda de que la vida heroica de un hombre muerto prematuramente encierra mayor contenido y mayor sentido que la existencia de cualquier filisteo que viva noventa años. Son muchas las sinfonías "incompletas" que figuran entre las más bellas.

El hombre afronta la vida como un examen de capacidad, en el que no importa tanto que el trabajo llegue a terminarse como que sea valioso. El examinado tiene que estar dispuesto en todo momento a que suene la campana anunciando el final del tiempo puesto a su disposición; lo mismo le ocurre en la vida al hombre: en el momento menos pensado puede sonar la voz que lo retire de la escena de los vivos. El hombre debe —en el tiempo y en la finitud— terminar, finalizar "algo", es decir, asumir la finitud y cargar a sabiendas con el final. No es

necesario, ni mucho menos, que esta actitud tenga un tono heroico; lejos de ello, la observamos en el comportamiento cotidiano del hombre normal y corriente. Cuando asistimos al cine, nos interesa más, evidentemente, que la película tenga un final, cualquiera que él sea, y no que tenga un final feliz. Ya el hecho de que el hombre normal y corriente necesite de algo como el cine o el teatro demuestra cuán cargado de sentido se halla lo histórico.

4.2. La muerte en Ortega y Gasset



No existe un libro específico de José Ortega y Gasset cuyo título sea simplemente "La Muerte", pero la reflexión sobre la muerte es fundamental en su filosofía, especialmente

en su etapa de madurez vitalista. En sus ensayos vida y muerte se entrelazan para explicar el sentido del ser humano. A diferencia del existencialismo (como Heidegger), que ve la muerte como el horizonte final, Ortega aborda la muerte en obras más generales como una "instancia dadora de sentido". "Morir humanamente" es entender la muerte no como un simple final, sino como algo que debe articularse con el "proyecto vital" y el heroísmo de cada persona. La frase sobre la muerte que se le atribuye y que resume su postura: "El valor supremo de la vida —igual que el valor del dinero está en gastarlo— es perderla a tiempo y con garbo". Ortega analiza la muerte como una "creación de vida" y no solo como una pérdida. En resumen, la muerte para Ortega es parte de la circunstancia que hay que asumir para darle sentido a la vida. Para ser fiel al radicalismo que define su pensamiento, Ortega no podía evitar medirse con este arcano de la muerte. No obstante, si aparece muy relevante la muerte en otros

pensadores cercanos a su contexto filosófico, cultural e histórico, como Unamuno o Heidegger, donde el problema de la muerte muestra una relevancia bien explícita. En la obra de Ortega en cambio parece resultar ciertamente un asunto menor con no demasiada trascendencia. Esta apariencia ha penetrado en la interpretación de su pensamiento hasta el extremo de que se ha asegurado que «para Ortega el nacer y morir representa sólo un automatismo biológico (…) carente de significado ontológico». Absolutamente opuesta sería entonces la posición de Heidegger, que concede a la muerte la máxima importancia ontológica al cifrar en ella la afirmación de la finitud radical del ser humano.

Exponer el valor filosófico central que tiene la idea de la muerte en la obra de Ortega, tanto que es ella también, a

pesar de la tesis de Regalado[33], la que da forma al alma de la finitud en su filosofía, aunque en una dirección distinta —opuesta— a la versión heideggeriana. Las dos razones que justifican de entrada el calado filosófico que tiene el concepto de la muerte en el pensamiento de Ortega son, al tiempo, los motivos filosóficos que explican su interés por la muerte y que le empujan a filosofar sobre ella. El primero de ellos tiene un carácter más vivencial y su contenido es la cultura española, dando por sentado que España para Ortega es también y muy principalmente un problema filosófico. El segundo motivo que impulsa al pensamiento orteguiano de la muerte no es otro que el peso filosófico central que tiene este concepto. No es un simple asunto más de la filosofía sino una clave esencial,

[33] *El laberinto de la razón. Ortega y Heidegger (1990*). Antonio Regalado; *El tiempo regalado: Un ensayo sobre la espera*. Andrea Köhler "Y, sin embargo, la espera es un estado en el que el tiempo contiene el aliento para recordar la muerte. No carpe diem, sino, memento mori".

una consecuencia y por tanto un síntoma de todo un modo de pensar. Así lo sostuvo George Santayana en 1913 cuando aseguró que «una buena manera de medir el calibre de una filosofía es preguntarle qué piensa sobre la muerte». El propio Ortega es consciente de ello al advertirnos de que «la idea de la muerte implica toda una biología, una psicología, una metafísica». Esto quiere decir que el concepto de muerte es una clave intelectual que compendia una filosofía entera. Lo que pensamos sobre la muerte es consecuencia de lo que pensamos acerca del resto de materias, de modo que la idea de la muerte concentra en ella misma toda una filosofía. "Todas las culturas habidas hasta ahora, ninguna ha enseñado al hombre a ser bien lo que constitutivamente es, a saber: mortal". El ser humano no sólo es naturalmente algo, lo que sea, sino que reflexiona sobre ello y crea una cultura desde la que vive aquello que en principio es espontáneamente. Esto

es lo que significa decir que no sólo es naturaleza sino también e indisolublemente cultura. Por tanto, el ser humano no sólo es mortal, sino que precisa de una cultura que lo eduque para vivir la mortalidad que es.

Habida cuenta de que vivir comprende esencialmente vivir la mortalidad que somos, la cultura del ser mortal que vergonzosamente nos falta no es sino esa misma cultura de la vida de la que ha carecido Europa. Esto significa que la actitud predominante en la modernidad burguesa europea ha sido evitar la muerte, no enfrentarla sino posponerla, actuar como si no existiera. En cierto modo, y aunque pudiera parecer lógico o natural que la tanatofobia moderna hubiera conducido a una cultura biófila, más bien ha sucedido que la tanatófuga modernidad ha producido una cierta cultura biófoba. Por esto, Ortega asegura que, «después de dos siglos de huir de la muerte, hace falta fomentar el arte de morir». También encontramos en Ortega un sentido estético del

morir. La cultura del ser mortal por la que clama Ortega es el nombre que ha tomado en su obra de madurez su anterior afirmación del 'sentido estético del vivir', el cultivo del espíritu o cultura animi. Este arte del morir resume ejemplarmente la posición fundamental de Ortega ante la muerte. Se trata, pues, de pensar la muerte no de temerla (Meditatio mortis no timor mortis), pero —a diferencia de Montaigne— no para quitarle peso y despreciarla y conseguir así tranquilidad vital, sino para conocerla en su verdad.

5. INDICE ONOMÁSTICO

Adam Smith, 232

Adolf von Harnack, 182

Albert Camus, 55, 157

Alejandro Casona, 10

Alexis Carrel, 26, 32

André Klarsfeld, 25

Aristóteles, 191

Becker, 83, 85, 87, 89, 90

Blanchot, 175

Borges, 55

C. Almedal, 185

C.S. Lewis, 109, 116

C.S.Lewis, 116

Claudio Bernard, 42

Curie, matrimonio, 164

Dante, 138

David Hume, 232

Delphine de Vigan, 129, 132

Dostoievsky, 57

E. Colloca, 185

E. M. Cioran, 39

E.M. *Cioran*, 39

Edgar Morin, 59, 61

Edipo, 57

Elizabeth Kübler—Ross, 85

Émile Michel Cioran, 38

ÉMILE MICHEL CIORAN, 35

Emily Dickinson, 135, 137, 140, 143

Emmanuel Lévinas, 173, 180

Ernest Becker, 9, 83, 84, 85

Ernst Bloch, 180

Erwin Rohde, 62, 235

Fernando Lolas Stepke, 168

Fernando Savater, 38, 47

Fichte, 207, 209, 210, 211, 213, 214, 215

Francisco Socas, 97

François Cheng,, 147

Frédéric Revah, 25

Freud, 42, 252

Fritz Jahr, 168

Hans Christian Andersen, 91

Harold Bloom, 137

Harper Lee, 207

Heidegger, 139, 175, 177, 258, 260

Hermann Castorp, 115

HERNAN BENITEZ, 189

Hernán Benítez, 192, 198

Ignacio de Loyola, 197

Iliá Ilich Méchnikov, 71

J. G. Frazer, 234

Jack, 14, 20

Jacques Ruffié, 23

Joan Didion, 109, 110

JOHANN GOTTLIEB FICHTE, 209

John Hick, 221, 222, 233

John Hik, 222

John Hill Burton, 232

Jordi Llavina, 162

José Juan García, 179

JOSÉ L. MORALES, PH. D, 191

José Luis Borges, 50

José Manuel González Campa, 43

José R. Flecha, 185

Juan Bautista, 65

Juliana de Norwich, 224

Karl Otis, 227

Lapide, 243, 246

Lecomte du Noüy, 164, 170

León Tolstoi, 52

Leonard Hayflick, 26

Lévinas, 173, 175, 176, 177, 178

Louis Pasteur, 165

Lucien Lévy-Bruhl, 238

Ludwig Wittgenstein, 54

Llewelyn, 174

Martin Heidegger, 173

Maurice Blanchot, 140

Maurice Rawlings, 227

Metchnikoff, 72, 74

Michael Shermer, 92, 94

Milan Kundera, 32

Monod, 171

Müller, 104

Nerón,, 104

Nietzsche, 11, 32

O.E. Briem, 63

Ortega y Gasset, 242, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263

Ortega y Gasset, José, 242, 257

Oscar Frutis, 103

Parménides de Elea, 204

Patrocinio Ríos Sánchez, 193

Philippe Ariès, 184

Platón, 100, 180, 181, 201

Primo de Rivera, 194

Publio Cornelio Tácito., 104

Raymond Moody, 227

Samuel Johnson, 91

Séneca, 97, 100, 103, 104, 105, 106, 107, 108

Serguei Metalnikov, 80

Shakespeare, 137

Simmel, 254

Sísifo, 55, 56, 58

Sócrates, 100

Teilhard de Chardin, 165

Thich Nhat Hanh, 50

Thomas Mann, 115

Unamuno, Miguel de, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 200, 201, 203, 204, 259

Valeria Campos Salvatierra, 173

Van Rensselaer Potter, 168

Viktor Frankl, 242, 243, 246, 249

Vital de Andrés, 9

Vladímir Jankélévitch, 158

VOLTAIRE., 35

Walt Disney, 84

Weismann, 28, 30, 31, 72

Wilhelm Reich, 86

Woodruf, 72